









BLANCA LUZ BRUM

EL ULTIMO ROBINSON

ZIGZAG

387

Robinson. — 1

"LA BOLSA DE LOS LIBROS"
SARANDI, 443
MONTEVIDEO

EL ULTIMO
ROBINSON

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

Es propiedad. Derechos
reservados para todos los
países de habla española.
Inscripción N.º 15308.
Copyright by Empresa
Editora Zig-Zag, S. A.
Santiago de Chile,
1953.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Santiago de Chile, 1953

BLANCA LUZ BRUM

EL ULTIMO ROBINSON

APQ 8519. B 89. 274



C. 44. 114

Z I G - Z A G

*A ti, hijo mío, EDUARDO,
mi corazón desesperado.*





La autora.

A través del auténtico diario del barón Alfredo de Rodth, he tratado de traducir el mensaje de un ser idealista, habitando en fuerte soledad como su antecesor Alejandro Selkirk.

Una vida violenta y pura, que, como Jesús, abandona patria, hogar, comodidad, fortuna, y sale al encuentro de la humanidad.

Veinte años permanece en la isla de Robinson Crusoe, luchando duramente, venciendo, y cayendo al fin como los bosques de sándalo cayeron bajo las hachas de sus hombres.

Seres que existieron y aun existen, seres que no existieron, cosas que pasaron y otras que no pasaron, se han mezclado de tal modo, que a mí, que les di vida, ya no me será posible distinguirlos.

En todo caso, es cierto que Alfredo de Rodth atravesó los mares buscando éxtasis y olvido.

Cierto es que vivió veinte años en la isla de Robinson Crusoe, donde yace su tumba a la orilla del mar, entre otras tumbas totalmente perdidas.

Cierto es también, terriblemente cierto, que antes de terminar este libro muere mi adorado hijo Eduardo, y con lágrimas de desesperación y de humildad profunda ante la voluntad del cielo, doy por terminado "El Último Robinson".

Blanca Luz Brum.

Santiago de Chile, 29 de diciembre de 1952.

NI EL TRIGO NI EL TULIPAN

A instancias de su padre, don Carlos de Rodth, el joven Alfredo entró en la Escuela Agrícola de Therand, en los alrededores de Dresde, para practicar el cultivo de la tierra. Su padre había nacido en la cuenca del río Elba, en el viejo condado de Sajonia, y mares de trigo mecieron su cuna y las de sus antepasados. El amor por la tierra de la familia De Rodth era un signo más de nobleza en su ya bien acendrado linaje.

Extensas plantaciones de trigo rodeaban las mansiones de sus abuelos: en tanto que su madre, holandesa, Sabina Van de Meller, quería campos, sin principio ni fin, de tulipanes y la frescura permanente de los molinos de su patria para aquel niño devorado por la fiebre de las lecturas.

Pero el hermoso mancebo conocía mejor que sus padres la vocación de su vida y eligió en silencio y resueltamente la única carrera que había de seguir: la de las armas.

Sería coracero del Emperador Francisco José I. Y ni el trigo ni el tulipán impidieron que Alfredo de Rodth iniciara su vida militar, participando a los diecinueve años

en una escaramuza que se libraba en los alrededores del castillo de Wallenstein, el 27 de mayo de 1866.

El joven barón cayó abatido de mortal herida, permaneciendo durante largos meses, más de un año tal vez, inmovilizado en su lecho.

Era Prusia otra vez contra Austria, disputando la supremacía tradicional de la Germania; era la sangre derramada en la gran batalla de Sadowa que volvía a encender la austríaca fibra.

La superficie del lago Neuchâtel se bate con el impulso de ligeras vertientes que descienden de los Alpes Suizos; pero, en el fondo de su entraña submarina, las corrientes oscuras del Rin, del Ródano, del Tesino y del Reuss le repletan con fuerza sus venas. Al acercarse a los farellones austríacos el lago toma un aspecto tenso, como si fuera necesario solemnizarse para circundar el viejo castillo de Wallenstein, que, como fortaleza armada y dura, se destaca en la lejanía. Así tenía que ser la cuna de un guerrero nacido en 1583... A medida que uno se aproxima, el adusto gigante pasa a tornarse legendario y romántico. Un enjambre de espantadas palomas, blancas como las cumbres de San Gotardo, se propagan de trecho en trecho entre las almenas y los árboles. Un parque de boscosos abetos, de pinos y cedros corpulentos nacidos para la eternidad...

Algunos senderos abriéndose paso entre lianas y femeninas rosas.

No es un parque cultivado por jardineros de Versalles, por alguien al servicio exquisito de los Luises. Sería imposible imaginarse aquí las piernas y las pelucas de

blanco algodón. Un salvaje señorío, la austera belleza de un héroe o de un santo presidía aquella aislada ciudadela. El nido del águila, el hogar del barón de Rodth.

A la sombra de Wallenstein había crecido y desarrollado su amor por los héroes. Era ese mismo umbral que pisaba el que hace varios siglos atravesó el brillante general de Fernando II, para pelear contra Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Esas batallas famosas las inmortalizaron la historia y la pluma gloriosa de Federico Schiller. Pero en el cielo de su parque el alba tenía siempre una reminiscencia de agonía.

Era imposible desprender al héroe del pelotón de soldados que lo arrebatava de su lecho, que lo arrastraba llamándole traidor, fusilándolo frente a sus hijos.

.....

La sala de armas y la biblioteca de la vieja morada eran los sitios donde con más frecuencia pasaba sus horas Alfredo de Rodth; entre las armas y los libros paseaba su alta cabeza rubia, sus pasos jóvenes y firmes.

En aquel ambiente de misteriosa liturgia, entre columnas clasificadas de historia, donde el medioevo extendía una malla infranqueable impidiendo contactos familiares y los clásicos exhalaban un perfume de antiguas primaveras, confinaba su turbulenta juventud. La geografía de la gran biblioteca era familiar a su sensibilidad, tanto que, cerrando los ojos, podía ubicar sin temor a equivocarse los dorados nombres de Macbeth, Otelo, Hamlet, Lear...; más allá palpitaban Byron y Shelley..., los Brownings, marido y mujer, poetas cuyo romanticis-

mo acusaba la influencia italiana de su época. Los antiguos y nuevos franceses, alcanzando la fina perfección de la historia, y, en el extremo izquierdo, donde un candelabro proyectaba la dulzura de su luz, se destacaban los negros relieves góticos de los germanos. ¡Oh Wolfgang Goethe!... "¡Tú dormiste también en el castillo de Wallenstein en el viaje que a fines de 1798 realizaras acompañado de tu amigo el joven duque de Weimar por Italia y Suiza!... Tal vez aquí, al amparo de estos muros seculares, surgió tu inspiración faustiana, el alma ambiciosa de Wallenstein proyectándose sobre la creación que perpetuó tu genio, y el viejo Parque saturado de tristeza desbordó la melancolía alemana de tu alma..."

Asomado hacia afuera, esperaba, hundido en la penumbra, que se abriera la flor secreta de la noche; era ésta una de sus horas más amadas, cuando las sombras caían sobre las cordilleras de Suiza, y las manchas oscuras de los pinos interceptaban los relieves de las cumbres. Lentamente fué naciendo de la tierra la sinfonía de los valles, las flautas rústicas de los pastores, los cencerros de inocentes sonidos, movidos con el ritmo lento de las testas... y, cerrando los ojos, presintió de manera perfecta el paso suave de las ganaderías, el dulce peso de las ubres que la noche se encargaría de repletar maravillosamente, el balar de los animales pequeños, como niños abandonados, y otra vez la siringa antigua de los pastores bañando con una dulzura de égloga el corazón del guerrero.

El ruido de una puerta que se abría obligó a De Rodth a volverse bruscamente: ¿Quién penetraba a estas horas?... ¿Quién turbaba su retiro?



La isla de Robinson Crusoe...



Envuelta en sedas y tules transparentes, sobresaliéndole los primorosos encajes de la enagua, entró súbitamente Gertrude, con la impulsiva gracia de una ola, de una ola que entrara en una selva.

—¿Estáis aquí?...

—Sí; acercaos, Gertrude.

Las dos voces se acariciaron, precedidas de un temblor secreto y lejano.

—Os he esperado toda la tarde..., luego pensé que llegaríais en la noche..., pero no llegasteis...

—Como viera luz en la biblioteca, me dirigí hacia acá con la seguridad de encontraros...

—¿Habéis llegado sola? ¿No temisteis al atravesar la oscuridad del parque?

—No, yo nunca tengo miedo, vos lo sabéis.

Y buscó con todo su ser el rostro del hombre que amaba.

—Gertrude, mi amor, perdonad mis olvidos... Aquí están vuestros rivales, miradlos, encaradlos... —y giró su cabeza hacia los estantes compactos de libros, mientras atraía a Gertrude sobre su pecho.

Ella avanzó lentamente y se detuvo frente al retrato de Sabina Van de Meller. Lo madre del barón aparecía, a través de un magnífico óleo, resplandeciente de juventud y encanto. Alfredo adoraba a su madre, de quien había heredado sin duda esa pasión por las lecturas y los viajes. Sabina Van de Meller gustaba acompañar a su hijo horas enteras en la soledad de la biblioteca, y en la intimidad de su alma presentía que se acercaban días de angustia para Europa; no deseaba que nuevas guerras

arrastrarán en sus carros de muerte al más amado de sus hijos. Por eso, la idea cada vez más persistente de viajar a América entusiasmaba a la baronesa con la misma intensidad que al hijo.

.....

Hacia ya algunos años que su padre había muerto, y sólo él y su hermano Enrique aparecían herederos de un patrimonio espiritual, cuyos descendientes habrían de guardarlo, enriqueciéndolo con el brillo de sus espadas, con su cultura y su laboriosidad. Enrique vivía en las afueras de Amsterdam, entregado al cultivo de la tierra, y raras veces visitaba la ciudad de Berna, tomando contacto con los dos habitantes del castillo, que, aislado entre la naturaleza, perdido entre montañas y lagos, parecía la página de un cuento. Enrique conocía a fondo el espíritu decidido de su hermano y sabía bien que aquellos largos retiros venían precedidos de algún plan cuya estrategia convenía desarrollar cuidadosamente en silencio... Efectivamente, hacía más de un año que Alfredo preparaba un viaje a la América del Sur. Aquel retrato de su madre presidiendo el lugar preferido de sus meditaciones y lecturas tenía un misterioso sortilegio; mirándola, la atraía con fuerza hacia dentro de su corazón, y su sangre tomaba un valeroso impulso. Este retrato, que representaba la juventud brillante de su madre y del que emanaba una dulce fuerza, influía extrañamente sobre él, mucho más que la viva presencia de ella misma, de Sabina, a quien los años habían borrado la firmeza de aquellas fac-

ciones, la línea expresiva del contorno. Lo había pintado el más grande artista holandés de la época (1).

Alfredo de Rodth no había nacido, como su hermano, para dirigir la siembra de los tulipanes y los trigos, para especular con la agricultura; tampoco podía decirse que tenía vocación para desenvainar la espada y atravesar a un hombre... De la tierra tenía una idea vaga como objeto de producción y riqueza, y de la guerra, una forma romántica y viril que ayudaba a templar el corazón de los hombres, y así como Byron había peleado por la libertad de Grecia, él podía a cada rato morir por un ideal que atirantara su alma en cualquiera gran pasión.

Del amor tenía también un sentimiento impreciso; amaba la compañía graciosa de las mujeres, siempre y cuando no interfirieran sus zonas de batallas de soledad o de lectura. Pero la relación amorosa con Gertrude le revelaba un ser íntimo que hasta ahora le había sido completamente desconocido; advertía que deseaba su presencia constante, porque ella incitaba su espíritu y despertaba sensaciones nuevas, atrayéndole hacia la órbita de sus más secretos planes... Sería hermoso partir con ella un día..., "llevarla con mis libros y mi piano, con mis alfombras y mis armas, para habitar una isla desconocida y lejana..." Pero no; Gertrude no podía relacionarse con los objetos comunes, que ni estaba seguro de poder llevar consigo... "Ella era algo completamente diferente y que tendría que llevarse, porque lo conmovía, lo llenaba de fe-

(1) Más tarde, a través de casi 100 años que transcurrieron después de este día, lo volveremos a encontrar en la humilde casa de unos pescadores en una lejana isla del Pacífico llamada Juan Fernández...

licidad o lo despojaba de ella; era el centro de sus sueños, lo que amaba supremamente y de lo cual ya no se desprendería nunca."

La imagen de la isla y sus maravillosas asociaciones ocuparon totalmente la residencia medioeval, y la isla, que era la de Robinson Crusoe, apareció deslumbrante y mágica en la inaudita aventura desarrollada por Daniel Defoe, triangular y gigantesca, llena de un verde estupor, con sus bosques de sándalo, sus tesoros enterrados y el tropel salvaje de las cabras resonando junto al horizonte remoto.

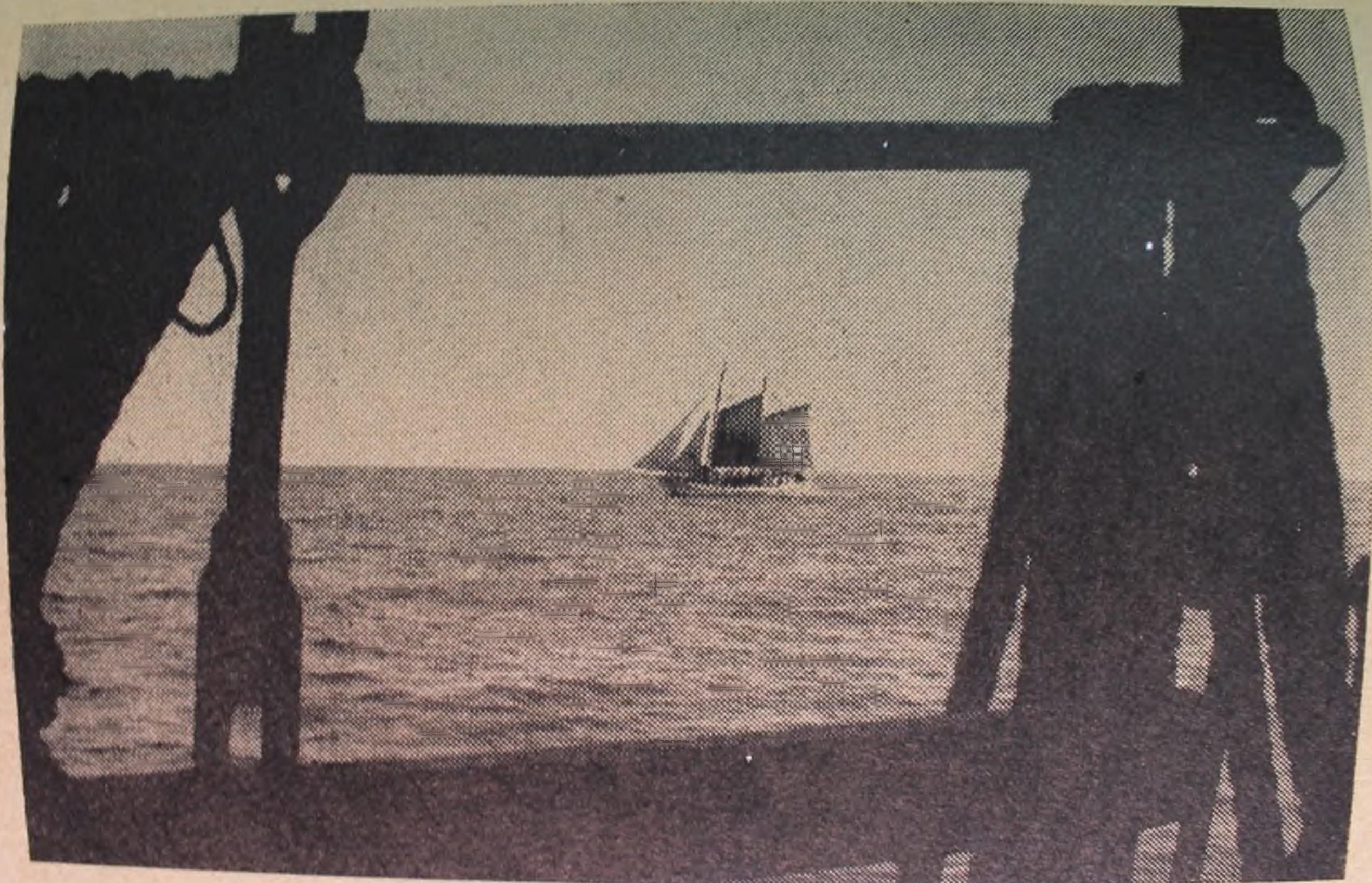
En septiembre de 1870 Alfredo de Rodth tendría aproximadamente 25 años, cuando las huestes prusianas asolaban los campos de Francia y a sangre y fuego arrollaban las defensas de París.

Era en pleno verano y el antiguo subteniente del ejército austriaco se encontraba descansando en las playas de El Havre, atento a la entrada y salida de los barcos de ultramar, que cada día partían con cargas más numerosas de hombres, de cereales, cañones y animales. Era el mundo que huía del horroroso resplandor de las guerras, buscando campos de paz y de trabajo en los albores de una nueva tierra.

Alfredo volvía a sentir en su corazón el llamado que antes había escuchado en deliciosos silencios; las patrias de las viejas culturas americanas, el joven mar de Hernando de Magallanes, el continente de naciente frescura, volvían a golpear en su corazón con aquellos velámenes desplegados en el puerto.

El viento barría las playas de Francia, y lejanos galopes arrancaban un frío sudor a la tierra. He aquí a la bárbara Prusia lanzando sus veloces caballerías; el teutón guerrero sembrando la muerte y el exterminio, luchando por dominar a Europa. En la pierna de Alfredo de Rodth está incrustado aún el plomo prusiano de 1866. . . "Adiós, América. . . , sueño de mi vida. . . Algún día serán para mí esos aires. . . , esos caminos del mar" . . .

Y volviendo su espalda a los muelles de El Havre y a los navíos que partían para la América del Sur, tomó el camino de París, yendo a enrolarse en un cuerpo de soldados extranjeros llamado "Les amis de la France". Incorporado más tarde a la División Veterana del General Vonoy, se batió en todos los encuentros del sitio con un sublime ardor.



"Algún día serán para mí esos aires..., esos caminos del mar..."

LA BATALLA DE CHAMPIGNY

El barón de Rodth, el soñador, el músico, el guerrero, yace tendido en medio de la nieve.

Los galopes sueltos de los caballos jadeantes y perdidos, los gemidos de los soldados sepultados en el hielo, lo han rescatado del mortal letargo. Se ha incorporado dificultosamente y de nuevo ha vuelto a caer. Será difícil que vuelva a levantarse.

El oscuro y elegante caballo del guerrero se acerca en un desesperado galope. Jinete y caballo se contemplan como dos amigos que respiran por última vez en medio de un mundo abandonado. Es la terrible soledad de la muerte que va ajustando cada vez más un círculo helado y firme. Dos días con todas sus horas ha durado la sangrienta batalla de Champigny. Dos días guerreando sobre el hielo; durante la noche y el amanecer no dejaron de chocar los aceros, de gritar y caer los hombres, de romperse los escuadrones.

"Sultán", el hermoso caballo del barón, se abatió tiernamente a su lado y grumos de nieve descendieron lentamente sobre la bestia y el hombre, que eran —no

obstante heridos y olvidados— tan semejantes en el dolor común.

Con las tinieblas se fueron amortiguando los quejidos, como si un manto cubriera la agonía de las almas y ahogara los sonidos de la tierra.

Amanecía cuando el trote de una patrulla austríaca se detuvo frente al grupo que formaban el hombre y el caballo.

—¡Alto!... —ordenó el que mandaba el pelotón.

—Aquí hay un herido. No podremos detenernos mucho tiempo; seguid los otros adelante, mientras dos hombres improvisan una camilla.

Los que componían el séquito se agruparon alrededor del jefe, que no era otro que el conde polaco Kozubrodsky, quien en un tiempo comandaba en Viena el Regimiento de Coraceros del Emperador Francisco José, y en el que Alfredo se había destacado como cadete.

Intensa fué la emoción del conde cuando reconoció entre los pliegues del capote el rostro querido de su antiguo compañero de armas.

Sin esperar la acción de los soldados, procedió a levantar rápidamente con sus propios brazos el cuerpo vencido de su amigo. "Vive —balbuceó con ansiedad—. Pronto, acercad su caballo, arreglad la montura, y dejad que yo lo conduzca." Alfredo de Rodth abrió los ojos adormecidos por la muerte... Aquella voz, aquel rostro le traían un lejano recuerdo que ahora no podía precisar.

Enrique amaba el campo, la siembra, la siega; era virgiliano, amaba la sensualidad de la tierra, la posesión íntegra, el trabajo, la tradición; tenía tierra, pero quería más tierra; cuando tuviera mujer, tendría hijos y querría más hijos; era real y optimista. Rechazaba lo incierto y la aventura, por muy fascinadores que fuesen. Era un europeo ceñido a viejos cánones. Sus hijos, como sus antepasados, tendrían que nacer allí, bajo el cielo de Holanda o de Suiza, de mujer de su raza y de su clase.

Alfredo, en cambio, apartaba de sí lo que le impidiera abrazar con todo su ser el universo; era un guerrero y un poeta, amaba a la humanidad y se entregaba a ella. Le molestaba ese exceso de gloria, de fama, de tradición, de inmortalidad, de arte, de reliquia que tenía Europa y que ponía límites a la pasión de su corazón universal y fuerte. Además, por encima de lo gótico o renacentista, de lo católico o cristiano, sonarían siempre los clarines de las guerras.

“Venid conmigo a América . . . —le había dicho a su hermano—. Venid y sembrad allí el tulipán y el trigo . . .

Aquellas tierras están preparadas para todo, y te devolverán tesoros en cambio de su conquista”...

Las almas desiguales de los dos hermanos coexistían, no obstante, y ahora que Alfredo se encontraba peleando al servicio de Francia, pensaba con melancolía en aquel muchacho que poseía un alma ardiente y viril, que de pronto era capaz de abandonarlo todo, como Jesús —hogar, madre y amigos—, para fraternizar con los hombres; derramar su espíritu y su sangre en cualquier camino de la tierra —¡ay!, la brevedad terrible de la vida—, todo por su ideal, “su ideal”... sed nunca saciada de los que nacen con las palmas ardientes del martirio cruzadas sobre el pecho.

Desde que Alfredo partiera a la guerra, Enrique habitaba el viejo castillo —acompañando a las dos mujeres—, ahora mucho más grande, más desolado cuanto más larga era la ausencia de su hermano y las noticias que llegaban traían tristes presagios.



Una fría mañana de enero de 1870..., perdida en sus pensamientos vagaba Gertrude por los alrededores del castillo, buscando en la lejanía el caballo de algún mensajero que galopara trayendo a los habitantes del lago Neuchâtel las últimas noticias de la guerra franco-prusiana, de quienes más allá de aquellos blancos farellones derramaban su sangre sobre los campos ateridos de nieve.

El último mensaje había llegado hacía justamente tres días, y no podía ser más desconsolador: derrota tras

derrota para los ejércitos franceses; Nalopeón III había caído prisionero al frente de un ejército de 100.000 hombres, y la batalla de Sedán había consagrado el triunfo total del invasor prusiano; el príncipe heredero había desaparecido y la Emperatriz Eugenia, Regente de Francia, no podía contener las turbas revolucionarias que, al grito de ¡Abajo el Imperio!... ¡Viva la República!..., sacudían las verjas de las Tullerías... “¡No se trata de salvar el Imperio... —respondía, enloquecida de dolor—, se trata de salvar a Francia!”...; pero el pueblo estaba fatigado con las derrotas con el desorden y el mal manejo de los asuntos de gobierno del último Imperio, y rompió los cordones de las tropas, penetrando hasta los umbrales del palacio... “No quiero que tengáis otra reina guillotina-da”..., gritó Eugenia de Montijo, pensando en María Antonieta, al mismo tiempo que el invasor extranjero se precipitaba sobre París. El corazón de aquella mujer española lloró por su verdadera patria que era Francia y, en su desesperada fuga, corrió en busca de la protección de Inglaterra...

¿Se encontraba con vida Alfredo de Rodth? ¿Habría caído prisionero? ¿O yacía herido en alguna quebrada de los Alpes?

¿Volverían a verse otra vez? ¿Realizaría Alfredo aquellos planes de habitar una isla donde habían morado los piratas y hombres cautivos arrastraban cadenas?... El amaba vivir peligrosamente, sus energías románticas,

casi místicas, estarían siempre al servicio de aventuras desesperadas; vivir mitos heroicos, causas que lo llevarían a sentir plenamente sus emociones, aquellas que, como viento impetuoso, hincharían las velas de sus naves...

Un raro malestar, una extraña nostalgia de mujer hundió lentamente su garra en las entrañas de Gertrude... ¿Era el joven guerrero De Rodth su verdadero amor?... ¿Amaba realmente a aquel hombre ensimismado en las lecturas, que pasaba días enteros extendiendo cartas de navegación, e inclinado y mudo sobre aquellas cartografías adquiría una extraña y loca expresión? Dedicado a las lecturas pueriles, como la de esa historia de Daniel Defoe, donde un hombre abandonado completamente en una isla pudo sobrevivir y alcanzar la felicidad bastándose a sí mismo, hasta que llegaron, para hacerle compañía, un indígena llamado Viernes, un papagayo y una cabra... ¿Cómo podría él, que amaba las guerras, que sabía tantas cosas, y parecía tan equilibrado, frecuentar esa literatura, y excitarse al extremo de querer partir con ella a bordo de un frágil velero, expuesto a tremendas tormentas, y, lo que es peor, al asalto de la piratería, o a caer devorado por los caníbales de los que América —según se decía— estaba poblada?...



“¡Oh mi adorada isla..., qué hubiera dado yo por no dejarte nunca!...”
ALEJANDRO SELKIRK.

“¡O h... —suspiraba Alfredo de Rodth—, poder estar ahora a bordo de un velero envuelto en un gran temporal atravesando el cabo de Hornos!... En las islas Marquesas, lamiéndole los ojos a una joven morena y polinésica..., o en la isla de Pascua, contemplando sus esculturas arcaicas... Mejor estaría en el Paraguay, meciéndome en una hamaca, bebiendo el aire tibio y cargado de azahares de sus patios..., o perdido y solo en la isla de Robinson Crusoe”...

La noche caía al fin sobre su insomnio delirante, y su cuerpo enfermo y dolorido era vencido por la fuerza de las imágenes. La baronesa Sabina de Rodth se acercó dulcemente hasta el lecho de su adorado hijo, y acarició aquella frente donde la fiebre ponía un persistente arrebol. Al sentir la frescura de aquella mano, Alfredo abrió los ojos y los fijó tiernamente en el rostro de su madre: “Abrid las ventanas para sentir el aire..., quiero ver ponerse el sol sobre el lago de Neuchâtel...”

Era la primera vez que Alfredo pedía que se levantaran aquellas pesadas cortinas que cubrían el amplio

ventanal del castillo, impidiendo que entraran el paisaje y la luz.

Llevaba más de tres semanas postrado en la obscuridad y el silencio, y si no hubiera sido por aquel delirio evocador que tarde a tarde enardecía su cerebro transportándolo a desconocidos países, nadie hubiera asegurado, por la quietud de su cuerpo y su débil respiración, que Alfredo de Rodth vivía.

Sumergido en la penumbra de su alcoba, escoltado por las cuatro columnas de su cama, ahora con la ventana completamente abierta sobre el lago y de espaldas al parque, su lecho aparecía como la gran silueta de un galión en medio de un vasto océano perdido.

Era un barco que navegaba con un hombre herido en espantosas batallas y herido en lo más profundo de su alma con una pasión destrozada.

Las dos heridas aceleraban el pulso y provocaban su delirio, y durante el día lo mantenían sin voluntad y sin deseos, abandonado, casi muerto entre aquellas sábanas que parecían velámenes desgarrados aprisionando el cuerpo de un náufrago que marchaba a la deriva, sin rutas ni vientos, envuelto en las banderas de la muerte o como un remo suelto que arrastraban las aguas.

Era inútil el disco de oro que el sol arrojaba cada mañana contra el cristal de su ventana, porque la espesura del terciopelo se encargaba de rechazarlo con impenetrable elegancia; tal como el corazón del barón rechazaba cada día la presencia triste y silenciosa de Gertrude.

Apenas aquella figura se insinuaba en la habitación, con la intención de acercarse, éste cerraba firmemente

los párpados, y se inmovilizaba en el lecho como un muerto... "Dejadme que os acompañe... Permitidme que os mire... Dejadme rezar por vuestras heridas, aquí, arrodillada junto a vuestro lecho, sintiendo vuestra respiración... Dejadme, porque os amo"...

Una profunda obscuridad y un gran silencio respondían a la hermosa Gertrude.

Mientras, se acercaba la hora en que el barco tendría que partir, como cada atardecer, con su único tripulante herido.

Ya se desprendía de sus colgaduras, abriéndose paso entre doseles y tapices, entre viejos retratos y figuras conocidas de sus compañeros de armas, que lo despedían solemnes con espadas desenvainadas.

Sólo el rostro de su madre lo contemplaba desde lejos con una triste sonrisa y apenas agitaba un pañuelo.

Pero Gertrude no estaba allí... "¿Por qué no está ella junto a mí, a mi lado, en el puente..., con su rubia cabellera desatada en el viento del mar?... ¿Por qué no siento el calor de su cuerpo como antes lo sentí en medio de las batallas cuando la muerte y la nieve me abrazaban?"... Incorporado en el lecho buscaba a su novia en el horizonte, pero la fiebre le quemaba los ojos y volvía a caer bruscamente sobre las almohadas.

Después de un breve silencio volvía a escucharse su voz: "¡Arriad las velas..., que vamos dando vuelta el cabo de Hornos y un gran temporal nos arrastra contra el peñón"...

Gertrude tornaba de nuevo sobre sus pasos tomada de la mano de Sabina, y ya sentadas debajo de los árboles del parque, perdidos sus ojos en la obscuridad de

la noche y sintiendo a lo lejos el golpe delicado de los remos sobre las aguas del lago, volvía a interrogar a la madre de su novio. La respuesta fué siempre la misma: "No, no hay mujeres en su mente; ninguna imagen amorosa provoca esos delirios y esa fiebre. Los nombres que sus labios evocan son geográficos y misteriosos... Sueña con un continente nuevo..., con islas lejanas donde no existieran mujeres ni ser humano alguno... Habla de estatuas gigantescas, milenarias..., de los tesoros del Emperador Atahualpa, de la rosa de Francia que perteneció a las Cruzadas, una cruz muy grande de esmeraldas enterrada en una isla de Chile..., de bosques de sándalo y lobos cuyas pieles dice que son más tiernas que las espaldas de las mujeres de Europa...

"Albatros y temporales del cabo de Hornos; con el mar de Magallanes... y un hemisferio septentrional; con el valle de Lord Anson, en la isla de Robinson Crusoe...

"Cuando el día muere y los árboles del viejo parque terminan su vuelo y su canto, cuando el perfume de las rosas se duerme y las aguas del lago se aproximan, su ser aparece entonces dominado por el hechizo de las aguas, y arrastrado por extrañas corrientes, parte dormido a desconocidas navegaciones.

"—Adiós —me repite, con una voz dulce y sumergida—. Despedidme de mi hermano Enrique y de Gertrude...

"Decidles que parto hacia América del Sur...

"¡Adiós, viejo Wallenstein!... ¡Adiós, viejos guerreros de Prusia!... Los hechos heroicos de vuestra raza me serán olvidados: olvidados mis amigos, aquellos que

quedaron cubiertos bajo la nieve de Champigny... Ya no escucharé el galope de las caballerías galas ni prusianas, ni herirá mis ojos el brillo de los refulgentes aceros... Adiós a las altas cumbres de Suiza, a las nieves que me vieron nacer, a los valles que escucharon mis risas. Adiós, soldados de Austria y de Francia; mis camaradas de Polonia; no me perseguirán nuestros campos con sus muertos ni escucharé los gemidos de los escuadrones abandonados...

"...La inmensa luz de un continente nuevo me espera... Me esperan el Brasil, el Paraguay... Tucumán, el Cuzco, Valparaíso... Juan Fernández... ¡Oh... nombres adorados, con ríos inmensos, volcanes, pampas, indios, con siglos de sándalo y helechos!... ¡Oh selvas profundas, antiguas arquitecturas, tesoros ocultos en el fondo de los lagos! Me esperan el paisaje terciario de Chile, las civilizaciones arcaicas y remotas resistiendo el empuje de Cortés y Pizarro... Navegaré hacia Panamá y Veracruz como los antiguos piratas... Caminaré por la Sierra Madre y Orizaba, donde los soldados de Napoleón III pelearon con los guerrilleros de Benito Juárez, defendiendo el Imperio de Maximiliano y Carlota... Besaré la tierra de Querétaro, mojada con la sangre del Archiduque de Austria... El Bosque de Chapultepec, el castillo donde los emperadores moraban, donde el amor y la locura formaron un imperio de leyenda..."

Pero al llegar a este punto la ficción geográfica se derrumbaba fatalmente, como un gigante de arena. Acaso eran Maximiliano y Carlota el símbolo trágico de su propio corazón, cuantas veces había acariciado el sueño de vivir en América con Gertrude; con su imagen había par-

tido a la guerra; evocándola peleó y venció como los héroes, como San Jorge contra el dragón. Para ella fueron las hazañas peligrosas, soñando partir con ella a aquella América de sus lecturas, a renovar sus viejas sangres europeas en las fuentes frescas del nuevo mundo, alejando a sus futuros hijos de escenarios manchados por la guerra, las traiciones y la violencia. A lugares del mundo donde el amor crecería puro y sin amenazas, como las flores en la América Central, como las orquídeas en Venezuela y Brasil.

Fué precisamente la imagen de Gertrude la que perturbó su hechizado transporte dejándolo caer sobre su lecho y la dolorida pierna.

“¡Venid!... curadme pronto mis heridas... Arrebatadme el dolor que no me deja partir... destrozadme la pierna... ¡Arrojad de mí estas vendas..., estas ataduras, estos hielos..., pero arrancadme el plomo de la herida!... ¡Arrancadme el plomo prusiano de mi carne!”...

Era un grito de amor y desesperación que ya no volvería a repetirse. Con aquellas envolturas se arrancó simultáneamente las delicadas imágenes que el amor ordena y desordena en la mente del hombre. Y aquel dolor que le causaba un primitivo espanto desapareció cuando la tibieza de la primavera hizo su aparición y su efecto.

Un perfume grueso y terrenal invadió su cabeza y su corazón; era su vigorosa juventud batiéndose por sobre sus muletas de lisiado, ordenándole caminar y vivir. Amar nuevas mujeres y buscar nuevos placeres...

“¡Al diablo con las mujeres!”, pensó inesperadamente, mientras se aproximaba a los labios un vaso hasta la mitad de coñac.



"¡Arriad las velas, que vamos dando vuelta el cabo de Hornos!..." (Foto de William Morrison.)

Comprobó, no obstante, que era un hombre que deseaba vivir, que deseaba comenzar de nuevo algo que había sido interrumpido.

¿Era su viaje a América una actitud filosófica? ¿Un desdén por los mitos humanos, o simplemente una fuerte ambición de conquista y enriquecimiento pagada al precio de una peligrosa aventura?

Ya nada podía retenerlo; había acariciado ideales cuya esencia derrumbaron las claudicaciones, la cobardía de los hombres; ahora le interesaba sólo su propia lucha, concretamente lo que le concernía a su vida misma. La derrota y el desaliento se extendían sobre la faz de Europa.

Primero fué el fracaso de aquella expedición invasora sobre México, aquel pedazo de tierra indígena, llena de belleza y cultura, que formaba parte del continente de su leyenda, gimiendo bajo las botas de los batallones extranjeros, Austria, Francia, España, Inglaterra... todos confabulados contra Juárez, el indio elegido soberanamente por su pueblo. Y ese general Forey a quien Napoleón elevó al rango de mariscal cuando hubo entrado triunfante con sus tropas en la ciudad de los palacios... Una aventura imperialista sobre las tierras inocentes de América. El era un europeo, y por su origen, ligado a las viejas castas aristocráticas de Austria; pero por la naturaleza firme de su alma era más grande y noble que por lo viril y orgulloso de su origen.

Y fué precisamente la curiosa odisea de este Imperio la que suscitó en su alma poética ese amor, esa excitación por América.

No podría olvidarse del día lejano de su adolescencia, cuando vió pasar por las calles de París la escolta imperial que acompañaba a la Emperatriz Carlota. Llevaba una mantilla negra mexicana, cubriéndole su palidez y su llanto, y se dirigió hacia las afueras de la ciudad, rumbo al Palacio de Saint-Cloud. Venía de tan lejos, tan bella y tan cansada a arrodillarse a los pies de Francia.

"No era sólo el Imperio que caía... —les dijo a Napoleón y a Eugenia—. Es la vida misma del Emperador"... , abandonado en aquella tierra violentamente poseída. "Un verdadero Habsburgo no abandona su puesto en los momentos de peligro", le había dicho a su esposa cuando partía.

Pero Napoleón necesitaba aquellos 25.000 soldados, y Estados Unidos de Norteamérica había manifestado sus deseos de que Francia no prolongara por más tiempo la ocupación de México. Carlota yacía abandonada. Y regresó de nuevo por las calles que la vieron pasar, pero mucho más triste y abatida, llevando en la belleza de su rostro un gesto demasiado profundo de dolor. ¿Iría hacia el puerto? ¿De nuevo hacia la nave que la había conducido a través de una larga travesía? ¿A los muelles de donde había partido un día a bordo de la gallarda fragata austriaca que los conduciría al puerto de Veracruz, en cuyos baluartes flamearon a su llegada los escudos de armas del Imperio?...

¿Iría a Austria, donde el Emperador, o para que la oyera su padre, el Rey de los belgas? ¡Ay!, ya era demasiado tarde. Las tropas triunfantes de los patriotas rodeaban el Palacio de Chapultepec, y tomaban prisionero al Emperador. Era el 19 de junio de 1868; en Europa

los pájaros llenaban los campos de canciones y amor, y en las sierras de México caía el frío silencio de la nieve. Maximiliano, Archiduque de Austria, ya no era Emperador de México. Sometido a un Consejo de Guerra, fué fusilado al alba en la ciudad de Querétaro. "Era demasiado hermoso para ser Emperador de los mexicanos...", comentó un fusilero del pelotón.

Al caer la noche de este triste día, los ojos de Carlota no lloraban, sino que, velados por una luz amortiguada y triste, expresaron el extravío de un ser terriblemente desgraciado.

Alguien anunció al barón que era la hora de partir.

No recuerdo bien si fué de La Pallisse o de El Havre de donde partió el barco que lo había de conducir hacia el Continente de la Esperanza. El levantó su cabeza hacia el cielo y comprendió que el alba de un nuevo día golpeaba en su corazón con infinito ardor.

"EL LOBO LARSEN"



Amanecía y Valparaíso estaba dormido, como duermen los marineros, con un oído pegado al barco y otro en el viento. De vez en cuando se abría la puerta de un bar, y una mano invisible arrojaba fuera algún trasnochador semidormido que trataba de caminar hacia adelante o volver hacia atrás, tal vez al mismo sitio de donde había partido. Más allá estaba el mundo de la bahía, los barcos, los veleros; las pequeñas chalupas aparecían con su alma dulcemente plegada, y las brisas ligeras traían el mensaje del que sería un nuevo día. Un día cargado de luz y gritos de gaviotas, de movimiento en las gallardas arboladuras, de viril elegancia en el mar.

Un pitazo agudo y otro más rubricaron repentinamente la eclosión del día, y la luz comenzó su faena radiante desplegándose como un abanico en el horizonte, llenando rápidamente de cúpulas y capiteles el cielo, y de campanas el oleaje del mar.

Campanas que iban y venían, grandes y pequeñas como las olas, desde las más remotas puntas de los cerros, de las poblaciones que despertaban mezclándose con el puerto y las embarcaciones.

Comenzaba la actividad a bordo. El "Chacabuco", velero que había de partir en unas horas más a Juan Fernández, se meció con un lento balanceo que lo hizo describir círculos en el aire con su recia arboladura. El lamparero despertó su somnolencia en la cocina, y, medio dormido aún, subió a cubierta; con ojo crítico oteó el horizonte, el cielo y el mar; después se frotó las manos en silencio; se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido. Luego, acomodándose el chaquetón, encaminó su modorra hacia el rancho de los marineros. Afirmó las manos en ambos costados del tambuche y desde arriba, inclinado el torso en posición grotesca, gritó con voz potente:

—¡Arribaaa!... El capitán está llamando el boteé...

Luego encendió un cigarrillo y fué a desamarrar la boya de popa para atracar el bote al costado y armar la boga... De sus labios se desprendían pequeñas bocanadas de humo, mientras el cigarrillo empequeñecía. Buscó las chumaceras y las hizo sonar golpeándolas una contra la otra, en seguida las lanzó dentro del bote. Pasó sus piernas por sobre la borda y pronto quedó con todo el cuerpo fuera de la embarcación y las puntas de los pies afirmadas en el verduguete. Miró hacia abajo, y de un brinco se colocó sobre la bancada del medio.

Hubo como un temblor en las aguas al hundirse la embarcación con el peso del hombre. Después, calma. Trepado en la bancada sobre la cual hacía equilibrio, alzó la cabeza y gritó:

—Quiubo, pues, ¿a qué hora viene el otro?... El



La "Inoa" unía las 360 millas que al oeste separaban a Juan Fernández de Valparaíso.

viejo debe estar hecho una furia... ¡Creerá que me dormí en la guardial...

—¡Ya, oooh, espera un ratito, que me estoy vistiendol...

La amistad de Larsen y el barón de Rodth había quedado sellada para siempre aquella noche en un bar de Valparaíso, donde los encontró el amanecer del verano de 1877.

Alfredo de Rodth era el único pasajero que llevaría esta vez el "Chacabuco", que partía ese día a la isla de Juan Fernández, llevando harina, arroz, azúcar, café y aguardiente, para regresar al continente cargado de langostas, pieles de lobo, madera de sándalo y chonta.

Esa mañana, cuando el bote se acercó al muelle a recogerlos, capitán y pasajero estaban abrazados como sólo se abrazan los marineros, y meciéndose con el ritmo gracioso que el mar imprime en los barcos y en las piernas de los hombres, y que sólo el alcohol puede imitar admirablemente.

Los dos marineros que conducían la chalupa se miraron sin decir palabra, pero un gesto de extrañeza en sus rostros acompañó el último golpe de los remos.

—Buenos días, capitán.

—Buenos días...

Ya descendían, no sin cierto cuidado, la vieja y ancha escala de piedra, cuyo final se pierde en la hondura del agua, cuando De Rodth, volviéndose hacia su amigo, preguntó:

—Capitán, ¿están mis cosas a bordo?

—Todo, todo, hasta el piano...

Y los dos se miraron sonriendo, mientras daban un salto perfecto sobre la embarcación.

Alfredo no volvió a mirar hacia el puerto que abandonaba; ahora ya estaba sobre su ruta. Dirigió su vista hacia la goleta, acariciándola inadvertidamente: era graciosa y esbelta; con la elegancia animada de sus líneas prolongándose más allá de la curva coral y del bauprés, daba impresión de velocidad y fuerza, mientras que sus tres robustos palos reales y sus delicados masteleros hablaban de las duras turbonadas y de las brisas suaves de los alisios.

Había llegado.

Un excitante olor a bahía, mezclado a brea, a pintura, a humo, a todos esos característicos olores de los barcos, ya sean nuevos o viejos, transatlánticos o veleros, comenzó a dominar sus sentidos.

La elegante nave estaba construida con maderas isleñas, y la cámara del capitán era amplia y simpática; olía a santuario, con las incrustaciones de sándalo en los paneles de los mamparos. Era una embarcación veloz, y solía hacer singladuras de más de doscientas millas con buen viento. Su capitán era maduro ya, macizo y rubio. "El Lobo Larsen" le decían. Su historia era atrayente, y lo rodeaba una singular aureola. Había aparecido un día cualquiera en una de las playas del puerto, naufrago de un velero que después de desarbolar por efecto de una tempestad frente a Bahía Laguna, en recalada a Valparaíso, había ido a terminar sus correrías por los mares entre los enrocados de la costa. Ya en-

tonces fumaba pipa, y contaban, citando testigos, que, cuando salió del agua, todavía la llevaba en la boca. Verdad o no, lo cierto es que, aun cuando descabezaba un sueñecito por las tardes, lo hacía con la pipa entre los dientes. Y cuando los chubascos lo encontraban midiendo a grandes pasos la toldilla, la volvía hacia abajo para que no se apagara, y si estaba enojado, la cambiaba rápidamente de babor a estribor...

Esos eran los momentos en que no convenía hablarle; pues, además de escupir con violencia, largaba unas palabrotas terribles. Tenía unas manos poderosas, y, a pesar de la fuerza que demostraban, eran hábiles en malabarismos con los naipes. Cuando estaba de buena y había pasajeros de su agrado, los invitaba a la cámara para obsequiarles con un trago y entretenerlos con los naipes.

Las mujeres salían maravilladas, y los hombres, casi ebrios. Cuando "El Lobo" bebía, nadie podía dominarlo, era una especie de búfalo borracho.

Se contaba que un invierno, habiéndolo sorprendido un temporal en el Atlántico cuando andaba en un velero americano que hacía la carrera a Europa, con pasajeros, ordenó cargar las velas altas y las cuchillas, pues el viento tendía a arreciar... y una gran tempestad obscurecía el horizonte. "El Lobo Larsen" se había encerrado firmemente en su camarote, y mientras bebía a grandes tragos contemplaba un retrato de mujer. Cuando terminó una botella de whisky, el barómetro había bajado más, y el viento tenía fuerza ocho. La mar engrosaba encapillándose por sobre el castillo y barriendo el oleaje las cubiertas. El primer oficial se dirigió a la

cámara para darle cuenta que las olas se habían llevado un bote salvavidas. y sugerirle que sería mejor ponerse a la "capa"... Pero el capitán Larsen lanzó una tremenda carcajada al tiempo que le tendía un vaso de licor al marino.

Siguió bebiendo, pero, al terminar la segunda botella, un violento remezón de la nave dió en el piso con todo lo que había sobre la mesa. Larsen se puso de pie con la pipa en la boca, y calándose el impermeable y sureste, subió a la toldilla. Se había hecho la noche. Una compacta oscuridad y un violento oleaje envolvían el barco, amenazando destruirlo. Completamente recuperado y sereno, transformado y consciente de su responsabilidad inmediata, "El Lobo" se dirigió a barlovento, mientras acostumbraba sus ojos a la noche. Aseguró su mano izquierda en el mesana, mientras el oficial de guardia se ubicaba a su lado, listo para recibir las órdenes. Estas no se hicieron esperar:

—¡Pilotoooo!..., ordene al contramaestre que largue los rizados mayores y gavias, y los ponga al viento... —y su voz era un bramido mucho más recio que el temporal.

—Capitán, el viento está muy tenso y el barómetro sigue bajando. Parece que...

No lo dejó terminar.

—Muy bien, yo ordenaré la maniobra...

Hizo portavoz con ambas manos y tronó:

—Contramaestreé...; las dos guardias a cubierta...

En silencio, puesto que ya le conocían, uno a uno fueron largando los cabos y recogiendo otros. El velamen

flameaba furioso como si fueran las banderas de algún ejército infernal, mientras los bolsos iban tomando viento y adquiriendo una magnífica corpulencia. Ya la nave no sólo corría sobre las olas; era, como su capitán, una furia del Averno. Triplicó su andar, y, en su enloquecedor galope, desafió, gigantesca y desatada, la fuerza potente de los elementos en convulsión.

Supersticiosos, los marineros se persignaron. Larsen cargó tranquilamente su pipa, que se había apagado. Con el pulgar derecho apretó el tabaco y le atracó un fósforo, protegiendo la débil llama con ambas manos.

El piloto lo contempló desde lejos y murmuró entre dientes:

—Este hombre está loco...

El capitán, en tanto, se había acercado al oficial, lo miró, como queriéndole decir algo, y a través del fragor de la tormenta, le gritó:

—Buena guardia, piloto..., y vientos largos...

Lanzó una carcajada y se fué a dormir.

*

* *

Así era "El Lobo Larsen".

Gran marino, le habían ofrecido el mando de uno de los modernos transatlánticos con máquina a vapor, que recién comenzaban a surcar los mares del mundo, ganándoles fletes y pasajeros a los últimos veleros de la época.

Habían sido echados al agua los famosos *clippers*, cuyas singladuras sorprendieron al mundo náutico de la época, y nada pudo oponerse al formidable empuje de

las embarcaciones con propulsión propia. Pero Larsen no quiso aceptar la era de la máquina. Su alma indómita e inconmensurable vibraba al impulso del viento y al rugido de los aquilones, como si en él sólo alentaran las oscuras fuerzas que mueven los huracanes y agitan los mares en los bajíos.

¿Cómo pudieron congeniar dos seres de tan distinta naturaleza como el barón y "El Lobo Larsen"? ¿Tal vez fué la circunstancia misma de ser el uno la antítesis del otro? ¿O fué el origen el viaje de ocho días que realizaron por el mar, cuando se dirigió De Rodth a tomar posesión de la isla?



"Amanecimos en Más Afuera, y sus habitantes me parecieron hombres detenidos en la edad neolítica..." (Foto de Odette Vansan.)

NAVEGANDO

Los ponientes eran de un lujo asiático, cargados de sedas carmesí, de terciopelos dorados o celestes, grises, color mate..., con el color de los retablos primitivos.

Las estrellas aparecían gigantescas, desprendidas, como si de nuevo guiaran a los Reyes hasta el portal de Belén. Los cielos, las estrellas, las noches del mar, recordarán siempre las cosas antiguas, de belleza inmutable y eterna. He aquí la Cruz del Sur, con sus cuatro clavos ardientes. El bravo mar Pacífico, cuyas aguas tejieron las leyendas de varios siglos, y seguirían tejiéndolas por varios siglos más.

Los días transcurrían tan pesados como si un verano eterno se aplastara sobre las aguas. El velero gallardo y hermoso se quedaba casi detenido, sin vientos que lo impulsaran, quieto como una vaca en medio del mar. Pero cuando al caer la noche aparecía el sureste, súbitamente, como aprovechándose de la media luz del mundo, los hombres desplegaban las velas, que se llenaban de viento y se hinchaban como pulmones en función maravillosa.

Los cardúmenes de peces acompañaban durante largas horas la proa y los flancos del velero; de vez en cuando el negro espesor de los tiburones afloraba a la superficie, jugueteando traviesamente con algún tronco flotante. Cerca de la línea del horizonte se avizoraban los infantiles chorros de gigantescas ballenas.



Sin planes ni esfuerzo mental alguno, Alfredo se dejaba llevar como las hojas se dejan arrastrar por la tierra entre las brisas. Intentaba de pronto reconstruir seres, arquitecturas, emociones, viajes; pero los bandazos enérgicos de las olas eran más fuertes que sus recuerdos, abriéndole el camino palpitante del mar, el mundo del presente que amaba, y de un futuro que iba a abrazar con toda la fuerza de su ser. Casi todos los hombres que había conocido deseaban el poder, la gloria, el dinero. El sólo había querido llegar hasta aquí. Entrar en ese pedazo de geografía, beber la leyenda de su corazón, poseer aquella tierra, y acarició con un temblor el lugar de su pecho donde guardaba el papel que acreditaba la posesión de la isla por espacio de veinte años.

Se puso de pie, miró el horizonte, pero la isla le estaba aún vedada; la tierra estaba cerca y no se veía, algunos hombres de la tripulación estaban a su lado y miraban también en la lejanía; buscando los primeros pájaros, las primeras neblinas que trajeran el mensaje de las islas.

Era un día de profunda quietud; parecía que en el mar se hubiera incrustado un lago de inmóviles aguas. Como los días que acompañaron a las grandes navegaciones: de suaves y dulces aires. La voz del capitán Larsen llegó de pronto, alta y cálida:

—Amaneceremos en la isla de Más Afuera...

Era un anticipo geográfico.

La cacería de lobos había sido importante esa temporada.

Tanto como lo había sido en el año 1805, cuando un solo buque había llevado a Inglaterra no menos de un millón de piezas, y en el mercado inglés una piel de lobo valía por ese entonces veinticinco pesos. Alfredo recordaba haber leído en un diario de Francia que las pieles de los grandes cascos de la guardia de Napoleón procedían precisamente de las loberías de Más Afuera.

Aquella noche De Rodth la pasó en pie.

Larsen lo había pensado de antemano, y, precavido, había dispuesto algunas menudencias que los ayudaran a pasar juntos aquella velada: café caliente, ron y jamón, libros de cronistas chilenos: Vicuña Mackenna, Barros Arana, y hasta algunas páginas de diarios de piratas: Lord Anson, Sharp, Selvack..., que acortaban cada noche las horas de navegación y ansiedad. No podía faltar el viejo acordeón de Larsen, ni tampoco el tabaco fuerte y negro de las pipas que llenaría de humo las leyendas de los piratas, sin impedir que se vieran las horcas con el inmenso nudo, tambaleándose dentro como badajo de campana. Larsen y De Rodth amaban esas horas de las madrugadas cuando la tripulación vigilaba

en sus cofas o roncaba en sus camarotes y el viento del Pacífico cruzaba alto y sonoro entre las jarcias.

Entonces, sólo era dado oír la voz ronca y simpática de Larsen, que, echado para atrás en su sillón dúctil y giratorio, comenzaba a leer (1):

"Jamás los filibusteros habían tenido un ejército tan numeroso ni tan bien equipado. Allí celebraron un consejo para resolver sobre qué punto dirigirían sus armas, si sería sobre Veracruz, Cartagena o Panamá. Su elección recayó en esta última ciudad, porque si bien por su situación era aquella cuya captura ofrecía mayores dificultades, gozaba de la fama de encerrar las más prodigiosas riquezas como depósito de los tan ponderados tesoros del Perú. En Cabo Tiburón hicieron los filibusteros sus aprestos de viaje. Ese lugar les ofrecía carne en abundancia, que hicieron secar al fuego y al horno. Algunas naves despachadas a las costas del continente recogieron en las plantaciones de los españoles una abundante provisión de maíz. El 16 de diciembre, terminados estos trabajos, se hicieron a la vela llenos de esperanza en el rico botín que iban a coger y sin tomar en cuenta los peligros a que se exponían.

"Cuatro días después, los expedicionarios llegaban a la pequeña isla de Santa Catalina, donde los españoles mantenían un establecimiento penal. Habiéndose apoderado de esta isla sin dificultad, Morgan eligió tres presidiarios que podían servirle de guías en el continente, y dispuso que un destacamento de cuatrocientos hombres,

(1) Notas de escritos legendarios.—Barros Arana.

mandados por un viejo filibustero llamado Borely, se adelantase a la expedición para ocupar el puerto de Chagres, donde debían comenzar las operaciones militares de la campaña. El resto del ejército filibustero permaneció entretanto en Santa Catalina para ocultar el verdadero número de sus fuerzas a los españoles de Panamá e impedir así que se reconcentraran sus tropas para rechazar la invasión.

"El 23 de diciembre llegaba Borely frente a Chagres; pero allí halló una vigorosa resistencia de parte de la guarnición española, apoyada por algunos indios auxiliares. Después de un combate encarnizado de dos días, los filibusteros, que habían logrado incendiar las palizadas del fuerte, se apoderaron de la plaza, cuando sus trescientos catorce defensores estaban reducidos a treinta, en su mayor parte heridos.

"Allí se reunió en seguida todo el ejército filibustero. Y dejando unos setecientos hombres para la defensa de sus naves y de la costa, Morgan, a la cabeza de otros mil doscientos, emprendió su marcha al interior el 18 de enero de 1671. Es difícil formarse una idea cabal de las dificultades casi insuperables de aquella marcha a través de una comarca cubierta de bosques y de pantanos, calentada por un sol abrasador y desprovista, como vamos a verlo, de todo género de sustento. Morgan había embarcado su artillería en espaciosas canoas, con la esperanza de transportarla cómodamente por el río Chagres. Más adelante se halló que las aguas de éste estaban embarazadas por los árboles caídos de una y otra orilla, y fué necesario arrastrar los cañones a brazos de hombres. Contaba, además, el jefe filibustero hallar ví-

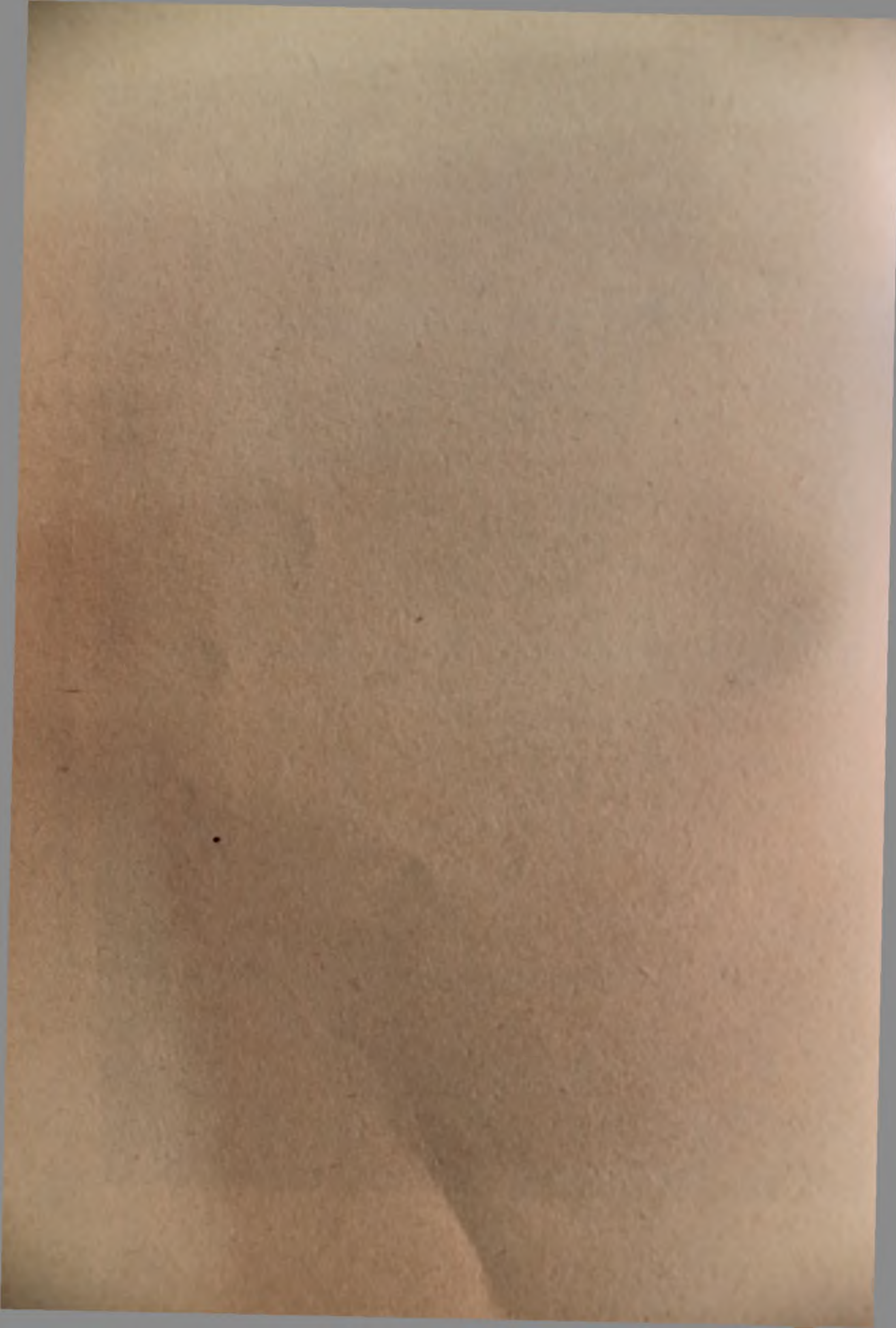
veres en abundancia en los campos que debía atravesar; pero el gobernador de Panamá había hecho retirar los ganados y abandonar las habitaciones, de tal suerte que los expedicionarios, frecuentemente hostilizados por partidas de indios tan ágiles como resueltos, tuvieron que sufrir las espantosas penurias del hambre. Nada, sin embargo, podía enfriar su ardoroso entusiasmo, y en la mañana del 27 de enero se hallaban a la vista de Panamá.

"Esta plaza estaba mandada por el maestre de campo don Juan Pérez de Guzmán. Desplegando una grande actividad, había reunido cerca de tres mil soldados, y contaba, además, con una partida de toros bravíos, que pensaba soltar sobre los invasores para desorganizarlos en el momento de la batalla. Todas estas precauciones fueron inútiles. El combate empeñado en las cercanías de la ciudad duró poco más de dos horas. Los filibusteros desplegaron un vigor y una solidez incontrastables para defender su línea. Mientras tanto, la caballería española, embarazada en sus movimientos por los tremedales del campo, se desorganizó prontamente, introduciendo la desmoralización entre los soldados de a pie, que, como tropas nuevas y colecticias, no tenían la disciplina ni la consistencia para resistir a enemigos tan aguerridos como los audaces y experimentados aventureros que seguían a Morgan. Estos no daban cuartel a los vencidos ni durante la batalla ni en la persecución de los fugitivos. Seiscientos españoles quedaron muertos en aquella desastrosa jornada.

"Una nueva resistencia esperaba a los filibusteros a la entrada de la ciudad; pero la vencieron en pocas horas. Muchos de sus habitantes huyeron a los campos



¡Juan Fernández!... Bastión bucanero de los mares del sur.



vecinos, después de ocultar, cuanto les fué posible, sus tesoros; otros, y entre éstos las monjas de un monasterio, se embarcaron en un galeón a que se había trasladado el dinero del rey y numerosos objetos de valor, y que alcanzó a darse a la vela. El primer cuidado de Morgan fué prohibir que su gente se embriagase, haciendo, al efecto, esparcir la voz de que los españoles habían envenenado el vino que quedaba en la ciudad. Pero esta medida, que supondría un propósito de moderación y de templanza, no tenía más objeto que el de mantener a la tropa en estado de rechazar un nuevo ataque. Mientras tanto, la ciudad fué incendiada por orden de Morgan, según refiere el historiador de la expedición, o por los españoles fugitivos, según contaba el caudillo filibustero. Apoderándose de las embarcaciones que había en el puerto, salieron algunos hombres en busca del galeón que llevaba los tesoros sin que pudieran darle alcance; pero las partidas de tropa despachadas de la plaza tomaron muchos prisioneros a quienes obligaron por medio de horriblos tormentos a entregar sus riquezas. No hubo exceso ni crimen a que no se entregaran aquellos desalmados. "No perdonaron a ninguno, de cualquier sexo ni condición que fuese —escribe un testigo presencial que se hallaba entre los invasores—, porque a los religiosos y sacerdotes era a quienes menos concedían cuartel, si no les valía alguna suma de dinero capaz de su rescate. Las mujeres no fueron mejor tratadas, sino cuando se entregaban a las libidinosas demandas de los piratas; y a las que no quisieron consentir en ellas, las hicieron pasar las más horribles crueldades del mundo. Morgan, que, siendo el almirante, debiera impedir tales infamias, era el primero

que las ejecutaba e inducía a los otros a ejecutarlas, manifestándose en esto como el peor y más relajado de todos."

"Los filibusteros permanecieron tres semanas en Panamá. Algunos de ellos querían lanzarse al mar en las embarcaciones que hallaron en el puerto para continuar sus piraterías en las costas del Pacífico. Morgan desarmó resueltamente este proyecto, y se contrajo a recoger todo el botín que podía reunirse y a perseguir a los fugitivos para obligarles a pagar un subido rescate, sin lograr, sin embargo, apoderarse del gobernador, que se había ocultado en los bosques con una parte de su tropa. Al fin, el 24 de febrero, emprendió la vuelta hacia Chagres, llevando consigo muchos prisioneros que no habían podido rescatarse, y ciento setenta y cinco mulas cargadas de oro y plata y de todos los efectos de valor de que había podido adueñarse. Ya entonces se hacía sentir un vivo descontento entre los suyos por la repartición del botín. Temiendo una amenazante insurrección de sus soldados, Morgan no se detuvo mucho tiempo en Chagres. Arrasó sus fortalezas, inutilizó o cargó sus cañones, y se hizo a la vela apresuradamente para Jamaica. Allí, el nuevo gobernador de la colonia, Lord John Vaughan, en cumplimiento de las órdenes de su gobierno, impidió por entonces las nuevas correrías de los filibusteros y aseguró a los españoles algún tiempo de descanso; pero, como veremos más adelante, luego volvieron a renovarse aquellas piráticas operaciones, no sólo en el mar de las Antillas. Morgan, poseedor de una gran fortuna ganada en estas piraterías, se quedó viviendo en Jamaica con el prestigio que le daban sus riquezas y el recuerdo de sus

hazañas, y aun alcanzó el honor de desempeñar interinamente el gobierno de esa isla."



Amaneció. A lo lejos apareció el gigantesco peñón de Más Afuera, como una ballena demasiado grande, inmóvil y oscura.

Algunos barcos balleneros comenzaron a divisarse. Esta era la isla que algunos geógrafos ingleses que él leñera continuaban inscribiendo al pie de sus derroteros: "Inexplorada"...

Medía de extensión nueve millas de largo por dos y medio de ancho; abarcaba una superficie de treinta y cuatro millas de área, o sea, trece kilómetros cuadrados, siendo plana y pastoril sólo en su centro (1). "Tendrá poco más de una legua —dicen de ella los almirantes Juan y Ulloa, que la avistaron sin explorarla en 1742—, y hace figura oval; es una tierra muy alta y forma un monte redondo, elevado y tan escarpado a la mar que es por todas partes inaccesible; de su cumbre se precipitan arroyos de aguas, y de uno de los cuales se ven a distancia de tres leguas las plateadas espumas que caen por la parte del suroeste de la isla, y desde su altura se despeñan al mar, haciendo en aquella escarpada pendiente saltos de mucha profundidad."

En contraste con su hermana, llamada Más a Tierra, Juan Fernández o Robinson Crusoe, esta desolada

(1) Datos geográficos náuticos de Chile.

isla no tiene ningún puerto, ni pequeña bahía o ensenada que les permitiera acercarse a las naves, y es tan fiero el oleaje, que a veces por espacio de semanas y meses los mismos pescadores que salían tenían que permanecer mar afuera esperando la oportunidad de alguna calma para acercarse y saltar a las rocas.

Mientras que la isla de Más a Tierra ostenta tres puertos en uno solo de sus flancos, este peñón hostil, con sus mares abiertos y vientos huracanados, está rodeado de naufragios y de blancos esqueletos flotantes. Se cuentan patéticas narraciones sobre los innumerables naufragios ocurridos en esas soledades.

Treinta años hacía que un barco, navegando de Australia a Valparaíso, estrellóse en la isla, y dejó entre sus rocas catorce náufragos, que luego desaparecieron como por encanto... "El barco se llamaba "Emilia Luisa", pertenecía a Chile... y esto sucedía el 7 de julio de 1854."

En aquellas latitudes naufragaron más tarde la fragata norteamericana "Hamburgo"... , año 1860...; la barca "Guillermo María" y la barca chilena "Mercedes", en 1862... En junio de 1881 naufragó el buque inglés "Winfield", quinientas millas al poniente de Más Afuera, y su tripulación, compuesta de diecisiete hombres, se salvó en dos botes, que después de recorrer trescientas millas en cuarenta días logró asilarse en Juan Fernández... (1).

*

* *

(1) El 4 de noviembre de 1845, en viaje de Valparaíso a Europa a bordo de la barca "Enriqueta", pisó esta isla el insigne escritor argentino don Domingo Faustino Sarmiento.

Habían llegado hasta las proximidades del peñón, y estaban detenidos precisamente frente a una hendidura donde las rocas simulaban una calavera.

—Estamos en “La Calavera” —dijo Larsen a De Rodth, que no se había percatado, de tan ensimismado que estaba, de ninguna maniobra.

Pronto se aproximaron dos botes que venían avanzando en medio de altas marejadas, y de ellos se trasladaron al velero algunos de sus ocupantes, mientras quedaba en cada bote un hombre que lo mantenía en su sitio sobre el mar.

El aspecto de aquellos pescadores y cazadores de lobos impresionó vivamente a De Rodth: ¡los legendarios habitantes de los mares del sur! Aquellos pescadores de Más Afuera eran por su aspecto rudo y gigantesco, por sus espesas y largas barbas, hombres que hubieran quedado detenidos en la edad neolítica. Se alimentaban igual que en los primeros días del mundo, de pescado y de hermosas langostas, que cocían en alegres calderos de agua hirviendo; no tenían armas, ¿y para qué habían de tenerlas?, ¿para luchar contra la tempestad y el mar? Para eso usaban la grandeza de su alma, el coraje que fulguraba en el centro oscuro de sus ojos. A De Rodth le parecieron arcángeles vencedores.

Quería disfrutar con plenitud el arrebatado sublime que le causaría el encuentro con la isla. Faltaban algunas horas nada más para precisar su hermoso volumen. Deliberadamente se aisló de Larsen y de todo miembro de la tripulación que pudiera, tratando de ilustrarlo, romper el hechizo de aquellos instantes. Había trepado al techo de la cámara, y de costado, tendido a lo largo todo el cuerpo, apoyando su rostro en una mano, cómodo y firme, se preparó como un extraño espectador que esperara ver levantarse el telón de un espectáculo grandioso.

Hela ahí: ¡aislada del mundo!...

Ciñéndola el fascinante mar Pacífico con una poderosa soledad.

Por un lado aparecía cubierta de verdes espesuras. ¿Serían las selvas de perfumados sándalos? Eran los gigantesco helechos; las palmeras finísimas, llamadas chontas, cuya madera blanca y negra era tan resistente como el hierro. Eran los feraces bosques de naranjillo, luma y perfumadas murtillas. Más allá, en lo alto, el sándalo antiguo y misterioso.

En el extremo derecho, cumbres pedregosas, siniestros farellones que infundían pavor. En general, la isla le pareció un monumento triangular y verde, cuya base bañaba la profunda bahía de Cumberland.

Isla de una belleza genética y primitiva. Verde co-marca de éxtasis y olvido, olvido y éxtasis... , para eso había atravesado el mundo...

Pisó aquella tierra con seguridad y paz. Sin suponer ningún peligro ni misterio; pareciéndole de inmediato que todo le era conocido y familiar.

Su vista abarcó las altas cumbres con un sentimiento firme de posesión, luego giró hacia el mar y el horizonte, y vió mecerse dulcemente su velero en la bahía...

La tarde estaba viva y lleno el aire de seres palpitantes. Un mágico resplandor iluminaba el cielo, el agua y la tierra.

El barón se arrodilló para besar aquellas playas desconocidas y amadas. Sintió que besaba con todo su ser las orillas del mundo. Levantó su cabeza hacia el cielo y agradeció a Dios el milagro.

La tarea había llegado a su fin.

El barco se preparaba para la partida. Ciento cincuenta toneladas de maderas finas llevaría al continente la goleta.

Había que zarpar pronto, para aprovechar el viento favorable que permitiera abandonar con facilidades la bahía de Cumberland.

A una orden breve del capitán, corrieron todos a sus lugares de costumbre. Cuatro fueron al cabrestante, colocaron las barras y comenzaron a levar el ancla.

Los demás largaron las trincas de las velas y alistaron drizas y escotas.

Cuando estuvo arriba el ancla, comenzaron a dar la vela, que ahora se elevaba, esperando el momento en que los vientos ordenaran su despliegue vigoroso.

Los botes de los isleños se separaron de los costados, mientras de tierra llegaba una algarabía de despedida. La tripulación agotada buscaba lugares de acomodo sobre la cubierta; todos querían disponer de algún instante, en medio de las últimas maniobras, que les permitiera despedirse, no sin cierta melancolía, de la isla. El capitán

Larsen, como el resto de la tripulación, se pasaba, con el torso desnudo, por el pedazo de cubierta que permanecía libre de obstáculos, y también, como sus hombres, se mantenía atento a la ubicación que le permitiera ver una vez más aquel pedazo ultramarino de tierra, donde su amigo De Rodth había elegido tan extraño destino.

Una fresca brisa acarició los cuerpos semidesnudos, y el capitán respiró profundamente todo el aire que durante el día había esperado.

El barco se alejaba ya.

—¡Adiós, capitán!... —oyó por última vez Larsen.

Era la voz de Alfredo de Rodth perdiéndose lejana en el corazón de la isla.

Inmediatamente surgieron de trecho en trecho a lo largo de la playa innumerables fogatas, que los nativos iban encendiendo, costumbre mantenida desde los tiempos en que Alejandro Selkirk encendía sus hogueras para llamar la atención de los barcos que cruzaban la lejanía.

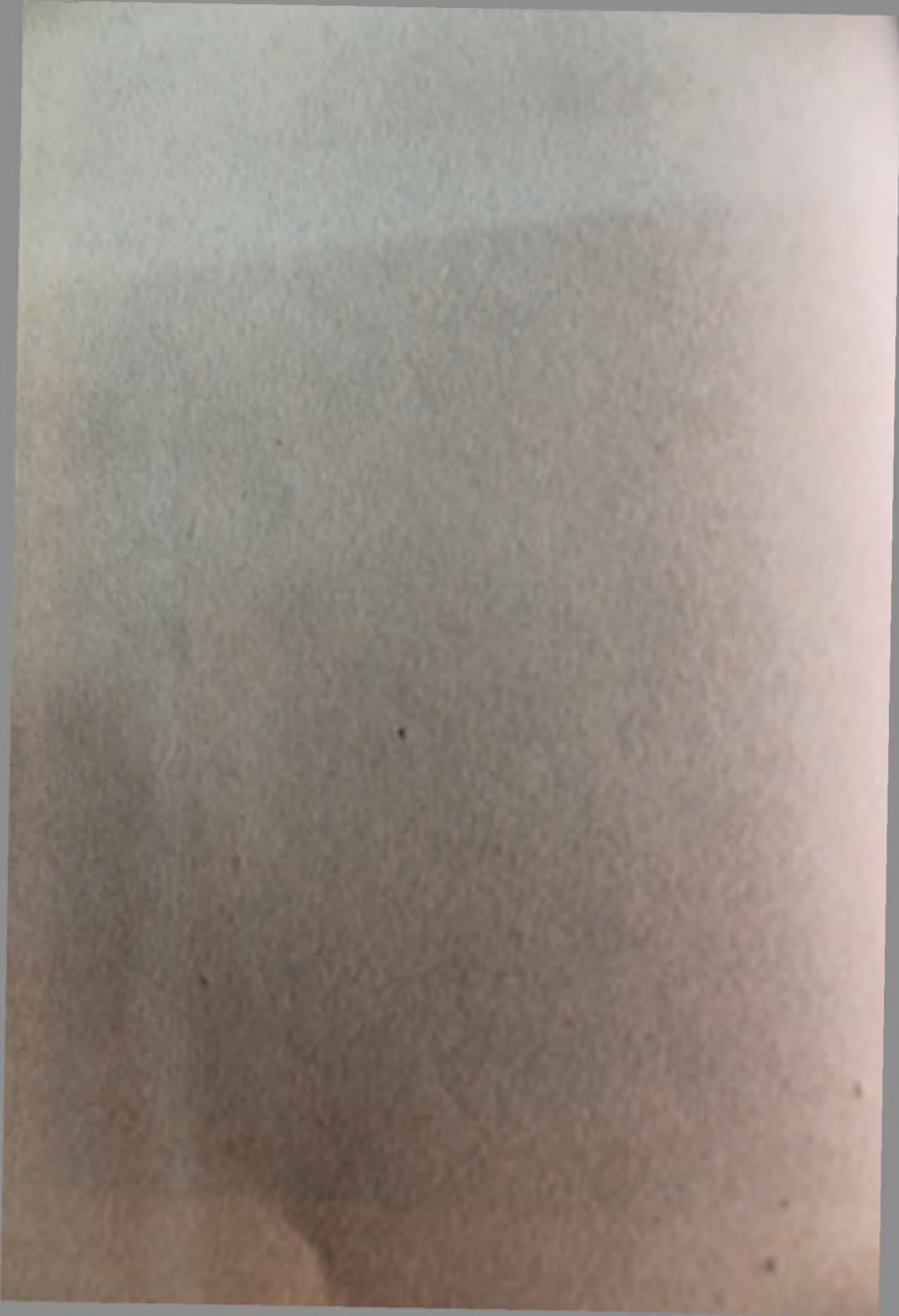
Los últimos resplandores alumbraron la isla, que en ese hermoso atardecer de verano parecía un gigantesco árbol de navidad.

En el centro, sobre una meseta, se destacaba el viejo castillo de Santa Bárbara, la fortaleza que los españoles construyeron para defenderse de los asaltos de los filibusteros, y cuya posesión pasaba alternativamente de manos españolas a manos inglesas, francesas, etc., según fuera la nacionalidad de los piratas que pasaban a dominar aquel oasis del mar Pacífico.

En el lado izquierdo de la isla, y a la derecha de la fortaleza, se alineaban las cinco grutas de veinticinco



Una nueva vida esperaba a De Rodth, y una nueva página se abría por espacio de veinte años en la historia colonial de Juan Fernández.



varas de extensión, tenebrosas cavernas —en donde los patriotas de Chile habían arrastrado sus cadenas—, abiertas por ellos mismos para protegerse de las tempestades, y donde ahora giraban los murciélagos y crecían los helechos entre la humedad de su penumbra.

Sombríos tatuajes, sobre su conformación secular, sobre su hermosa geología de siglos, que le imprimieran los ardores, los rencores inveterados de los hombres.

.....

Una tremenda oscuridad separó al barco de la isla. Larsen presintió una vez más su palpitación y su aliento, algo que se fué amortiguando a medida que el velero penetraba más adentro del mar y de la noche, y que no era otra cosa que una secreta melancolía, una escondida sensación de angustia que le había producido el abandono, en aquella isla del Pacífico, de un ser cuya amistad apenas sellada era desgarrada por la separación. Quién sabe cuánto tiempo hacía que el viejo capitán había deseado este amigo.

Además, no dejaba de causarle angustia el hecho de dejarle allí, en aquellas playas desiertas, como antaño los navegantes abandonaban a sus hombres castigados, a tripulantes rebeldes. Así fué desterrado en esa isla el indio Mosquito por el pirata Sharp, en 1680.

Y Alejandro Selkirk, en 1704, por el capitán Stradling.

El capitán Larsen evocó una vez más el rostro del amigo que dejaba, lo vió por última vez, despidiéndolo desde el viejo muelle. Se habían estrechado fuertemen-

te, sin lágrimas, sin palabras, como se abrazan los hombres; el viaje desde Valparaíso hasta Juan Fernández había durado nueve días, y las sales del océano y el fuerte sol de verano quemaron totalmente su piel, pareciendo sus ojos tan azules como dos dagas brillantes sobre un terciopelo oscuro.

No había huellas de fatiga, de pena ni temor en su rostro.

El magnetismo de la isla hacía rápido efecto. Sobre su faz tranquila la luz de los ojos despedía una terrible fuerza.

Larsen pensó que éste era el hombre que la isla estaba esperando. Una nueva vida esperaba a De Rodth, y una nueva página se abría por espacio de veinte años en la historia colonial de Juan Fernández.

En la noche, las estrellas y el horizonte se llenaron de plateados resplandores. Las olas se columpiaban con sus crestas rutilantes sobre la popa del barco. El velamen abría el surco de sus lonas para cobijar los impulsos poderosos del viento. La oscuridad acortó, al fin, la distancia entre el cielo y el mar. Vibraron las jarcias al rasgar el silencio y el joven casco recostó sus flancos en el seno del oleaje.

Rechinaban los hierros de los cuadernales con la presión de las roldanas, y húmedas las cubiertas, recibieron el impacto de los mares.

El bauprés abre un surco y, chorreando aún, hiende una y otra vez las espumas.

Agil como un pájaro marinero, la goleta mantiene su rumbo hacia Valparaíso.

En la toldilla, "El Lobo Larsen" vigila atento. La lumbré de su pipa le ilumina a intervalos la cara, infundiéndole un aspecto extraño. Abiertas las piernas, las manos en los bolsillos, sigue el ritmo del balanceo. Su mirada se desliza desde lo alto de los palos hasta las escotas. Todo el aparejo en viento, cazadas cuchillas altas, y escandalosas; con el andar que llevan no tardarán más de cuarenta horas en llegar al continente. Allí se trasbordaría todo el cargamento a una barca alemana, cuyo capitán esperaba impaciente.



Los hombres de carga y descarga del barco habían depositado a lo largo del muelle los diversos cajones que encerraban libros, los cuadros y la ropa, algunos muebles y un gran piano de Alfredo de Rodth.

Por primera vez llegaba a Juan Fernández un equipaje tan numeroso, llamándoles la atención aquel negro y hermoso mueble, que sonó deliciosamente cuando uno de los hombres oprimió chanceándose una de sus teclas. El sonido corrió como el alegre grito de un pájaro por el contorno de la bahía.

Cornelio, un corpulento pescador, de negra barba, se acercó tímidamente al extraño huésped, de quien el capitán había hecho una sencilla presentación antes de partir, refiriéndose como al "propietario que tendría ahora la isla", y, como temiendo interrumpir su éxtasis, murmuró:

—Señor . . . , deseo ofrecerle un lugar en mi cabaña...

Pero De Rodth parecía no oír; con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza erguida, miraba fijamente la cumbre del Yunque, que en ese momento se perdía dentro de una espesa cerrazón.

—Señor... —insistió Cornelio—, la noche viene y usted no tendrá dónde dormir.

—Sí, hijo mío, te oigo, y agradezco tu preocupación, pero voy a dormir bajo este cielo, bajo el abrigo de los árboles, como Lord Anson, como Selkirk, cuando pisaron esta tierra...

En pequeños grupos se fueron retirando los pescadores, dirigiéndose a sus viviendas, y casi sin atreverse a comentar la curiosa presencia del nuevo huésped de la isla, a quien deberían servir en adelante como a dueño y señor.

La noche palpitante se extendió sobre el dormido cuerpo de la isla, acostumbrada a la profundidad del mundo; acostumbrada como está la noche al misterio de la tierra, no teme al abrazo de la muerte, ni al silencio del cielo, ni al retumbar del océano. La noche vive su sensualidad en la nocturnidad de la jungla.

—¿En dónde estás, Selkirk? ¿Enterrado en un viejo cementerio de Escocia, o bajo capas de reseca hojas? ¿Tu fantasma recorre las tabernas de tu pueblo? ¿O has venido esta noche a acompañar mi inmensa soledad, mi espantado aliento?

"En la isla de Robinson Crusoe, tu isla, yo escucho tu voz velada por el llanto repetir como hace trescientos años repetías, tumbado en los mesones, borracho y desesperado: ¡Oh... mi adorada isla..., qué hubiera dado yo por no dejarte nunca!... Jamás fui mejor que cuando habité tu suelo, y desde que te abandoné no he vuelto a ser bueno, ni lo seré tal vez jamás en adelante...

Estaba ahora en la isla de Juan Fernández, de la cual decía el capitán Selvack, en su diario, en 1720: "No

hay un solo paraje, un solo eco que no sea perfectamente romántico. . . " (*perfectly romantic*). . .

El amanecer encontró a De Rodth escalando las cumbres. Su impaciencia lo había arrojado al alba de su lecho. . . de hojarascas y arenas. Una noche pasada con los ojos abiertos, con el corazón tembloroso.

Tomó primero por un prado firme y ondulante, donde algunos animales pastaban dulcemente. Una flor alta y blanca, que los nativos llamaban kala, cubría gran extensión de la colina, y descendía como un manto hasta las arenas de la playa. Palmo a palmo de aquellas tierras, recorría con fruición y deleite; a medida que ascendía iba volviendo la cabeza para no perder de vista la hermosura de la bahía, que en medio del amanecer le parecía mágica y deslumbrante. El panorama se tornaba cada vez más salvaje, en tanto que un fuerte perfume perturbaba la serenidad del amanecer. Era el sándalo que venía hacia él, era la isla que le había abierto su corazón. Un extraño vértigo comenzó a dominarlo, y en el misterio de su sangre habló el destino su lenguaje de anunciación, su mensaje inminente.

¿Estaba predestinado a vivir allí, a morir allí?

Un alegre tropel de cabras rompió el diálogo con el infinito, un enorme piño de color castaño uniforme, como es el color de los animales salvajes, llenó de pronto los escabrosos senderos, aproximándose en su loca carrera al borde mismo de los abismos. Una especie de pánico las empujaba, y De Rodth no tardó en averiguar la causa de aquella enloquecedora fuga: habían aparecido dos enormes mastines, cuyo aspecto feroz heló la sangre del barón, quien, sin perder tiempo, esgrimió su carabina y disparó

resueltamente sobre las bestias. Eran algunos de estos perros salvajes que desde hacía dos siglos los españoles habían abandonado en la isla, con el deliberado propósito de exterminar las cabras, a fin de privar de alimentos a los piratas que visitaban aquellas tierras agotados por las hambres y las penurias de la navegación.

Había empezado a ejercer la ley de la selva...

No había caminado muchos pasos cuando un nuevo grupo de cabras salió a su encuentro, pero ahora no corrían hacia el mar, sino que, como él, ascendían dulcemente la cumbre, libres ya de la brava amenaza de las fieras.

Esta vez no huyeron espantadas, sino que llegaron a mirar con familiaridad al hombre que había empezado protegiéndolas. Un poco más cerca, De Rodth pudo observar su pelaje hirsuto y sus grandes labios amoratados con los jugos del maqui, la minúscula fruta que durante el verano cierra con su arbusto los senderos de la isla, y que los niños comen, también, en grandes cantidades.

Perdiéndose y apareciendo nuevamente, entre angostas y dificultosas sendas avanzaban.

De Rodth comprendió que sin la compañía providencial de aquellos animalitos hubiera sido muy fácil perderse; siguiéndolas, le fué dado encontrar más de una vez la huella completamente borrada.

Ahora habían llegado a quinientos metros sobre el nivel del mar y una amplia meseta los esperaba. Las cabras se habían adelantado y dando algunos saltos, treparon hasta una planicie. Aquí debió estar el Mirador de Selkirk. Aquí debió esperar Robinson, el solitario.

La belleza indomable de la isla apareció ahora en toda su extensión. La naturaleza trabajaba en su telar de

tupidas verduras; siglos de hojas desprendidas formaban una gruesa capa sobre las copas de los árboles, y nadie podía temer bajar, caminando por encima de aquel espeso manto. Rodeando la meseta se levantaba la gigantesca hoja del pangue, la que durante las lluvias sirve de paraguas a los nativos, y de la que sin duda Robinson se sirvió también. No fué una sombrilla su toldo como se ve en esos grabados ingleses. También descollaban aquí los verdes arcos de los helechos, y en grupos de diez, de dos, de veinte, se elevaban las palmas altísimas llamadas chontas, y cuya madera blanca y negra causó una profunda admiración a De Rodth. Por hoy, la isla estaba suficientemente geografiada y él tenía que regresar a la caleta de los pescadores y preocuparse de su vivienda. Pero algo inesperado y maravilloso aguardaba todavía a De Rodth en aquella solitaria cumbre; cuando avanzó algunos pasos más hacia el Mirador, deseando verificar la extensión de aquellas palmeras, su sorpresa no tuvo límites, su admiración rozó lo divino cuando vió en el reverso de la isla de nuevo el mar abrazando a otras pequeñas islas por donde también corrían las cabras, y el color de la selva se reflejaba en las aguas semejantes a los fragmentos de un lago. A la derecha se prolongaba un brazo de los montes, tan escarpado y abrupto que hacía pensar en un espectáculo planetario: tan recortadas y extrañas eran las rocas que irrumpían en el océano.



La belleza indomable de la isla apareció ahora en toda su extensión.



La casa que había de ser el hogar del barón distaba unos mil metros más o menos de las orillas del mar, se hallaba donde comenzaba una colina y se insinuaba apenas una calle, la calle principal, llamada "El Polvorín".

Había pertenecido a diferentes gobernadores que fueron destacados por el Virrey del Perú, primero, y por el Presidente de Chile, después. Ellos no se preocuparon del confort y menos de la belleza de su residencia, sino de asegurar los muros de la Fortaleza del Bastión de Santa Bárbara, para enterrar vivos, si era posible, a los presidiarios que de Lima, Panamá o Santiago depositaba allí la Real Audiencia o la Santa Inquisición, cárcel que más bien era un cofre de granito, cuya llave hubiera querido tener bajo su almohada el Rey de España... (1) Entre la fortaleza y las cavernas gemían los infelices prisioneros, sin poder gozar siquiera de la libertad de la isla. ¡Triste Bastilla en medio del océano! ¡Isla con sombras

(1) "Historia de Juan Fernández", por Benjamin Vicuña Mackenna.

de horcas y ruidos de cadena, con llanto de cautivos mezclado a la tempestad y a las tinieblas, con gruñidos de lobos entre los alaridos del mar!...

Las hachas del barón, los sonoros martillos de los yunques, trajeron por primera vez a la isla el mensaje viril y valiente de la civilización y el trabajo. Bajo sus hachas cayeron los bosques de luma y naranjillos, de sándalo y de chonta, y las cabezas de los fantasmas rodaron también a los abismos. La bahía de Cumberland se llenó de alegres mástiles, y bancos acoralados de langostas ofrecieron al mundo el manjar exquisito de aquellos mares. Las pieles de lobos obstruyeron las bodegas de los navios y un inmenso rumor de dicha se desató en el viento de la jungla.

El barón comenzó con violenta impaciencia a restaurar, a construir de nuevo lo que habría de ser su definitivo hogar. Tenía que luchar con el espíritu nómada y la falta de arraigo que revelaban las viviendas y los seres humanos en aquel sitio. Los materiales eran viejos y deteriorados; faltaban calor y sentimiento. De un hachazo derribó las ventanas de aquellas ruinas que, desvencijadas y rotas, el viento llevaba y traía amargamente. Restaurados los muros y el techo, procedió a definir lo que había de ser un gran *hall*, que serviría por lo pronto de dormitorio, comedor y biblioteca.

El resto de la casa estaba completamente hundido, y sólo permanecía en pie la escalera principal, cuya hermosa balaustrada estaba tallada en luma, la recia madera de la isla. Rápidamente pensó, sin temor a equivocarse, que aquella labor había sido efectuada por uno o más prisioneros del Fuerte... La escalera exhibía a través de la in-

clemencia del tiempo una marcada gallardía, una expresión de elegancia. Las verjas de hierro herrumbrado yacían sepultadas, torcidas y rotas entre montones de basuras, y un arroyuelo de preciosas aguas sufría también la devastación del tiempo; desviado completamente su curso, servía ahora de bebedero para los animales sueltos.

El cambio no se hizo esperar. Muy luego estuvieron levantados los muros, instalado el techo, listas las habitaciones de la servidumbre, y ocho columnas de madera fueron distribuidas a lo largo de un corredor, adquiriendo inmediatamente una gracia especial la arquitectura. La reja fué levantada y volvió a circundar con señorío el parque de la vieja casa, y hasta el lindo arroyuelo tomó su curso antiguo, libre ya de hierbas o piedras que estorbaban su limpio lecho. Presidió el hogar una gran chimenea, a orillas de cuyas brasas hasta el lóbrego invierno caería como un suave lebrél.

La fachada de la chimenea había sido esmeradamente construída: Fermín, el hábil carpintero del astillero, puso especial cuidado en aquella obra, siendo difícil distinguir las finas ligaduras del ensamble. Toda su cobertura parecía formada por un solo paño liso, de grueso sándalo, y cuando las llamaradas caían abatidas como rojos gigantes, el calor se concentraba, lentamente, y el revestimiento comenzaba a exhalar un perfume particular y dulce. La ventana principal miraba hacia la vastedad del mar, y otra a diversos grupos de árboles; entre una y otra estaba el piano, amigo inseparable del barón.

Gracias a la energía impetuosa del nuevo dueño, aquel hogar fué pronto una realidad, como lo fueron también otros treinta hogares más, que aunque de humilde

aspecto y menor tamaño, no dejaron apagar nunca sus fuegos. Aquellos humos llevaron por la isla el olor de los alimentos y el mensaje de una gente feliz.

Pronto se fueron dando cuenta aquellos pescadores y peones de que tendrían que vérselas con un hombre mucho más fuerte que ellos, con un don de organizador y jefe que imponía autoridad y respeto, algo que lo convirtió desde el primer día en el amo indiscutible de la isla.

Del lejano puerto de Valdivia había traído De Rodth sus mejores armadores de barcos y también una familia de apellido Sotomayor, formada por la madre, el padre y una hija de quince años, a quienes confió el cuidado del hogar, porque advirtió en ellos, no sólo la simpatía, sino las típicas virtudes de la gente del campo: lealtad y honradez. La muchacha quedó encargada de los menesteres personales; cuidar la ropa, servir la mesa, regar las flores. La madre se haría cargo de la cocina y del alimento de las aves. El padre, que era dueño de una santa voluntad, podía barrer, hacer de jardinero, pescador, albañil, traer leña del monte, cargar barcos, pescar y manejar la carabina para enriquecer el menú del patrón con algún cabrito salvaje.

Hoy se cumple un año de mi arribo a la isla y un suceso bien triste señala la fecha de mi llegada. Hace dos días que mi querido barco llamado "Charles Edwards" ha naufragado en viaje a Valparaíso, y a la altura de Más Afuera.

Los famosos vientos de Juan Fernández lo envolvieron sorpresivamente, rindiéndole de un solo golpe los palos mayores y tumbándolo reciamente sobre los acantilados del peñón. Gracias a Dios que se ha salvado toda la tripulación y salieron a rescatarlos los pescadores de nuestra isla en sus mejores botes. Estos vientos serán nuestros peores enemigos si no llegamos a construir valerosas embarcaciones capaces de luchar contra sus furiosos arrebatos cuando tengamos que trasladar nuestros productos al continente. La carga de pieles de lobos que llevaba mi barco se perdió completamente, y ahora habrá que trabajar con más energía y sacrificio para recobrar esta enorme pérdida. Pienso llevar un libro de meteorología, donde pueda registrar las alternativas del tiempo, pues por referencias que me han dado los capitanes que arriban a la isla, he llegado a comprobar que las tempesta-

des y los vientos, y todo el mal tiempo en general, pasa por Juan Fernández antes de llegar al continente, y somos, en definitiva, una especie de antesala climática.

Es muy interesante para mí leer algunas crónicas de Vicuña Mackenna, el gran narrador chileno y amigo mío, quien se preocupó de hacerme llegar, hasta estas soledades, algunas de sus obras más importantes, entre ellas la que se refiere a Juan Fernández, descubridor de esta isla, por quien ella lleva su nombre.

Juan Fernández, llamado el gran piloto de los mares del sur, descubridor de los vientos que habían de acortar las rutas de los navegantes en la costa del Pacífico, al internarse y abandonar las costas descubrió en el año 1563 la verde isla, que había de ser más tarde la residencia de Robinson Crusoe y de cuanto bucanero rondaba los mares. "El Brujo" lo llamó la Inquisición del Perú, y estuvo a punto de ser arrastrado a la horca, por genial descubridor; tal acontecía siempre a aquellos hombres que tenían que enfrentarse con las tinieblas y la ignorancia de reyes y cardenales. No obstante, logró su perdón y pudo convencer de la veracidad científica de su hallazgo al rey de España, quien, compadecido, le otorgó en premio la propia isla, a la que le pusieron su nombre, y donde "El Brujo" fué el primer dueño colonizador y primer industrial que tuvo la isla.

Fabricó casas de madera y paja, al uso de su tierra, y metió en ellas sesenta indios. Pobló con ganaderías y rebaños de cabras aquellos valles solitarios y feraces. Arrancó la piel de los lobos y luego los colgó al sol, recogiendo en enormes barriles, como los de Ali Babá, el aceite que destilaban. Todas estas granjerías eran comer-



...Y fuertes rachas se descolgaron desde el Yunque...



ciadas con el Perú y ciudades de la costa de Chile. Y por primera vez se llevaron langostas de Juan Fernández para presidir los banquetes de los virreyes de Lima. "Las plantaciones de la isla, dice Vicuña Mackenna, no sólo no disminuyeron en el transcurso de los años, sino que los variados acontecimientos le fueron dando, por la espontánea ocurrencia de los hombres, cada vez más desarrollo y variedad."

"El agua que en distintos arroyos corre desde la eminencia de esta isla hasta el mar, y es muy delgada y medicinal, deshace las indigestiones con facilidad e incita mucho al apetito", agrega el explorador Jorge Juan. En verdad, todas las hortalizas crecen aquí jugosas y grandes; las plantas antiescorbúticas, cuyas semillas la previosora Inglaterra ordenó a sus navegantes derramar en todas las comarcas que visitaran en la edad de las navegaciones a vela.

A 300 metros sobre el mar, en una alta meseta, se destaca El Rabanal, convertido ahora en maleza el precioso bulbo que vitalizó los organismos de las tripulaciones minadas por el escorbuto, diezmadas por el hambre, agotadas por los huracanes del cabo de Hornos. Bendecidas fueron esas planicies, donde el rábano y el ajo, el apio y la hierbabuena crecen entre los helechales y perfumadas murtillas. Las tibias aguas de esas playas, donde la corriente de Humboldt no azota con helado látigo, y las langostas crecen amontonadas junto al bacalao y al tollo.

* *

Isla de Robinson Crusoe, septiembre 22 de 1878.

A las cinco de la tarde ha llegado el buque mercante inglés "Mingu". Capitán Phillips, con carga de guano de las Chinchas para Bristol. Vino a Juan Fernández para componer una avería ligera.

He pasado tres meses en Valparaíso adquiriendo elementos para construir embarcaciones y casas en la isla. Durante mi ausencia tocaron la bahía de Cumberland: la corbeta de S. M. B. "Amethyst"; la corbeta rusa "Krayser", capitán Nasimoff.

También cuatro buques balleneros, americanos: el "Nautilus", "Morning Star", "Napoleón" y otro. La barca guatemalteca "Carolina" se perdió a tres millas de la isla, salvándose su dueño, señor Berg, el capitán y la tripulación. Habían salido de Valparaíso el 16 de marzo, llegando aquí el 21. Venían entre la tripulación un jardinero suizo, llamado Eduardo Desvignes; un cocinero inglés, J. Newton, y dos alegres muchachos pescadores. Habiendo encontrado maravillosa nuestra isla, resolvieron quedarse a vivir aquí hasta tanto construyan una barca que les permita continuar su vagabundeo por los mares.

30 de marzo.

Hemos construido un muelle flotante en el puerto francés, así podremos trasladar una gran cantidad de leña con facilidad. El transporte lo realizamos por medio de nuestra barca llamada "El Pescador".

Hoy ha llegado el ballenero "John L. Winthorp", New Bedford, capitán P. Schinwerich, lleva varios meses de pesca, carga 975 barriles de aceite sperm. Sale el mismo día. Nublado, con poco viento.

Abril 2.

Claro hasta las doce, nublado después, con chubascos. Dos botes pescando; regresaron con tres quintales por todo. Aguacero a las cinco de la mañana, tiempo claro después, con mucho calor. En la noche un bote pesca 182 langostas, y otro, 119.



Así los años...

Se fué el verano; vino el invierno. La isla se quedó muda y triste como los pájaros; no se oyeron las sierras en el aserradero, ni sonar los yunques de la maestranza ni pitear los barcos balleneros en la bahía. El bramido de los lobos marinos llegaba, en alas de horribles huracanes, hasta las chozas donde los pescadores se morían de mal humor, pues nada hace más mal al hombre que la falta de trabajo y de alguna buena preocupación. De Rodth acertaba sus horas imprimiendo en el diario de su vida el primer año de experiencia en Juan Fernández. Había observado también que las inclemencias del tiempo tenían sus características propias, y que los vientos llegaban anticipándose al resto del continente, para luego desenvolverse con fuerza y arremeter los océanos y las costas. Fué una comprobación tan interesante, que lo llevó a escribir un libro sobre meteorología de la isla.

Chicago, un oficial de la marina chilena que se había quedado a vivir allí, contribuía con gran conocimiento a enriquecer la experiencia meteorológica del barón.

“Desde las doce de la noche, el grupo de las islas Juan Fernández es azotado por un fuerte temporal de viento del sureste, cuyas ráfagas han alcanzado fuerza 9

de la escala Beaufort. Debido a la violencia del huracán, el buque pesquero "Cap Horn", que estaba en Más Afuera, recibiendo material para dirigirse a faenas de pesca de langostas a las islas San Félix y San Ambrosio, está capeando en la ensenada de Los Patos.

"La goleta "San José", que va en viaje de Valparaíso a Juan Fernández, lo hace dentro de un fuerte temporal de vientos del suroeste, de fuerza 9, sin novedad, pero sin avanzar mayormente, por la violencia del vendaval. Corresponsal de "El Mercurio", de Valparaíso."

Así comentaba la prensa del puerto el invierno de Juan Fernández.

"...Esta mañana amanecieron sobre el alero de mi ventana dos palomitas blancas, ateridas de frío; son las palomas de porcelana que arrojan los huracanes del cabo de Hornos, y que, como los navegantes, vienen hacia Juan Fernández buscando vida y protección.

"No ha tardado en aparecer María Eugenia pidiéndolas para cuidarlas en su casa. María Eugenia se ha convertido en la primera exploradora de la isla; antes de terminar el verano, anduvo preocupada por encontrar un lago que ella supone se oculta en la región más selvática. Dice que algún día podrá contemplarlo desde arriba, a bordo de algún avión; no deja de ser audaz esta niña.

"La semana pasada se atrevió a salir con temporal a la siga de una perra salvaje que andaba recién parida entre los farellones. "Pata e Palo", que nunca la deja, se encargó de degollar los cachorros, pues nadie quiere que esa raza cruel de mastines vuelva a desarrollarse en la isla."

INVIERNO

De vez en cuando se abría la noche para dejar pasar algún rumor, y luego tornaba a ser una cosa sólida y compacta, como la enorme masa obscura de la isla.

Había llegado el invierno, las labores estaban paralizadas y las almas roídas por el aburrimiento. Un viento de sureste se despertó súbitamente y fuertes rachas se descolgaron desde el Yunque, arrastrando arenas y desgajando árboles; el rumor de la selva y los tristes aullidos de los lobos junto al bramido del mar abrasaron con un aliento aterrador la espesura de la noche.

Las olas se elevaron furiosas, y ciñeron un cinturón de esclavitud a aquel pedazo de tierra, de una manera tan firme, que la hicieron sentirse aprisionada hasta la eternidad por las aguas. Estaba separada del mundo y el resto de la geografía.

Para vivir en ella, y penetrar en su alta noche y su misterio oceánico, había que traer una vida dispuesta a sufrir las cadenas de aquellas aguas, y dejarse cautivar por un silencio sin respuesta. El barón estaba preparado para la aventura inmensa. Dentro de la habitación, acos-

tumbrado a las tormentas. Alfredo de Rodith leía tranquilo. Llevaba más de un mes sin poder traspasar el umbral de su puerta, acorralado por el invierno. Una suave penumbra envolvía los estantes cargados de libros, las armas apenas visibles, brillando solamente el acero de una espada. También, en medio de aquella oscura noche, sólo un hombre estaba despierto y vigilante, un hombre separado del estruendo del mar, de la obscuridad, de la soledad y el miedo, habitando un espacio del mundo con la presencia de su memoria, de su ser abocado a la confianza. "He puesto mi fe en la naturaleza y he entrado en ella loco de confianza, como entra desnudo un nadador en el mar. ¿Hasta cuándo manará sándalo la selva? ¿Hasta cuándo resistirá el empuje de mis hachas, y las loberías producirán riquezas? Hoy he visto mis cinco barcos surtos en diferentes puntos de la bahía, altivos y unidos como cinco hermanos: el "Vicuña Mackenna" (le he puesto el nombre de mi amigo), el "Juan Fernández", "El Pescador", "La Serena" y "El Charles", y he sentido el temblor orgulloso que debe sentir un padre cuando mira a sus hijos.

"Durante el último verano sesenta barcos balleneros alegraron la bahía de Cumberland; toda la carne, la leña y el agua han sido para marineros de diferentes razas y latitudes que cantaban repletando sus bodegas. La isla parecía de día un gran barco activo y veloz; de noche, también un barco oscuro y quieto. Con el sol, sonaban los martillos y trinaban las astillas de los aserraderos, el aire exhalaba un fuerte olor a maderas, mis hombres han desgarrado sin piedad los montes recargados por los siglos."

De pronto cesó la lluvia y una finísima vibración recorrió las enredaderas y las copas de los árboles; el mar y la tierra entornaron sus párpados agotados.

Al amanecer, el día no decidía aún su destino y su gracia, una impalpable luz se extendía sobre la humedad de las hojas. Alfredo también abrió indecisamente sus ojos; los delicados pasos de Antonia, su criada, comenzaban el cotidiano recorrido, recoger libros, ordenar sillas, correr cortinas y acentuar el orden de los objetos a medida que él iba despertando. Alfredo de Rodth se fijó en ella como si fuera la primera vez; ahora tenía dieciocho años y un cuerpo de criolla sensual; la vió de espaldas, asomándose a la ventana del mar; luego, volviéndose hacia él, le dijo:

—Hoy va a salir el sol, el mar está sereno y algunos pájaros se atreven a cantar, ¿por qué no ordena que salgan los botes? Están faltando alimentos en los hogares y los hombres están de muy mal humor y beben demasiado.

No hablaba como la humilde muchachita de Valdivia, que había llegado, hacía tres años, descalza y flacuchenta. Alfredo recordó los días de verano cuando Antonia venía a bañarse junto a él en la ensenada del Pangal, donde pasaban largas horas y luego se internaban mar adentro, con las cabezas apenas visibles sobre la superficie de las aguas, después tornaban a la playa laxos y abandonados, abatidos por el rigor del verano. Más de una vez, mirándola, se había sentido impresionado por el reminiscente sabor que fluía de su atractiva persona; un perfume excitante brotaba de sus cabellos y del joven sudor de su cuerpo.

—¿Y estos papeles? ¡Por Dios, qué vejeces!

Antonia había recogido del suelo y estaba pasándole a De Rodth un extraño montón de papeles tan viejos y manchados que llamaron la atención de la chica. Eran antiguos manuscritos desenterrados, desde hacía una semana, por sus hombres en un montículo de tierra cerca de la capilla, ocultos en un pequeño arcón, medio deshecho, que había sido abandonado por los piratas hacía más de quinientos años en Juan Fernández; estaba manchado por el mar, y sobre la capa de tierra y hojas que lo había cubierto pasaron durante siglos las azarosas plantas de otros hombres, de náufragos, de piratas, de chusma de héroes y semidioses, de hombres olvidados o que deseaban olvidar como él... De pronto, Alfredo de Rodth vió muy cerca, agazapada y tierna, a la fiel Antonia.

—¿Deseaba algo el señor?

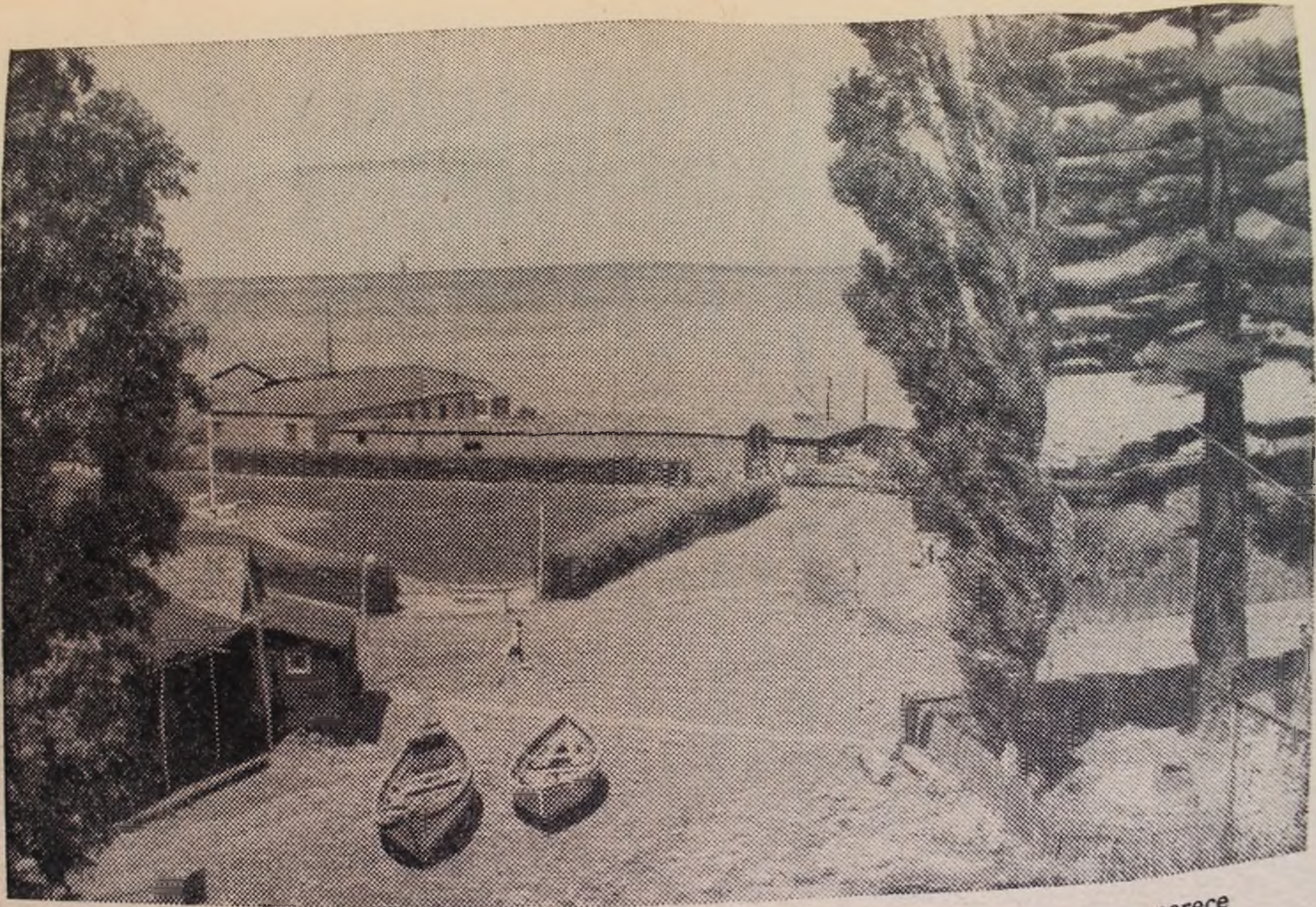
—Sí, tu cuerpo —contestó, abrazándola con rabioso deseo por tiempo indefinido.

Isla de Robinson Crusoe. Año 1879.

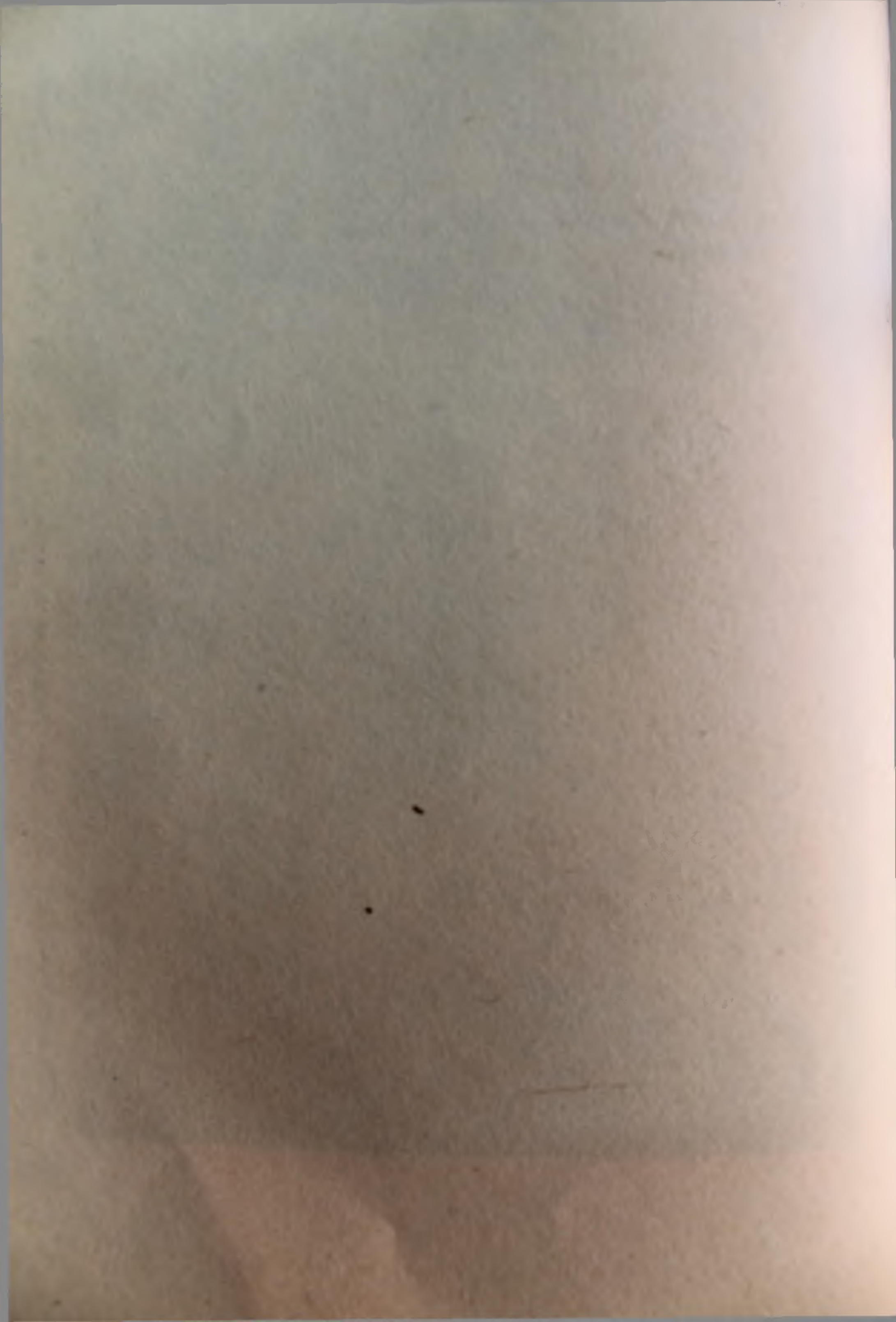
He atravesado los mares para encontrar la soledad, y toda esta soledad aun me parece poca.

Lejano está aquel día de invierno en que partí desde el puerto de El Havre, en un bergantín de la Línea Antoine-Dominique Borde, que me condujo a América del Sur, vía cabo de Hornos, como era mi deseo.

Pusimos cuarenta y cinco días tratando de doblarlo, y a pesar de que el verano caía en este hemisferio, aquellos mares se portaron tempestuosos y agitados, como en los días de Lord Anson. Nuestro barco tuvo que soportar



"He atravesado los mares para encontrar la soledad, y toda esta soledad aun me parece poca." (Foto de M. Vargas Rosas.)



enormes olas y lluvias de granizo, los vientos adversos rechazaban la nave o la arrastraban como una hoja de papel, deseando pegarla contra el peñón.

Los marineros trabajaban mojados por completo, transidos de frío las manos y el cuerpo, agotados, faltos de sueño; realizaban las maniobras, atentos a las órdenes del capitán, quien, con voz poderosa y oportuna, sabía poner calor en las venas y calma en los espíritus. La nave, al fin, salvó peligrosamente los escollos y entró al océano airoso y desafiante; las velas de buen lino inglés hincharon sus vientres potentes y armoniosos. Sobre la cubierta, el mar rugiente, bullidor; encima de nuestras cabezas aleteaban alegres bandadas de albatros, y el sol de Sudamérica lanzaba sobre nosotros andanadas de luz y de calor. Corría de mano en mano el ron del Perú. Capitán, pasajeros y tripulación éramos solamente hombres, mirándonos sonrientes, encantados de estar vivos.

Mi corazón se agitó con el recuerdo de las gloriosas navegaciones pasadas, y a cada ola enorme que remontaba corriendo por sobre la cubierta hubiera querido abrazarla y retenerla contra mi pecho, porque sólo aquel mar del cabo de Hornos unía con sangre de heroísmo el camino de Europa y los mares occidentales de la América del Sur.

Al caer la tarde de ese día, los fríos cielos polares se encargaron de iluminar mi fantasía, de excitar el ardor de mi corazón. Me paseaba absorto por el puente cuando, al levantar la cabeza, un anfiteatro sangriento se describió en el horizonte:

*

* *

¡Marzo de 1741!... La Escuadra de Lord Anson formada en el poniente... , como entonces, toda pintada de rojo, para que no se viera la sangre en los días de batalla, y pintada de negro y numerosa la escuadra española de Pizarro; grande era el "Centurión", pero más grande era el "Guipúzcoa". Marinero y astuto el español, que le ofreció batalla en tan singular infierno; pero inglés y aventurero Lord Anson. Se deshacía y volvían más grandes entre las nubes...

Desde el sol partió la trompeta del capitán del "Centurión", transmitiendo la voz de mando de Lord Anson. Corrieron las tripulaciones descalzas, cargaron, apuntaron, hicieron fuego.

Ya no estaban alineadas las fuerzas de combate, sino que desgarradas y dispersas se hundían en los torbellinos. Por el cielo corrían largos velos de sangre, y entre las crestas de las olas saltaban los sables y las hachas de abordaje.

Cuando cayó el sol, ya no flameaban en el mar los pendones de España, y sólo el "Centurión", con su carga de muertos, pasó solemne hacia Juan Fernández, donde estaban citados el "Trial" y el "Gloucester". Antes de que llegara la obscuridad, se escucharon las salvas sonoras del mar, y el cielo arrió todas sus banderas.

¡Qué inolvidable travesía aquella!

*

* * *

Preocupado como estoy con la plantación de árboles frutales en la isla, me veo obligado constantemente a participar yo mismo en todas las tareas, pues los peones

carecen de iniciativa alguna, acostumbrados, como estaban, a vivir en salvaje abandono.

En la noche no es posible escribir, pues el cansancio me tumba sobre la cama apenas la diviso en la obscuridad de la sala. Las tierras son bastante buenas, y este próximo mes recogeré zanahorias, porotos, nabos, cebollas, apio, lechugas y papas. En el interior hemos encontrado grandes planicies resguardadas entre pinos marinos, donde sembramos trigo, avena y maíz. El clima de la isla es tan maravilloso que no favorece el desarrollo de las plagas vegetales; por lo tanto, espero que las futuras peras y manzanas sean suaves y robustas, sin que ninguna polla perfore su delicada pulpa. Detrás de las cortinas de gigantescos helechos y espesas murtillas, no se advierten señales de vida. No existen serpientes, ni clase alguna de reptiles, ni insectos, ni larvas destructoras. Si esto no es el Paraíso, ¿qué es el Paraíso entonces?...

Han pasado tres años y aun no puedo substraerme de la atmósfera de fascinación y exorcismo que emerge de la tierra y aire de la isla. Viviré años aquí, toda la vida quizás, y esta sensación de hechizo y magnética belleza se proyectará sobre mi espíritu, perturbándome misteriosamente. "Pat", el viejo marinero, "Pata e Palo", como lo llaman los pescadores, es un curioso personaje, cuya descripción no deseo perder: hijo de un naufrago, como muchos habitantes de la isla, su cuna fué el clásico madero que arrojara un día la resaca sobre las arenas de Cumberland; pescador y carpintero; tal ofician simultáneamente nuestros hombres; como su nombre lo dice, tiene una sola pierna y camina dando tumbos sobre la de palo; lleva un aro de plata traspasándole la oreja izquierda, y si se decidiera a amarrarse un pañuelo en la cabeza, tendría la estampa genuina de un pirata.

A Pat no le disgusta su sobrenombre, ni que su figura evoque el pasado temerario de la isla; al contrario, posee el repertorio de historias isleñas más completo que puedan imaginarse y usa un trato familiar con los fantasmas. Anoche llegó en el preciso momento en que yo me

sentaba a la mesa, y pidió hablar conmigo impaciente-
mente. Primero pensé que estaba aprovechándose de la
hora y llegaba oportunamente para tomar un vaso de vi-
no tinto, pero cuando entró en el comedor, y pude ver
su demacrado rostro, su intensa palidez, oír su voz llena
de espanto, me di cuenta de que Pat no fingía y esta vez
traía una noticia alarmante.

¡Volvía a tratarse de fantasmas!...

Pero a pesar de la intimidación que demuestra en el
trato con ellos, nada impide que caiga bajo el terror cada
vez que se repiten las apariciones. Escuchemos, mejor, al
propio "Pata e Palo".

—¡Patrón!..., patroncito lindo..., esta vez sí que
es serio el asunto... Esta vez sí que tiene que creermelo...

—¿Qué te pasa, Pat? ¿Volvieron los fantasmas?

—Pero, oiga usted..., no se ría así, tenga cuidado,
patrón, que a las ánimas no les gusta que se rían de
ellas...

—Vamos, vamos, Pat, ¿qué pasa ahora? —yo estaba
impaciente también por conocer la nueva historia.

—Esta vez... eran monjitas...

—¿Monjas?

—Sí, patrón, monjas españolas.

—¿Cómo sabes tú que eran españolas?

—Les conocí el acento, y hablaban con muchas eses.

—Ahora..., ¿dónde estaban?

—Cerca de la capilla, allí mismo donde Lucho y
Fermín anduvieron escarbando, mismo donde desenterra-
ron los papeles y las granadas viejas, españolas, esas que
tiene sobre la chimenea... Usted sabe, don Alfredo, que
a los entierros no hay que tocarlos, porque traen desgra-

cia, si no. Ahora ese lugar tendrá mal de ojo, estará siempre hechizado y con apariciones... si el tesoro llegara a encontrarse, yo me iré de la isla, porque el encantamiento, la ruina va a empezar entonces y no terminará nunca.

—No digas, Pat; dime qué hacían allí esas monjas. ¿Cuántas eran?

—Eran tres, y estaban arrodilladitas, como si estuvieran lavando algo...

—Pero si allí no hay agua...

—Pues en ese momento la había. Era una agüita clara, clara, como plateada por la luna... Y las monjitas estaban remangadas hasta el codo, y se les veía el pecho cubierto con una pechera blanca, como las alas de las gaviotas... tenían las cabezas agachadas sobre el agua y una visera negra de charol muy brillante les cubría la mitad de la cara...

—¿Pero les viste de cerca?

—Sí, bien de cerquita..., y cuando sintieron mis pasos..., eso que yo apenas tocaba la tierra del miedo que tenía, desaparecieron llevándose hasta el agua...

—Ahora sí... bien, toma este trago, Pat, y esa taza de café caliente para que te repongas del susto, y déjate de andar contando esas historias por ahí, porque los niños y las mujeres pueden asustarse de veras.

—Pues no son historias —dijo con voz enérgica Antonia, quien estaba parada medio a medio de la puerta, sin miras de entrar ni de salir, nerviosa en cierto modo—. Que no son historias, señor —repitió.

—Bueno, ¿que tú también las viste?

—A esas monjas no, pero a un caballero español envuelto en una capa, con un sombrero grande atravesado por una pluma y un parche negro en el ojo, a ése sí lo he visto...

—¿Dónde?

—Antes de llegar al valle de Lord Anson, todos los días, a las siete de la tarde.

—¿Y a dónde se dirige?

—¡Ay!, pues, patrón —interfirió "Pata e Palo", adueñándose hábilmente de la narración—, los fantasmas no van ni vienen, en un ser se están...

—¿Cómo?...

Pero Pat no deseaba ser interrumpido, tal vez para no perder el hilo de su pensamiento histórico, y continuaba con marcada excitación:

—Estos aparecidos rodean el valle de Lord Anson cada vez que la lluvia desborda el estero, y los doblones de plata aparecen entre las arenas... Por allí dicen que está el tesoro que enterró "El Exterminador", un pirata francés que llegó por el año 1600 y desembarcó en la playa con una recua de mulas cargadas de cajas de cuero llenas de monedas y joyas para enterrarlas en los faldeos del Yunque. Dicen que cuando salió la luna, el galeón partió como por encanto, dejando al pirata abandonado en la isla...

—Bueno, pues, Pat, y ya que conoces la historia de tantos tesoros, ¿cómo es que no has buscado alguno?

—¿Por qué he de buscar lo que no he perdido?

—Eso me gusta.

—Además, le repito que encontrarlos trae mala suerte...

—¿Quién dices tú que era ese "Exterminador"?

—¿No lo ha leído usted en los libros?

—No.

—Pues, le diré...

"Pata e Palo" estaba sentado en el suelo, y sólo él había dado fin a dos botellas de vino tinto, un vino bastante malo, que yo había bautizado con el nombre de "cható vinagró", y el mejor, porque no había otro... A mi vez, saboreaba un pisco de Locumba, y Antonia estaba arrollada como una gata junto a la chimenea, un amplio chal de lana roja le ceñía la espalda, y su belleza y juventud no hubieran bastado si acaso no fulgurara en sus ojos la atracción maravillosa de la inteligencia. El reloj marcaba las 3 de la mañana y no había otra luz que la de la luna bañando enteramente el hogar, llenando los objetos y los rostros de una fantasmal palidez.

Pat comenzó su historia con un gran dominio de sí mismo y familiaridad con el tema:

—Era en 1680, cuando los bucaneros recorrían la costa de Chile, pegando fuego a La Serena y al puerto de Valparaíso, cuando Bartolomé Sharp, rey de la piratería, saqueaba los hogares, las aduanas y las iglesias de Coquimbo, habiendo venido al final de sus correrías en busca de descanso y reparación de sus naves a esta isla de Juan Fernández, donde nosotros estamos esta noche... Aquí se repusieron las tripulaciones con grandes banquetes de langostas, de las que llevaron una buena cantidad vivas y otras conservadas en sal. En la misma época de Sharp, asolaba los mares de las Antillas un bergantín francés que llevaba al tope la bandera negra con su ca-

lavera blanca y las dos tibias negras cruzadas; era el famoso barco de Maltbran, conocido en uno y otro confín como "El Exterminador", por haber sepultado en un solo día treinta puñales en el corazón de treinta españoles arrodillados en la cubierta de su barco.

—¡Pirata maldito! —murmuró Antonia, palpitando sin duda en su corazoncito chileno un poco de aquella sangre española vertida...

—¿Y luego?

—Bueno, "El Exterminador" aparece una vez al año en Juan Fernández, durante los días de Semana Santa, antes del Sábado de Resurrección, como aprovechándose de que tatita Dios no lo ve; pues, echa luego a andar su recua de mulas cargadas de arcones, mientras su barco lo espera cerquita del Pangal, con sus pantalones amarillos ribeteados de rojo, meciéndose como un pajarraco sobre las olas de la bahía...

—Andate a dormir, Pat, que ya es tarde, y no olvides que no debes contar esas historias a los niños.

—Hasta mañana, patrón, y no tenga cuidado.

De historias de fantasmas, de tesoros enterrados, de naufragios y piratería está cubierta la isla de Juan Fernández; es la herencia de una época de imaginiería filibustera; de un precioso pasado que más bien parece un libro de cuentos abierto de par en par sobre la costa de Chile y cuyas páginas voltean con violencia las ráfagas huracanadas del Pacífico. Pasarán los años, las edades, y este libro seguirá existiendo, porque la fantasía es el recurso más precioso con que cuenta el hombre para defenderse del polvo denso y fino del tiempo.



Lord Anson.

Junio.

Siguen llegando balleneros.

Lloviznando. Muerte de Bernardina Sánchez.

Tiempo nublado con mucho viento. Mi casa, un oasis de paz. Me da vergüenza sentirme tan feliz. ¿Hasta cuándo podré repetir esto?

Febrero 20.

He salido a bordo de mi barco "El Matador", para Antofagasta, tocando en San Ambrosio y San Félix; vamos en cacería de lobos; me encanta lobeear, es maravilloso regresar con una carga de tanto valor. Me volveré por Valparaíso, en la goleta "Espuma de Mar".

El 18 de marzo pasó por la isla un ballenero americano, la barca francesa "María Luisa" y el buque de guerra inglés "Pelican", permaneciendo tres días en la bahía de Cumberland; durante ese tiempo la tripulación se entretiene cazando cabras y lobos; también visitaron los lugares tradicionales, donde Inglaterra tiene puesto lo más romántico de su tradición naval: el valle de Lord Anson y el Mirador de Alejandro Selkirk. Recorrieron estos lugares acompañados por mí y algunos de mis hombres, pues es muy fácil extraviarse en la isla si acaso no se llevan guías. Los marineros ingleses demostraron una gran alegría, y al escarpar las altas cumbres se iban adornando con inmensas hojas de pangué que arrancaban, imitando el paraguas de Robinson Crusoe. Cantaban viejas canciones del mar, que recordaban a Lord Anson y a Drake... Mirándolos tan rubios, jóvenes y alegres, me parecieron ángeles valerosos de la estirpe de Nelson y de

Schouten. "De Inglaterra —pensé— será la historia del mar hasta que el mar se convierta en fuego. Por siglos de siglos los océanos recordarán las virginales velas de lino inglés... y todo el heroísmo que Inglaterra sembró en los mares del mundo, en la ciencia de aquellos navegantes y en la hombría de aquellos titanes, que al preservar sus buques de las tormentas, del fuego y la insurrección, del hambre, del desaliento de las calmas que los petrificaba, o de los huracanes que los sumergían, señalaban con marcado acento la aventura del alma inglesa a través de todos los mares."

Promediaba el verano, y la isla aparecía jocunda como una diosa, con el vientre colmado de flores.

El dueño de la isla, tan pronto caminaba por la costa como subía y bajaba a las embarcaciones, disponía trabajos en el aserradero, o tomaba resueltamente una herramienta participando del calafateo de las barcas.

Verificaba el rendimiento de tres semanas de talaje o se detenía en el astillero. En la orilla de la playa, donde los botes se agrupaban esperando reparación, encontró a Fermín muy ocupado poniendo los últimos remaches en la popa de "La Ventura", una linda barca que, con buen viento de cuadra y todo su trapo cazado, podría alcanzar singladuras de más de 200 millas. Sólo para aprender a construirla había hecho un viaje especial al continente, visitando los diversos astilleros.

Al verlo, se detuvo para conversar:

—Eh, Fermín, ¿cómo va la flota?

—Ahí no más, patrón..., no sé qué le parecerá, acostumbrado como está a mirar todo el tiempo libros de corbetas y fragatas...

—No te achiques, Fermín, yo te conozco..., eres capaz de organizar una flota tan buena como la de Anson. No te olvides que partió desde Juan Fernández, con sus barcos reconstituídos para arrollar a los españoles en la costa de Chile y el Caribe.

—¡Ay, señor, qué historias tan lindas! Cuando usted habla, la gente no quiere trabajar.

—Me voy entonces, y te espero a las siete en casa; tomaremos un aguardiente que me dejó Larsen en su último viaje.

—A propósito, patroncito, el capitán Larsen debe llegar a fines de semana.

—¿Está completa la carga?

—No tema, señor, todo estará terminado a su llegada.

—¿Arreglaste la sierra chica?

—Está en la maestranza todavía, pero en su lugar he puesto una de las nuevas que traje de Valparaíso.

Alfredo siguió caminando en dirección al muelle. Al llegar junto al pontón de amarra, dió un rápido salto y se trepó encima con los pies inverosímilmente pegados. Después de un breve balanceo, se dejó caer sobre la arena empapada, se puso de pie y de nuevo volvió a subir, esta vez completamente desnudo, preparado para lanzarse al mar. Un vigoroso grito de guerra aprendido en su regimiento subrayó la alegre zambullida.

—¡Al agua!... —comentaron riendo los pescadores que lo observaban desde la orilla, en tanto que la estela que dejaba su paso por las aguas se iba volviendo invisible y lejana.

Ya dentro de las mareas, en la bahía profunda, enteramente alejado de la costa, sintiendo deslizarse a su lado los cuerpos fríos de los peces, meditaba dejándose llevar dulcemente por las corrientes: "Estas son las aguas que surcaron los vientres negros de los galeones del siglo XVI, arcas flotantes que llevaron a Felipe II el tesoro de las Indias... A esta isla, a estas ocultas ensenadas, venían en busca de alimentos y protección los piratas ingleses y holandeses, que a 10 mil y 12 mil millas de sus patrias no tenían un puerto donde anclar, porque sólo la horca los esperaba en todas partes..."

Había salido del mar y se dirigía por la playa caminando directamente hacia el valle de Lord Anson. Este era su destino habitual: descansar debajo del oscuro pino y luego echar los brazos hacia atrás para abrazar la roca, cuyas estrías acariciaba sin mirar, pero que no obstante conocía profundamente a través del tacto de sus manos. El surco de las amarras del "Centurión"... el propio Anson fué quien, usando los últimos restos de energías, ciñó el peñón con ese cable..., a bordo gemían las tripulaciones agonizantes, los heridos, los extenuados por el escorbuto, ensangrentados y abatidos, rodando sobre la cubierta, aterrados por el huracán del cabo de Hornos después de la horrorosa batalla... El "Centurión", como un albatros rendido, vino a caer sobre la arena de Juan Fernández... Lord Anson estaba agotado, pero habiendo amarrado firmemente la nave, no pensó en él, sino en su tripulación deshecha, y comenzó con extraño brío a arrancar frutas, verduras, largas avenas que estaban en la orilla, pastos salvajes, apio, de todo aquello que antiguamente sembraron los jesuitas y ahora crecía desbordante

y rico. Cuando el bote estuvo lleno, bogó solo y fuerte en dirección a su nave. Una vez a bordo, mientras les daba a beber el agua pura de la isla, botaba al mar el agua podrida de los toneles... “¡Viejo pino de Anson!... ¡Piedra del “Centurión”!... Bahía de Cumberland, desde ese día, yo os amo con todo lo más puro de mi ser, os bendigo hasta el día de mi muerte, y ofrezco a Dios y a mis descendientes no salir nunca de aquí, ni vivo ni muerto, para siempre habitar esta isla, frente a este mar, bajo este cielo”...

—Señor... Usted se ha demorado hoy más que otros días. Largo rato esperé su regreso en la playa y llegué a tener miedo de no verle...; ¡por favor, no vuelva a asustarme!

Era Antonia, que salía de entre los árboles, precisamente en la dirección exacta donde su amigo y señor acostumbraba a reposar después del baño.

—Antonia, ven, acércate, acércate más, más cerquita, Antonia... ¿Tú sabes por qué amo este lugar? —En los ojos y en la piel de Alfredo de Rodth palpitaba aún la evocación ardiente—. ¿Este lugar llamado el valle de Lord Anson?

—No, señor, no sé.

El barón se había sentado y su espalda estaba recargada en el tronco del pino; la suave sombra de sus ramas alejaba la canícula del verano; a lo lejos podían oírse voces dispersas que traía la brisa desde la caleta de

pescadores, quienes habían atracado sus botes a la playa y extendían sus redes en la orilla.

La voz que el aire se encargó de besar comenzó con un tono dulce de leyenda:

—En el año 1739, Inglaterra, estimulada por el triunfo de la expedición Vernon...

—¿Inglaterra? ¿Eres tú de allí, señor?

—No, Antonia, yo no era de allí precisamente, pero eso no tiene importancia ahora, y si tú vuelves a interrumpirme, no te contaré nada.

—¡Oh!, no, cuéntemelo todo; perdone usted... —y una gran humildad nubló el brillo de sus ojos. Al tiempo que una nube que avanzaba hacía largo rato por el cielo, atravesó redonda y plena el radiante sol de la isla.

Otra vez se volvió a oír la voz de suave acento extranjero, repetir la interrumpida historia:

—Una mañana muy oscura, en un lugar llamado el Canal de la Mancha, se vió pasar una flota que, con viento contrario, avanzaba solemne, después de haber dejado atrás la isla de Wight. Era el 18 de septiembre de 1740, y aquella flota, que se dirigía a la América del Sur, fué llamada en la historia del mar la más grande aventura del cabo de Hornos.

"El capitán de esta expedición inglesa se llamaba Jorge Anson, tenía cuarenta y tres años de edad y demostró, en el curso de su inmortal hazaña, estar hecho de la pasta de Drake, de Magallanes y de Schouten. ¡Héroes de los mares septentrionales, cuyos nombres giran en los torbellinos del cabo de Hornos o suben a las cumbres de los icebergs brillando a mil metros de altura bajo las estrellas polares!...

"Los barcos eran seis, y se llamaban "Centurión", "Gloucester", "Severn", "Pearl", "Wager" y "Trial". Anson navegaba el "Centurión" en carácter de comodoro, y de las tabernas y las cárceles recogió la tripulación, pues todos sabían que aquella expedición estaba destinada a morir en los desconocidos mares del sur en una guerra jurada y sin cuartel entre Inglaterra y España, disputándose el dominio de aquellos mares...

—¿Y él vino solo en medio de esa turba?

—No, lo rodeaban algunos oficiales hábiles y leales, entre ellos John Byron, el abuelo del gran poeta Byron, de quien son esos libros de tapas negras y títulos dorados que tú, cada mañana, ordenas con tanto amor sobre mi mesa...

—¡Ahl..., yo recuerdo ahora su primer canto...

—Dímelo entonces...

—¿Pero continuará usted su historia?...

—Te ofrezco...

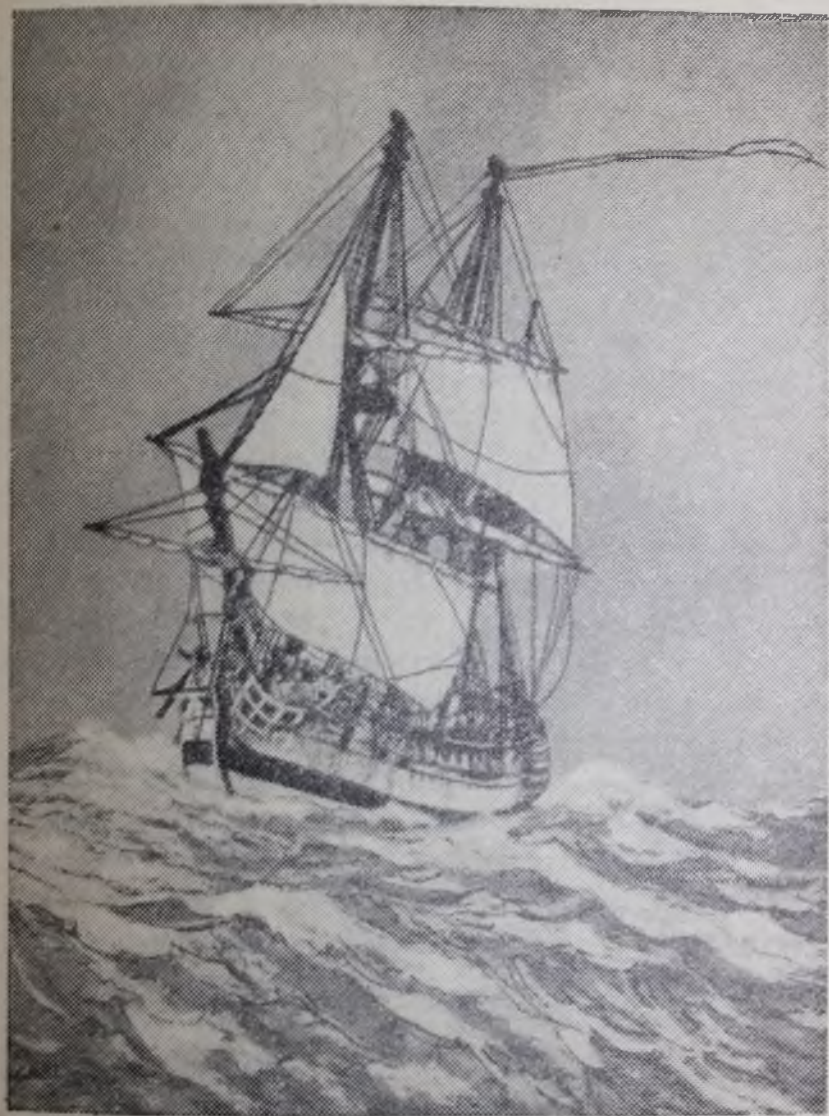
Y Antonia levantó su hermosa cabeza hacia la cumbre del Yunque y recitó, natural y sin énfasis, el primer canto de "Don Juan":

*Pluguiera al cielo que yo fuese polvo,
en vez de hallarme compuesto de sangre, huesos, médula,
pasiones y sentimientos..., porque entonces el pasado sería
pasado para siempre; por lo que hace al porvenir...*

—Pero, ¿es que ese libro te gusta?

—No lo entiendo bien, pero me gusta; siento que ésas son las cosas que usted ama...

—Que amaba..., y ahora acércate otra vez, bésame y escucha: El majestuoso aspecto de la flota hacía olvi-



El "Centurión", buque insignia de Lord Anson, cruzando el
cabo de Hornos.

dar la baja ralea que la tripulaba; algunos de aquellos hombres fueron arrancados de sus lechos donde yacían enfermos. De hospitales, hospicios de locos y buques mercantes tomaron las últimas resacas humanas para integrar la fabulosa escuadra; la envidia rodeaba los preparativos del viaje, y en todos sus aspectos fué sabotada la gloriosa odisea: los mástiles estaban podridos y malamente parchados, las provisiones fueron escasas, y sólo abundante el ron, para intoxicar a las tripulaciones y doparlas con la droga del olvido. Así partió Anson a rodear al mundo, a buscar la gloria a través de la muerte para ponerla a los pies de Inglaterra... (1)

"Decepcionado de la tierra iba Anson camino de la América. Ya España conocía todo su movimiento, a través de un perfecto espionaje, y destacaba a su vez una poderosa flota que había de esperarlo y ofrecerle batalla, no en los mares de Europa, sino que en los mares del sur..., donde los ingleses no tuvieran ninguna oportunidad de recibir auxilio. El plan de España era aniquilarlos. Cuando Anson llegó a Madeira, Pizarro, el almirante de la flota española, ya estaba en la América del Sur, precisamente en el puerto de Montevideo. Sus barcos eran el "Asia" (Almirante), el "Guipúzcoa", el "Hermiona", el "San Esteban" y el "Esperanza"; estaban todos perfectamente equipados y llevaban, aparte sus dotaciones de oficiales y marineros, un veterano regimiento de infantería destinado a reforzar las guarniciones de la costa occidental de la América del Sur.

"La flota de Anson marchaba lentamente con su car-

(1) "Cabo de Hornos", por F. Riesenbergl.

ga de enfermos; ahora se dirigía por mares tropicales hacia las costas del Brasil; al llegar a Santa Catalina, Anson sepultó en tierra extraña a veintiséis de sus hombres, mientras el número de enfermos llegó a noventa y seis. El gobernador de esta región se apresuró a enviarle sus informes a Pizarro, haciéndole ver la situación precaria de la tripulación de Anson y su inmediata partida. Las flotas adversarias habían llegado al cabo de Hornos, a través del estrecho de Le Maire. El capellán del "Centurión", reverendo Walter, quien llevó un diario completo de esta navegación, señalaba: "Los rolicos eran incesantes y tan violentos, que los hombres estaban en constante peligro de hacerse pedazos contra las cubiertas o las bordas del barco... Algunos de los tripulantes fueron arrancados de sus puestos, varios murieron y otros recibieron graves heridas; uno de ellos se quebró el cuello; otro fué arrojado a la bodega, rompiéndose el muslo, y uno de los ayudantes del contramaestre se rompió la clavícula".

"Llevaban tres días rondando el cabo de Hornos, envueltos por los vientos. Olas altísimas, donde las naves desaparecían y volvían a surgir por milagro del cielo, bajo lluvias heladas. Las bombas trabajaban día y noche para desagotar el agua que se colaba por todas partes.

La noche había caído sobre el mar de la isla, y, advirtiéndolo, De Rodth suspendió su relato, mientras se disponía a partir, tomando a Antonia de la mano.

—No, no, por favor, termine usted la historia; dígame cómo fué la batalla.

—Ya es tarde; regresemos antes que salgan los fantasmas...

Isla de Robinson Crusoe. Abril de 1891.

Pasa la goleta "Domitila". 13 días de Antofagasta-Maule.

Trae la noticia de una revolución en Chile. Temporal de lluvia y viento noche y día, con barómetro 29°30; muchos relámpagos, truenos y lluvias fuertes.

.....

Pasa la barca "Santa Rosa". 18 días de Callao para Talcahuano; nos deja unos pocos víveres en cambio de cueros de lobos.

Llega también un buque con palo mesana roto.

Regresamos de Valparaíso el 21 de diciembre, en el vaporcito "Huemul", en compañía de los profesores alemanes: Doctor J. Johow, botánico; doctor J. Schulz (geología y mineralogía); doctor C. Schonlei (fotógrafo); H. Krissel (pintor). Llegamos a la isla el 25 de diciembre. Celebramos la Pascua en nuestro hogar, y Antonia fué prodigiosa en el arte de cocinar, elaborando deliciosos dulces. Como traíamos buenos vinos y demás licores,

aquella fué una Pascua inolvidable; las canciones en el viejo piano llenaron de alegría las noches isleñas, y en el día se escuchaban las alegres zambullidas de mis amigos artistas en las aguas tibias de Cumberland.

Enero 7 de 1892...

Llega el pailebot lobero "John Hancock"; sale el 9. Y el día 30, el "Abtao", en busca de los profesores alemanes, saliendo el 4 de febrero, a las dos de la tarde, para Valparaíso, después de una despedida conmovedora.

24 de marzo...

Llega la barca inglesa "Ordovic"; capitán Meyer. Trae a un famoso buzo, llamado Sassky, y seis carpinteros; se proponen encontrar el galeón de Selvocke, hundido en la bahía en el año 177...

Hace muy buen tiempo y un poco de viento, lo que no impedirá las maniobras de la tripulación de la "Ordovic".

Pasa una fragata norteamericana pidiendo víveres frescos.

Llega el bergantín "Sadie A. Thomson", de Filadelfia. También necesitando agua. Aprovecha para embarcar veinte barriles de bacalao en salmuera y diez cajones de bacalao seco.

.....

Viento fresco; se corta la cadena que amarra al cañón la barca "Luisa", y muere de pulmonía el mayordomo de esta barca, llamado Arturo Cepeda.

Agosto de 1894.

Llega el "Abtao" en la tarde, trayendo a bordo al zoólogo doctor Plate. En la noche se va al garete el "Abtao" y casi se vara en Pangal; en la mañana vuelve a fondear. Hemos comenzado a cosechar cebada, la que servirá para la gran cantidad de terneros y potrillitos que saltan en nuestros valles.

¿Temblor? Siete y media de la noche.

.....

Septiembre de 1895.

A las 5 P. M. entra a fondear la barca chilena "Telegraph", de arribada Tomé-Iquique; llegó haciendo agua y con la tripulación amotinada, habiendo dado muerte el capitán a dos de sus hombres. Al mismo tiempo entra el pailebot "Juan Fernández"; siete días de Valparaíso.

.....

Octubre de 1895.

Buen tiempo. Entra un bote, con el capitán Carter, el mayordomo y nueve hombres de la fragata norteamericana "Parthia", incendiada en 39° Sur 86 W., como a quinientas millas al SO. de la isla.

Los tres botes, con 27 hombres, que habían dejado el buque el 1.º de octubre, fueron separados por un temporal del SE. el 4 de octubre.

La fragata tenía cargamento de 2.327 toneladas de carbón, de Liverpool-San Francisco, y se incendió esponáneamente.

Fuegos en la isla.

Octubre 10...

Lloviendo día y noche en chubascos fuertes. Entra el segundo bote de la "Parthia", con el primer piloto, cocinero y seis hombres.

Cuatro días después, a las seis de la tarde, apareció en la bahía la escampavía "Cóndor", en busca de náufragos, habiéndose enterado del gran naufragio a través de uno de los botes que había llegado a Valparaíso.

Sale la "Cóndor" con 19 náufragos, y pasa el buque inglés "Villalta", por cartas.

Diciembre de 1895.

Se incendia la subida al portezuelo.

Sale el pailebot "Juan Fernández", con 32 cajones de langostas.

Llega el transporte "Angamos", trayendo un ingeniero para hijuelar, y regresa con 104 cajones de langostas a Valparaíso.

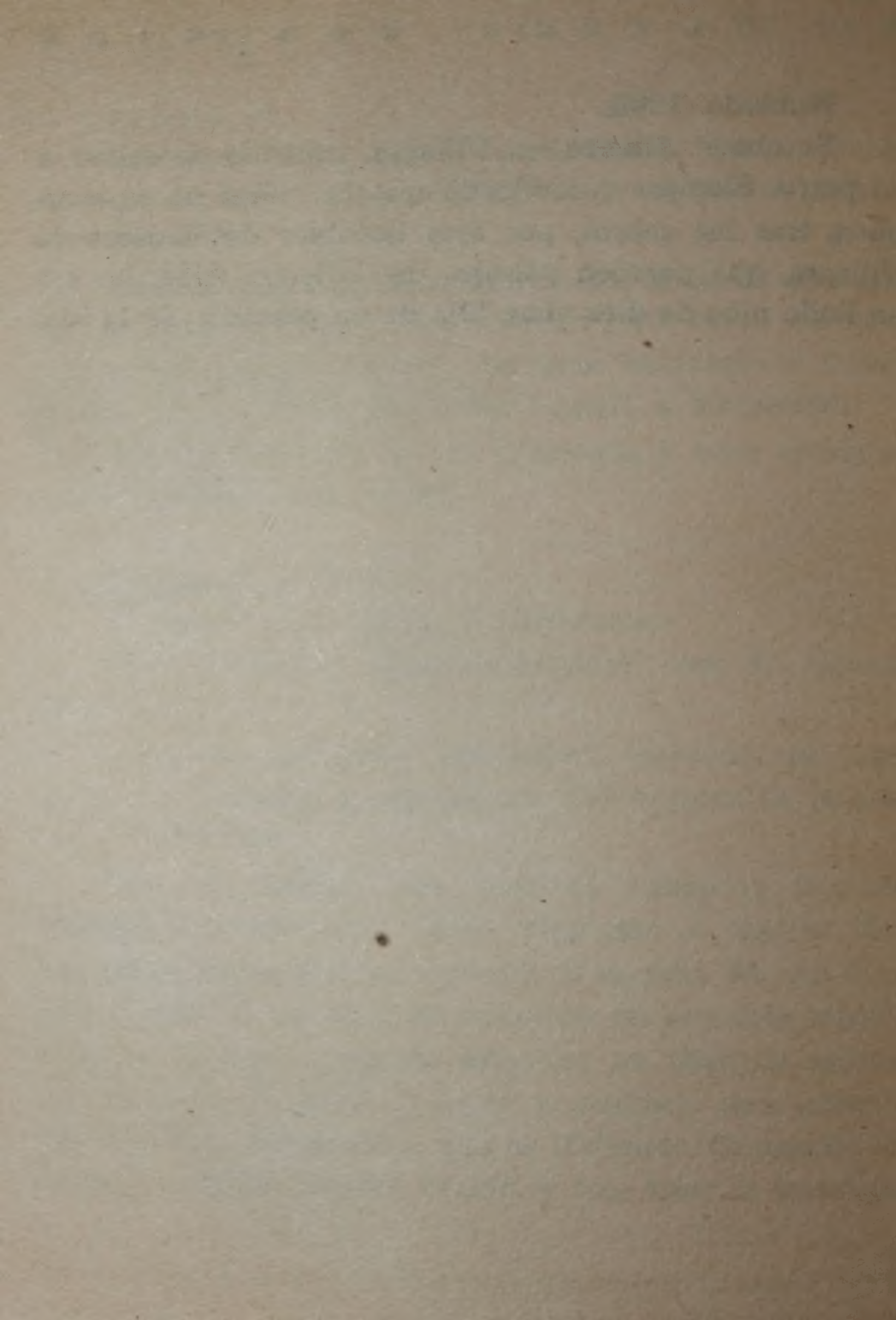
Hoy ha llegado una preciosa balandra, llamada "Spray", trayendo como único tripulante al capitán Slukin, quien viene dando la vuelta al mundo. Me ha invitado a subir a bordo, y he conocido de una sola mirada el alma de este navegante solitario: un libro de salmos, un fotografía de mujer (tal vez su madre), unos panes y una carabina. He pensado que es Robinson Crusoe de los mares... Adiós, capitán Slukin, y que Dios lo bendiga.

.....

Muere en la isla Elisa Charpentier, quemada.

Nublado. 1898.

Se ahoga Alberto, en Villagra, tratando de salvar a su perro. Siempre recomendando que los niños no se acerquen, tras las cabras, por esos horribles desfiladeros de Villagra, que parecen paisajes del infierno. Albertito era un lindo niño de diez años, hijo de un pescador de la isla.



“SAILOO, SAILOO”

-¡Sail ahooo! ¡Sailoooo!... ¡Sailoooo! —oyó Alfredo gritar en toda la isla.

Era el grito tradicional, anunciando el arribo de alguna vela en el horizonte.

La luna salió en ese momento a través de los cerros, transformándolo repentinamente todo. Dando vuelta la Punta del Inglés, apareció, avanzando con una tranquila calma, la goleta del capitán Larsen.

Antonia, al verla, se desprendió rápidamente de la mano de su amigo y corrió adelante. El barón apresuró el paso para alcanzarla, pero sólo pudo gritarle:

—¡Espérame, muchacha!

—¡No puedooo! Tengo que avisar a mi madre, tengo que buscar los faroles...

—¡Dile que hierva dos langostas!... ¡Dileee...! —no pudo agregar más, Antonia corría veloz, como las cabras de Robinson Crusoe, y ya estaba entrando en su lejana casa...

El barón también llegaba en ese momento al muelle, y vió avanzar por diferentes caminos, por laderas y pequeñas colinas, niños y mujeres con sus faroles típicamen-

te isleños: un cabo de vela, resguardado en un tarro de lata; las luciérnagas improvisadas se distribuyeron por el muelle, facilitando las maniobras de los boteros. El fanal de la goleta estaba indicando su ubicación, y al mismo tiempo proyectaba un camino largo de luz sobre las aguas. Por ese camino bogarían los botes de la isla. Se oían claras las voces que venían de a bordo, y el ruido perfectamente nítido del cadenaje del ancla; como siempre, la "Inoa" —así se llamaba ahora la goleta— había anclado frente al Pangal. La voz de Larsen llegó enérgica y pura en la brisa de la noche...

—¡Alfredooo!

—¡Capitán!

Cuando saltaba al bote que había de conducirlo, sintió a su espalda unas risas frescas y locas; volvió su cabeza hacia el muelle, y pudo ver, bajo la luna llena, las infantiles figuras de María Eugenia y Mariana que venían corriendo, con sus blancas camisas de dormir agitadas en el aire; la llegada de la "Inoa" las había sorprendido en el lecho, y, temerosas de que los botes partieran sin ellas, se largaron como estaban.

—¡Don Alfredo! ¡Mariana y yo queremos ir a bordo!...

—¿En esa facha? ¡Pat! ¡Lucho! Prestad unos ponchos a esas locas...

El bote se balanceaba impaciente, mientras la luna agitaba las mareas contra el malecón. Todo fué rápido y nervioso: las niñas saltaron, no sin cierto temor, y De Rodth las recibió en sus brazos con ternura.

Ahora estaban listos y partieron al encuentro de sus amigos, pues no sólo eran amigas del capitán, sino tam-

bién de Soto, el cocinero, el que amasaba para ellas las más delicadas sopaipillas; eran amigas de "Grillete", el gato, y de la linda perra "Cadena"; eran amigas de toda la tripulación, pero principalmente de Larsen, que tocaba el acordeón y cantaba nostálgicas canciones de las viejas tabernas de Holanda, que sabía disfrazarse imitando al viejo pirata Sharp, o contar historias divinas de los bucaneros de Juan Fernández. ¡Ay, qué felices eran cuando arribaba el velero de Larsen!

Habían llegado, y el capitán saludaba desde el puente con sus brazos en alto. Todo fué sencillo y rápido; todo fué agradable y familiar.

—¡Cuidado!

—Aquí estamos, capitán. ¡"Cadena"! ¡"Grillete"!... ¡Qué grandes! ¡Qué locos! ¡Qué flaco el gato... eh, Soto! ¿No le das de comer a "Grillete"?

—Niñas, por Dios, si limpia los platos de toda la tripulación... Mañana, con el día, verán lo lindo que está...

Soto temía a las recriminaciones de "Langostita", sobrenombre que le habían puesto los tripulantes de la "Inoa" a María Eugenia, por sus cabellos largos y rubios y su cutis pecoso; era implacable en la defensa de sus amigos y corría el riesgo de que al llegar a tierra la apasionada "Langostita" no le regalara mermelada de maqui... especialidad de la chiquilla.

El barón y Larsen descendieron al interior de la cámara, como era de costumbre, para beber sentados a bordo el primer vaso de whisky. Los otros venían después, junto a la chimenea. Canciones, vinos, langostas, cabros

asados, acordeón y piano tendrían las noches de la isla durante varios días.

Después de una gruesa noche isleña, pasada entre humo de pipas y libaciones, los hombres salían al aire fresco de la madrugada, en dirección al viejo muelle.

De Rodth, a esa hora, tal vez bajo efectos alcohólicos, adquiriría fascinación en su lenguaje; una irrealidad y belleza que sólo a Larsen le era permitido gozar. Lo admiraba y amaba profundamente; sentía que él, rudo tipo del mar, era también como el barón: sin hembra, sin esas aventuras que pueblan la vida de los hombres, porque sin duda para él y su amigo el concepto de hombre estaba entrañado en un solo inmenso amor, como solo e inmenso era el mar, o la isla, geográfico, cosmogónico, peligroso y definitivo.

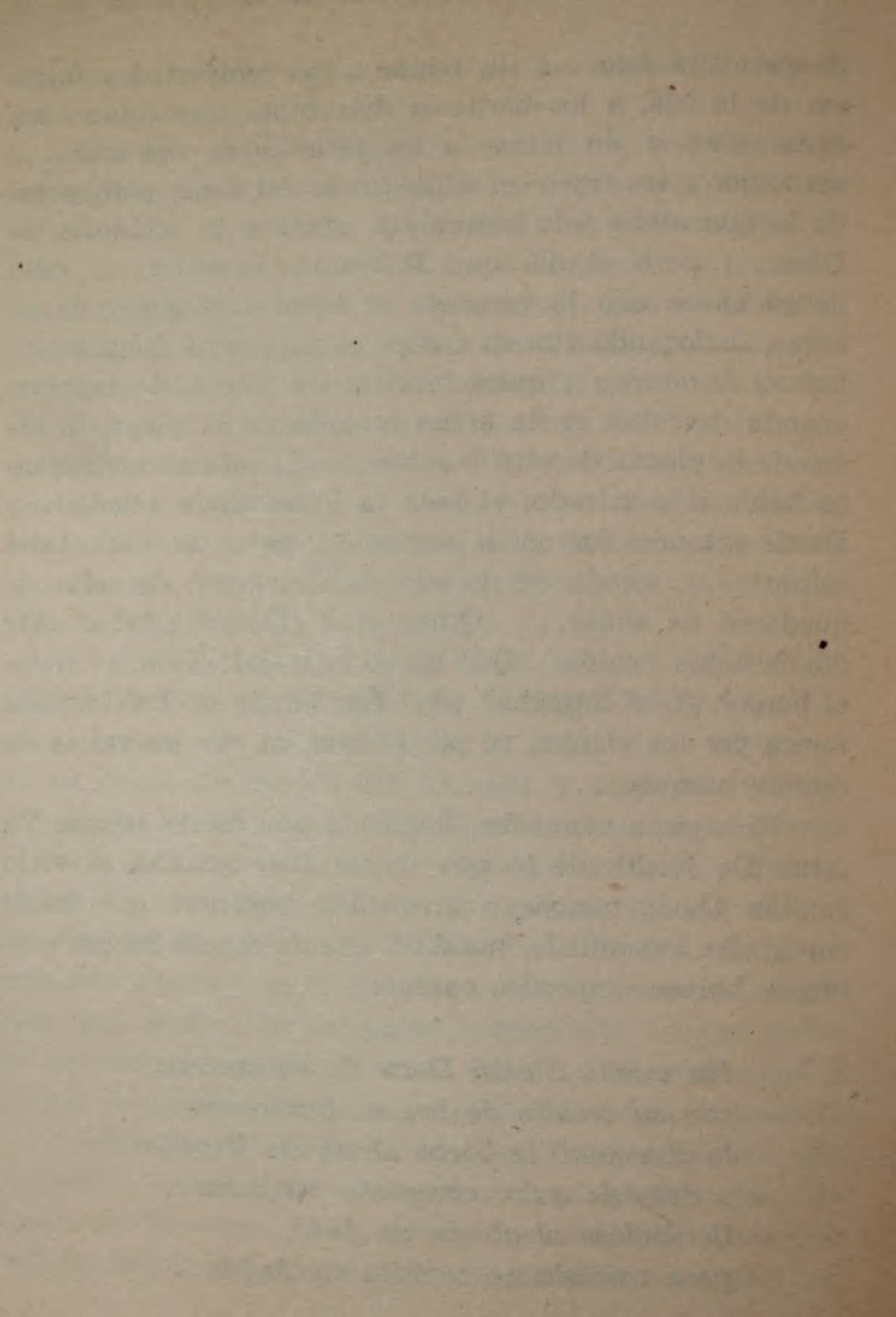
El barón caminaba a su lado con un elegante balanceo, chicoteando su bota con el látigo de sándalo que nunca caía de su mano derecha; al pasar junto al tronco de un árbol, De Rodth dió un salto y se paró sobre él; el capitán lo miró de arriba abajo; su cuerpo era largo y firme, de una elasticidad primitiva; su cara, oscura, quemada; su barba, rubia, larga, sedosa. ¿Se parecía al archiduque Maximiliano? Calzaba botas negras, altas; un pantalón obscuro, muy ceñido, y una camisa blanca de lino, que dejaba ver su pecho requemado. Larsen pensó en un cantaor español, de cante hondo. La taciturnidad y fiereza de sus ojos traspasaban el corazón de las piedras...

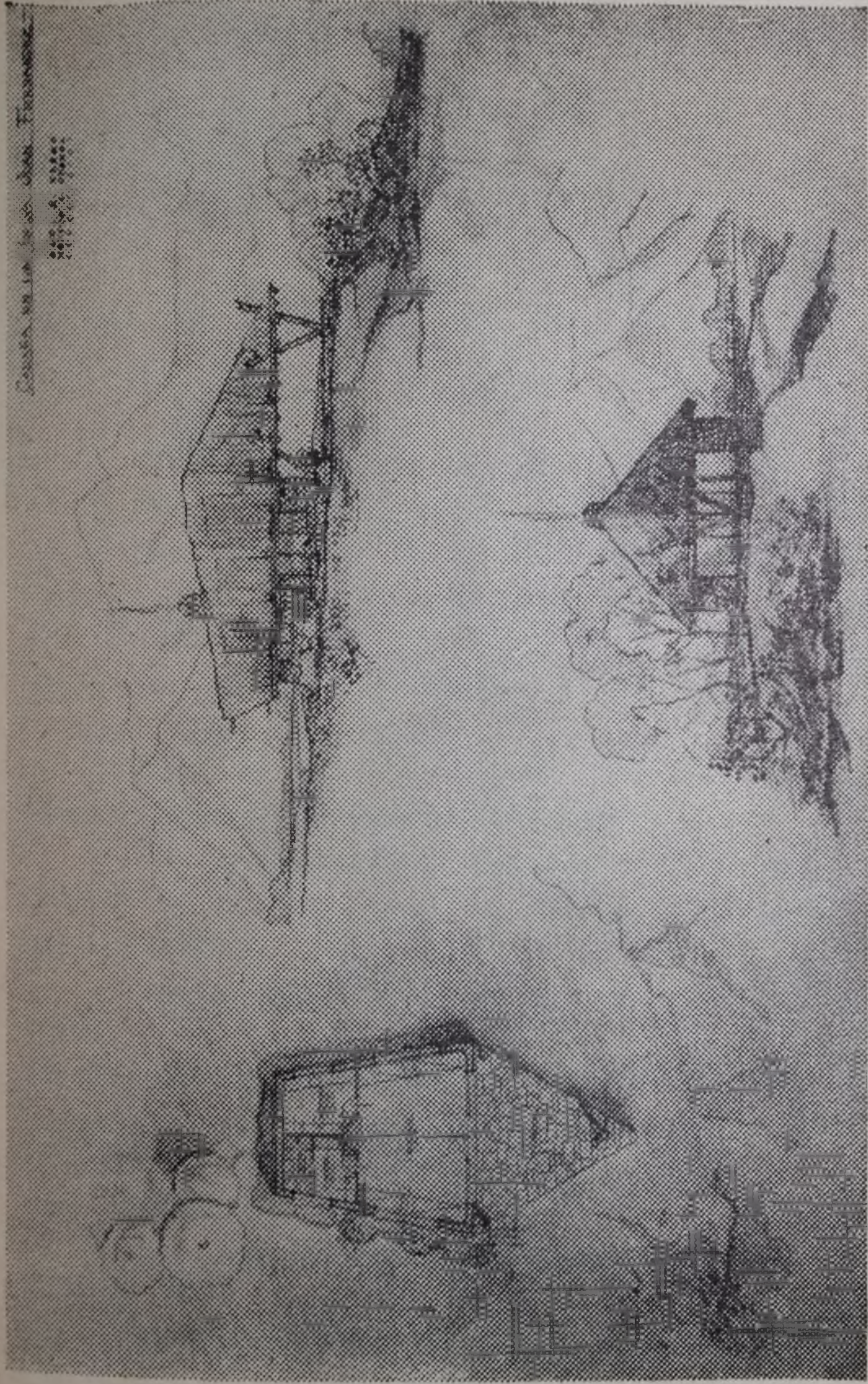
—Mirad esa isla —dijo—. La isla que llevará por los siglos de los siglos la señal de una sola huella: ¡la huella de Viernes!... La huella que descubrió Robinson cuando creyó vivir por espacio de muchos años solo...,

divinamente solo...; sin temor a las tempestades furiosas de la isla, a los bárbaros derrumbes que causan los aguaceros...; sin temor a los cataclismos del mar...; sin temor a los rayos ni a las furias del cielo, porque todo lo que atañe a la naturaleza atañe a la sabiduría de Dios...; pero el día que Robinson, inocente..., salió de su choza con la escopeta al hombro, seguido de su cabra, dialogando con su amigo el papagayo trepado sobre su hombro..., quiso morir de terror, de espanto, cuando descubre en la arena mojada de la playa la señal de la planta de otro hombre... El infinito aislamiento había sido trizado, violada la inmaculada soledad... Desde entonces fueron de angustia y pavor las noches del solitario..., miedo de dormir, de despertar, de salir, de quedarse, de andar... ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿De dónde había venido? ¿Qué barco lo trajo? ¿Dónde estaba el barco? ¿Qué buscaba? ¡Ay! Esa huella no fué borrada nunca por los vientos, ni por el mar, ni por las raíces de nuevos bosques...

El capitán avanzaba, fingiendo una fuerte cojera. Ya sabía De Rodth de lo que se trataba; imitaba al viejo capitán Danz, famoso e invencible bucanero que había capturado, incendiado, hundido setenta y seis barcos enemigos. Larsen empezó a cantar:

*Ha vuelto Simón Danz de su crucero,
con su escolta de bravos bucaneros;
le chamuscó la barba al rey de España
y después quiso completar su hazaña,
llevándose al obispo de Jaén,
para trocarlo en sueldos en Argel...*





Cabaña de la autora en Juan Fernández, obra del arquitecto uruguayo Raúl H. Clerc.

-¡C!he Larsen, ven acá!

Larsen se volvió correcto y serio. Aquellos discursos de su amigo en horas de la madrugada, cuando la luz apenas rasgaba la dulzura del cielo, le daban solemnidad al amanecer y cesó su andar grotesco y su canto melancólico de pirata... De espaldas al mar se cuadró militarmente frente a De Rodth.

—¿Conoces tú, leíste alguna vez las crónicas de William Dampier o Basilio Ringrose?

—No; no leí nunca lo que esos oficiales escribieron; conozco las narraciones y las hazañas de su patrón, el pirata Sharp...

—Bueno, sabrás que en esta isla habitó el indio Mosquito, mucho antes que Selkirk, o sea, por el año 1680, 21 años antes de aparecer la edición de Robinson Crusoe, y que me hace pensar muchas veces si fué Selkirk o Mosquito el héroe de Daniel Defoe...

—Explícate.

—En enero de 1680, Bartolomé Sharp, Juan Coxon, Ricardo Sawkins y otros capitanes filibusteros, reunidos en las islas Samballas, o de San Blas, en la costa de Da-

rién, entraron en relaciones con los indios mosquitos del continente, entregándoles algunos regalos y estimulando su odio y rebelión contra España...; pues era importante contar con la colaboración de los nativos para el dominio del mar, como eran sus planes.

—Además, tenían que contar con los indios para conocer los itinerarios de los galeones españoles y procurarse alimentos...

—Efectivamente, capitán; de entre ellos tomaron valiosos auxiliares que habían de acompañarles a bordo de veloces canoas, y el 5 de abril desembarcaron en la costa vecina: “cada hombre llevaba por único equipaje cuatro panes grandes, un fusil, una pistola y un sable”.

—A la vanguardia de esta famosa expedición marchaba Sharp, ¡tu Sharp!, ¡el supremo bucanero!...

—¡Como Sharp no hay! *All right!*

—¡Como Sharp no hay! *All right!*... —repitió desde lejos “Pata e Palo”, que no se perdía sílaba de estas historias y ya bajaba en dirección al muelle...

—Seiscientos indios en sesenta y ocho canoas bajaron por el río de Santa María, para llegar a la ciudad del mismo nombre, apoderándose de ella sin ninguna dificultad. Pero los piratas esta vez habían sido burlados, pues los pobladores tuvieron tiempo de despachar sus tesoros a Panamá, refugiándose ellos entre la espesura de los montes... Defraudados se lanzaron sobre Panamá, y en la madrugada del 23 de abril despertó la ciudad aterrada al sentir la gritería de los invasores, que entre estallidos y humo de pólvora hacían flamear insolentes la bandera negra con la calavera y dos tibias cruzadas.

El grito aquel de "¡Como Sharp no hay!", volvió a repetirse tres veces. Al mismo tiempo que Larsen agregaba:

—¿No te parece indigno que esa bandera tantas veces rasgada por los fieros puñales de España, incendiada o sumergida en las vorágines del Caribe o flameando arrogante en los bravos abordajes..., la usen los boticarios de todo el mundo como vulgares rótulos contra el veneno?

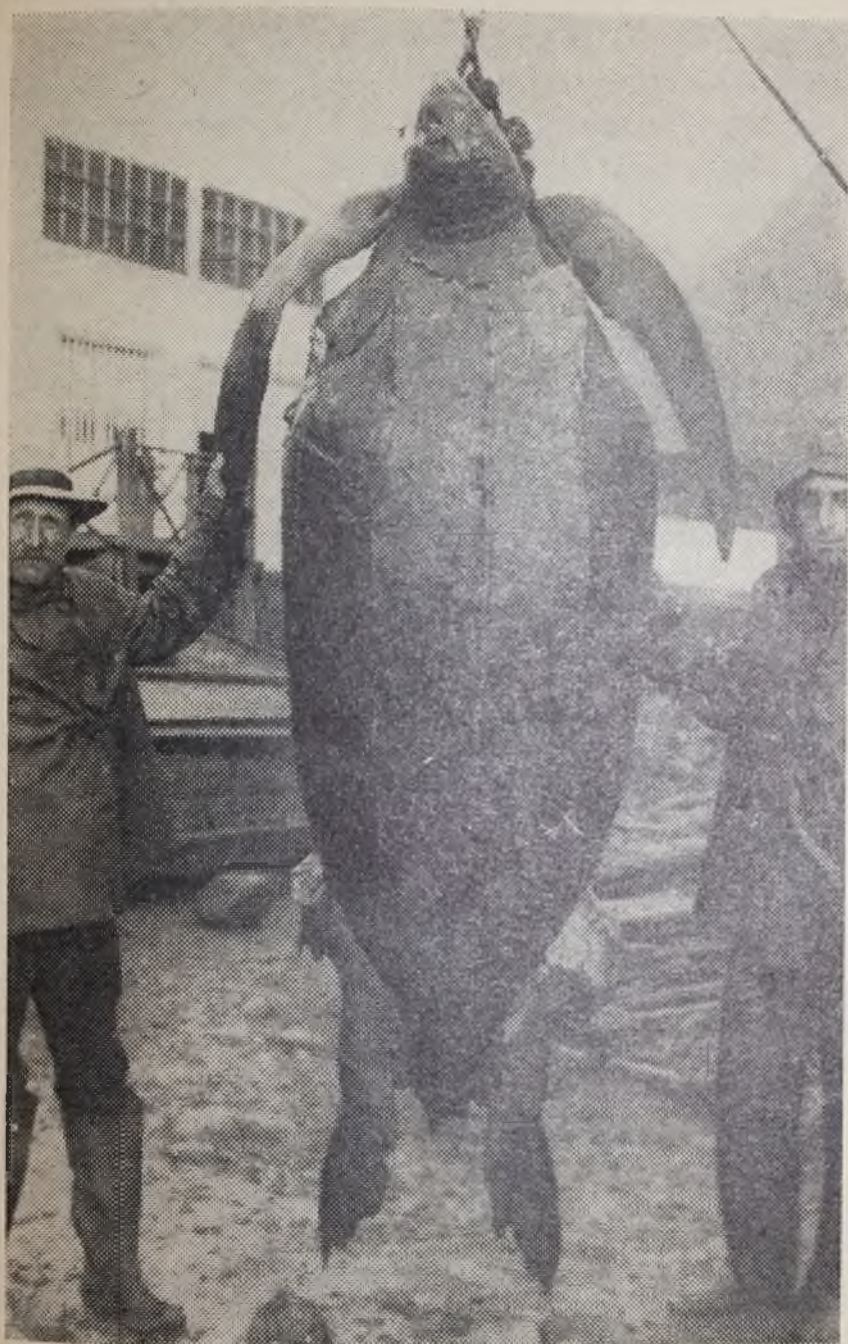
—Tienes razón, Larsen. Pero no se te ocurra reivindicarla... —continuó—. Toda la guarnición de Panamá estaba en armas, en el puerto estaban listas tres naves de guerra, y bravos contra bravos se trabaron en combate con singular valor...; pero vencieron la destreza y la audacia de los filibusteros de Sharp..., y el 6 de junio se hicieron a la vela por los mares del sur... Las costas del Perú no tardaron en sentir el impacto de sus cañones; rindieron guarniciones españolas y desembarcaron en Ilo; fueron generosos en el trato con los prisioneros, a quienes devolvieron su libertad sin condiciones.

"Hicimos rumbo al este con un viento forzado del sur —escribía Sharp—, y a las cinco de la mañana descubrimos una tierra que nos pareció alta y estéril. En seguida, volvimos hacia el puerto de Coquimbo para tomar agua y leña, que comenzaban a faltarnos. Al día siguiente por la mañana desembarcamos treinta y cinco hombres, con los cuales tomé la delantera para trasladarnos a La Serena; pero apenas habíamos andado una legua, cuando nos atacaron doscientos cincuenta jinetes enemigos. A pesar de la superioridad de su número, fueron vigorosamente rechazados. Una vez que fuimos due-

ños del campo, creímos que era necesario hacer un alto para esperar el resto de nuestra gente, que se nos reunió una hora más tarde. Marchamos en seguida hacia la ciudad, donde penetramos a las ocho de la mañana. La encontramos bien provista de todos los frutos que tenemos en Inglaterra. Había también buena cantidad de trigo, de vino, de aceite y de cobre; y la residencia era allí muy agradable. Todo en la ciudad de La Serena era excelente y delicado, y mejor que cuanto esperábamos hallar en una región tan apartada”...

”El arribo de Sharp al puerto de Coquimbo había sido una sorpresa para los habitantes de La Serena —dice Barros Arana—. Era increíble que un sólo barco pirata se atreviera a entrar en los mares del sur, asolando las costas peruanas y chilenas en forma tan osada. Ni el corregidor José Collarte ni el capitán Aguirre con sus caballerías pudieron impedir el asalto y saqueo de La Serena por los filibusteros... y se dieron a la fuga por los campos vecinos, dejando la ciudad indefensa.” “Cuando los habitantes de La Serena se convencieron de que no podrían oponer resistencia a nuestras armas —continúa el capitán Sharp—, nos dejaron en completa libertad de refrescarnos. Al día siguiente, por la mañana, consultaron con el gobernador sobre los medios de rescatarse del saqueo. Preparóse al efecto una reunión en un punto del camino a donde debería concurrirse de una y otra parte. El gobernador acudió allí acompañado por tres hombres y yo con dos; y fué convenido que nos darían cien mil pesos por el rescate de la ciudad.”

”Pero los vecinos de La Serena no podían pagar una suma tan crecida de dinero —dicen las crónicas—, y el



En este paraíso de langostas y pescados, aparecen, de pronto, gigantesas tortugas, que las corrientes arrastran desde las islas Galápagos. (Foto de H. Werber.)

corregidor de la ciudad al estipular este pacto estaba ganando tiempo para organizar la defensa y caer sobre los filibusteros... Trataron primero los españoles de inundar la ciudad, luego de incendiar la nave. Un hombre que tripulaba una balsa formada por cueros llenos de viento se aventuró una noche para empresa tan atrevida...; habiéndose acercado al buque, se colocó debajo de la popa, y amontonó estopa, azufre y otras materias combustibles, luego les prendió fuego con una mecha, de tal modo que al poco rato se incendió el timón, y todo el buque se vió envuelto en humo. "Al fin se descubrió dónde estaba el fuego, y tuvimos la fortuna de extinguirlo. Esta frustrada tentativa, la tardanza que los españoles ponían en pagar el rescate estipulado, y los movimientos de tropas en los campos vecinos, nos hicieron comprender que no había nada que esperar, y tomamos una resolución definitiva." Saquearon cuidadosamente cada casa y cada iglesia, prendiéndoles inmediatamente fuego. "Ejecutado esto, nos retiramos a nuestro buque", dice tranquilamente Sharp. Y se hizo a la vela rumbo a la isla de Juan Fernández...

—Ya decía yo que es aquí donde dejó Sharp enterrado su botín —comentó "Pata e Palo".

.....

Desembarcaron en esta isla el 25 de diciembre de 1681 y se entregaron a pescar, a cazar, a reponerse, a refrescarse, a prepararse para nuevas odiseas. Cuentan los piratas en sus crónicas, que la isla estaba llena de lobos y que tenían que avanzar a garrotazos con ellos

para abrirse paso, que el mar ofrecía gran afluencia de peces y en la playa abundaban unas enormes langostas agradables y alimenticias, que mataron algunas para llevarlas saladas y otras tantas llevaron vivas. En eso estaban, desde hacía tres días, cuando aparecieron delante de la isla tres buques españoles, que mandaba el comandante Córdoba; en presencia de fuerzas tan superiores a las suyas, no pensaron nada más que en reembargar a su gente para evitar el combate y hacerse apresuradamente a la mar. En su precipitación, dejaron abandonado en la isla a un indio mosquito, que los acompañaba desde Darién, y que andaba en el bosque cazando cabras...

.....

—¡Adiós, mosquito! —le gritó, riendo, Larsen a De Rodth, viendo su bote atracado al muelle—. Ya vienen por mí, dormiré unas horas a bordo y luego comenzaremos a cargar.

Luego de dar una mirada circular hacia tierra, saltó dentro del bote. Dos marineros de la "Inoa" desatracaron con las palas de los remos y comenzaron a bogar acompasadamente. El lento movimiento de sus torsos infundía vida a los remos y al frágil casco del bote. Sus caras, proyectadas sobre el azul del mar, expresaban la violencia de sus pasiones y sus vicios. Sólo en sus ojos había como un rasgo de bondad e hidalguía, quizás a causa de estar durante años y años mirando el horizonte oceánico.

Isla de Robinson Crusoe, 1891.

10 de marzo.

Sale el ballenero "Matías Brañe", después de comprar cinco sacos de papas, verduras y leña. Ha pagado con harina y arroz. Queda en la isla, arrancado del barco, el marinero chileno José Contreras.

Viento fresco. Lluvia en la tarde.

.....

Buen tiempo, poco viento. Llega la fragata norteamericana "J. M. Marr". Ha arribado a Cumberland porque necesitaba agua. Al entrar al fondeadero quedó varada, por torpeza, en la playa, precisamente frente al "minero", botando carbón al agua y virando sobre un anclote. Al fin hemos logrado, con gran esfuerzo, sacar el buque de entre las piedras.

Trae carga de carbón de Baltimore, San Francisco...

Buen tiempo, viento fresco. La fragata compra cinco sacos de papas a 20 pesos. Sale al amanecer.

.....

Se cosechan en gran cantidad las papas coquimbanas de la vega alta. Han dado doce por una. Se principia a arar para sembrar trigo en la vega. Trabajamos mañana y tarde Bruno Carrera y yo. También hemos cazado seis cabras en el desfiladero de Villagra. Antonia se alegra mucho cuando esto acontece, pues llevamos una semana alimentándonos sólo de langostas.

Mayo y junio.

Ya estamos sembrando el trigo. Hemos empleado 117 kilos de semilla. Las mujeres han querido ayudarnos, como si quisieran bendecir con sus manos la cosecha que ha de ser el pan de nuestros hijos.

.....

El 23 de octubre llegó aquí, en bote, el capitán de la barca norteamericana "Edith Davis", pidiendo auxilio para apagar un incendio que traía en el fondo de sus bodegas. Debido al fuerte viento, no le fué posible al práctico de la isla encaminar el buque hacia la bahía, para vararlo. Lo consiguió, solamente al caer la tarde de ese día, varar en punta San Carlos, pero sin lograr fondearlo. De modo que los cordeles con que fuera amarrado a la playa se quemaron y la nave fué arrastrada por los vientos de tierra, que se levantaron durante la noche.

Daba pena verla, sin poderla socorrer, cómo era llevada mar adentro entre las llamas, quemándose completamente en un instante.

Nada se salvó de la carga. La "Edith Davis" venía de Boston para el Callao, con un cargamento de máquinas para la agricultura, parafina, carbón y maderas para construcción. Nunca supieron dónde y cómo había comenzado el fuego.

.....

Llega el ballenero "Grace Marks".

Regresa a Valparaíso, llevando amontonada a la tripulación de la barca incendiada.

Cuando se entraba en el patio de Alfredo de Rodth, se sentían la frescura y penumbra de las plantas, las sombras que proyectaban las altas acacias con sus hojas tijereteadas, los helechos gigantes trasplantados desde lejanas y altas quebradas de la isla, donde habían nacido ya en siglos remotos. Las hojas transparentes y verdes, llenas de deliciosas frescuras, como si fueran arrancadas del océano.

Entrar en el parque de la casa era penetrar ya un poco en el corazón de la isla. Un fuerte olor a plantas, a tierra, a piedras húmedas. Un rumorear de pájaros escondidos, y al fin, la escalera de hermosa madera que conducía al vestíbulo de la casa, y de nuevo la penumbra suave y misteriosa envolviéndolo todo dulcemente. Al barón le gustaba esa semiluz sedante y se refugiaba en ella después de las horas ardorosas del día. Aquí descansaba envuelta su alma en la tenuidad y la dulzura.

—Antonia, ¿dónde estabas? He pasado el día sin verte.

De entre las sombras surgió la suave figura de una mujer. Alfredo se levantó y avanzó, tomándola en sus

brazos. Un llanto lento y doloroso corrió como un agua mansa sobre el pecho del hombre.

Antonia estaba pálida, nerviosa, desmejorada, cambiada. Algo vibró en su sangre, en la secreta entraña; algo que, corriendo, subió al pecho, a los ojos, a la frente y golpeó con un sonido supremo los corazones abrazados de aquellos seres.

—Dios mío, ¡ayúdame y bendíceme! —murmuró con lágrimas en los ojos.

—Antonia, cálmate. Siéntate y escúchame; ya nada podrá separarme de ti, Dios mediante; todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío. Esta isla es nuestra isla. Ese hijo es nuestro y de la isla. Aquí crecerá él y otros que Dios nos dará. Y del mar y la selva recogeremos lo que nuestro sustento necesita, y si fuera necesario, aun tengo propiedades en Europa.

Pero Antonia no deseaba esa clase de recursos, nada que vinculara a ellos con el pasado del barón; él era suyo en cuanto pertenecía a la isla y dejaba de serlo apenas aparecía como en los cuentos de magia aquel castillo en un lugar distante del mundo.

Arrebatada, cubrió con sus manos la boca de Alfredo, impidiéndole continuar.

—De aquí, sólo de aquí, saldrán nuestro pan y el pan de los nuestros. Prométeme que no recurrirás a Europa, a tu familia, a tu pasado. Júramelo o me muero.

Y, por última vez, Alfredo de Rodth juró olvidar aquel castillo, aquel dinero, aquel pasado...

—¡Alfredoooooooo!

La voz y los pasos fuertes de Larsen quebraron el silencio del lugar, del hogar, ahora más constituido, del barón Alfredo de Rodth.

—Adelante, capitán. Estamos aquí. Antonia, abre esa ventana; luz y whisky. ¡Bebamos, Larsen! ¡Bebamos! ¡Antonia va a tener un hijo! ¡Un hijo de la isla! Primer De Rodth nacido en América.

Los dos amigos se abrazaron, y levantando sus vasos bebieron varias veces. Acordeón y piano sonaron mezclados como las almas de los dos amigos. Caía la tarde y de la bahía de Cumberland subió un coro de voces al encuentro de aquellas melodías. Los treinta pescadores de Juan Fernández levantaron sus pechos y la vieja canción de Espronceda surgió romántica y viril:

*Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín;
bajel pirata que llaman
por su bravura: "El Temido",
en todo mar conocido
del uno al otro contin.
La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul.
Y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.*

*Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navío
ni tormenta ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.*

Larsen abandonó de pronto el acordeón, y tomando dos dados grandes, los hizo rodar por el suelo; mirándolo, uno pensaba en la época en que los piratas que llegaban a Juan Fernández pasaban largas horas sentados bajo los árboles, jugándose a los dados, que ellos mismos labraban en colmillos de lobos, la parte que les correspondía de su botín...

—Hay que ir por langosta. ¿Tú o yo?

—No echés los dados, porque de todas maneras irás tú, capitán.

No habían terminado de decidirlo, cuando ya Antonia traspasaba la puerta en dirección al desembarcadero. De un salto Larsen estuvo junto a ella.

Cuando hubo quedado solo, Alfredo de Rodth se puso de pie y cerró el piano bruscamente; recorrió los muros de la habitación como buscando determinado ob-



Un faro se levanta sobre los escombros de la vieja Bastilla española: la Fortaleza de Santa Bárbara.

jeto. Pasó con su vista sobre grabados de oscuros galeones, sobre bergantines delgados como tules, antiguas marinas inglesas... , paisajes cuyos verdes valles y montañas le recordaban el lugar de su nacimiento... , aquí los picos y chafarotes de abordaje... , las lámparas viejas... de pronto... —había llegado al punto preciso—... el objeto de su impaciente búsqueda yacía cautivo bajo el control de su mirada, que ahora despedía una terrible llama, algo que subía desde el fondo del tiempo lleno de resolución y firmeza. En el ángulo suavizado de sombra, dos grandes óleos emergían llenos de aristocrática elegancia; encuadrados en anchos marcos de oro, denunciaban el ambiente magnífico de donde fueron arrancados para ser trasplantados a tan opuesto sitio. Uno representaba a Sabina de Rodth, y otro, a Gertrude. El se quedó mirándola un instante. ¿El moño de rubios cabellos en la nuca? ¿Los desnudos hombros? ¿O la suave turgencia de los senos insinuados bajo la breve espuma de un encaje?

De Rodth avanzó tropezando con algunos muebles, levantó su brazo y cruzó con violencia, repetidas veces, el látigo sobre el óleo, que cayó desplomado como un muerto.

Ni Larsen ni Antonia se percataron de nada. Cuando volvieron, Alfredo miraba hacia el cielo acodado en la ventana, y una profunda calma lo dominaba totalmente.

—¿Langostas?

—Sí, y un cabrito tierno —respondió Larsen—. Esta noche —agregó— quiero estar a bordo a las doce, pues la carga está completa y partiremos al amanecer. La gente se ha recogido temprano, y sólo nosotros mantenemos los fuegos prendidos.

—Hoy es un día especial. Un día inolvidable, capitán.

Antonia se había acercado, friolenta y mimosa, buscando en el centro de aquel pecho, como en un pedazo adorado de tierra, raíces oprimidas, perfumes enterrados... Abrazándolo enteramente, aspiró el olor de su piel mezclado al tabaco de la pipa, al cuero de las botas. Le tomó las manos y, abriéndolas con fuerza, le besó adentro mismo de las palmas, donde el sándalo de su látigo le dejaba un persistente perfume. Los olores del mar, de los bosques, de las maderas aserradas, subieron enervantes, desvaneciéndola lentamente. El también penetró en la escala sensual de los perfumes, respiró hondamente como saliendo de una fuerte tempestad y la estrechó como a una geografía abandonada.

*

* *

Isla de Robinson Crusoe, 1885.

Hace ocho años que vivo en la isla. Ahora comprendo mejor el mundo que me rodea, el pequeño mundo donde yo resido con mi mujer; debo llamarla así porque vamos a tener un hijo, y un hijo es el lazo terrenal y divino que une a dos seres en la vida.

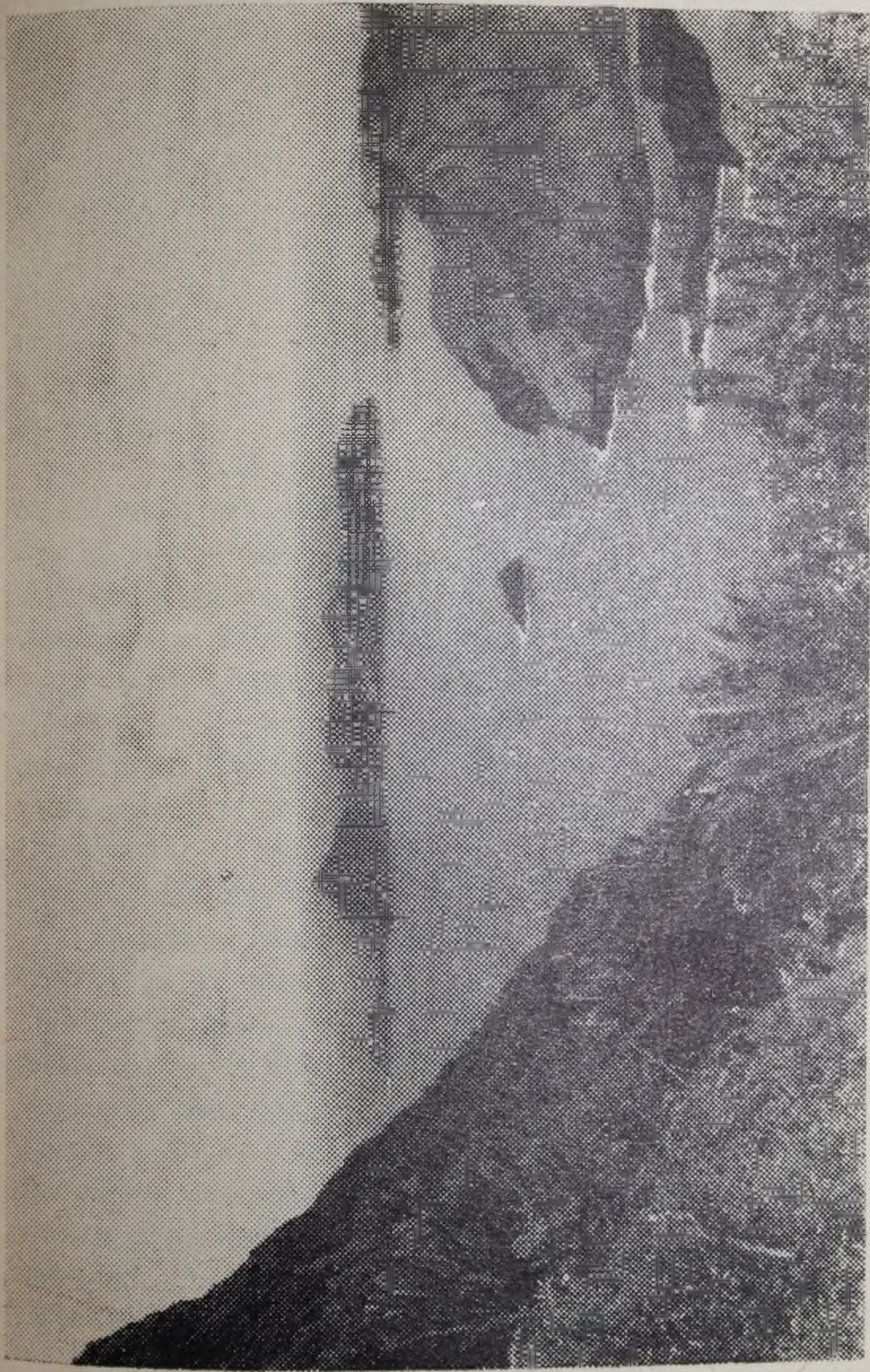
Ella ha crecido junto a mí, a mi lado se hizo mujer, se moldeó a mis costumbres, como las tanagras que los griegos modelaron a orillas del Oropo. Mirándola correr semidesnuda por estos caminos primitivos, me conmovió como hace años me conmovía el arte etrusco, los frescos del Renacimiento o la catedral de Chartres. Pero ella vive, respira y me ama.

Ella va a darme un hijo. Pertenece a una raza nueva, a un mundo nuevo. Al mundo de ella y de mi hijo pertenezco yo. Los niños en Europa nacen viejos; alguien dijo que de mil años.

Hoy he roto el último lazo que me unía al pasado; me refiero al retrato de Gertrude, la que fué mi prometida en un tiempo lejano, la mujer de mi clase y mi cultura, la que determinó la extraordinaria aventura de venirme para siempre a la isla. Aquella que busqué ávidamente una tarde al regresar a mi hogar, herido y sucio de la guerra... Arrastrado por mi caballo "Sultán", traspasé los muros del castillo; avancé primero por un camino ruidoso de piedras, luego por una senda húmeda y silenciosa, tapizada de sombras y de hojas. El sol ya se ponía sobre las negras almenas y volví mi cabeza para ver sobre las cumbres nevadas de Suiza aquel finísimo rosicler que nacía con la caída de la tarde. Mi alma estaba agradecida y una felicidad profunda me embargaba. Regresaba vivo y estaba en el umbral de mi hogar, próximo a abrazar a mi madre y a Gertrude. Entré al fin en un camino que esperaba, en el oscuro camino de los cedros, tan grandes, tan viejos y tan ásperos como los antiguos helvéticos que los plantaron...; por aquí pasábamos siempre con Gertrude...; algunos arrastraban hasta el suelo sus copiosas ramas, y adentro de su negro follaje escondíamos nuestro amor entre la soledad y la penumbra. "Aquí debió esperarme —pensé—. Porque fué donde la besé la última vez, y donde juró que sería mi mujer cuando volviera de la guerra." Sería la herida de mi pierna, mi cuerpo deshecho, o esa emoción oculta que une al hombre con Dios y lo traspasa llevándolo a una zona de ad-

vertencia, eso que siente aquél cuando está a punto de caer a un abismo y se detiene; cuando, nadando en medio del océano, las fuerzas van a abandonarlo y se detiene. La mano providencial de Dios, desviando a sus hijos del peligro. Yo retuve las riendas de "Sultán" y lo desplazé del camino, pegándolo contra el tronco de un cedro, y allí apoyé mi espalda para no caerme, porque no podía más. En ese mismo instante sentí la voz querida de mi novia, su risa preciosa y clara como las vertientes de las cumbres. Iba a gritarle: "¡Gertrude, mi amor! ¡Ven hacia acá! ¡Ayúdame!", cuando la vi pasar a corta distancia en los brazos de Enrique...

Anoche ha quedado enterrada para siempre en esta tierra poblada con otros muertos, donde el amor no dejó sus señales y sólo el heroísmo, la aventura y el cautiverio tienen su residencia y su sombra...



La isla de Santa Clara, en el reverso de Juan Fernández. (Foto de R. Gerstmann.)

El sándalo y la chonta había que ir a buscarlos cada vez más lejos, a las más abruptas quebradas. El barón debía, pues, hacer sus excursiones cada día más prolongadas para encontrar aquellas maderas que luego los peones se encargarían de acarrear trabajosamente hasta el aserradero. De Rodth acostumbraba refugiarse bajo la sombra de gigantescas hojas de pangué, que crecían abundantes al borde de la meseta donde la marinería de la fragata inglesa "Topace" puso la plancha recordatoria a Selkirk en 1868. Entre estos impenetrables bosques ocultaba su vivienda el "solitario".

El alma robinsoneana del barón hubiera querido detenerse en la soledad de aquella altura, y permanecer más tiempo solo, más salvaje, más olvidado. Aquí yace el islote de Santa Clara; jamás olvidaría el primer amanecer en la isla, cuando sus ojos la descubrieron inesperadamente. Cuatro millas de circunferencia la rodean, por mil ciento cuarenta pies de altura, y las cabras corretean felices, acorraladas por las mareas. Cuántas veces se han quebrado los remos de los pescadores que han intentado acercarse a través de las furiosas corrientadas, y cuando

logran llegar, están agotados por el esfuerzo, mientras las cabras pacen entre crecidas y salvajes verduras.

Alfredo de Rodth podía recoger, desde esta altura, con mayor precisión los apuntes para una carta topográfica que preparaba. Había terminado la parte que se refería al extremo norte y ahora bosquejaba el centro que descendía hasta la bahía Cumberland, o San Juan Bautista, como la llamaron los españoles antes que llegara Lord Anson. Aquí surgieron viñas antiguas, restos de una colonia española y algunos deshechos de baterías, acequias y caminos en zigzag, difíciles cuestras que conducen al noroeste, donde está el puerto inglés y se halla la llamada "Cueva de Robinson". Los vaqueros tienen que atravesar un pequeño valle para dirigirse a la vaquería; ascendiendo con dificultad el camino, al lado opuesto, es decir, al suroeste de la colonia, y atravesando el precioso valle del Pangal, se domina el Puerto del Francés, y toda esta costa conserva aún restos de fortificaciones instaladas por los españoles.

En el interior puede verse el portezuelo de Villagra, ubicado en una alta cuesta, que lleva también hasta la vaquería, y a un costado pueden verse las ruinas de un molino de pólvora.

Caía ya la tarde y los lejanos balidos de las cabras llegaban a sus oídos. Empezó a descender rápidamente, mientras rodaban a sus plantas pedazos de roca que se desprendían fácilmente de su conformación volcánica. Caminaba tal vez sobre un antiguo cráter extinguido, sobre una extraña y misteriosa geología de siglos, tal vez sobre el fragmento de un mundo desaparecido. ¡Viejos helechos salían a su encuentro, recordándole Nueva Ze-

landia, Australia... , paisajes que estaban a millares de leguas!

El sándalo del oriente, "el árbol que perfumaba el hacha que lo hería". ¿Sería la isla de Robinson Crusoe el resto de un mundo sepultado bajo las aguas del Diluvio Universal? ¿El brazo de un viejo continente? Recordaba lo que dijo de ella el sabio Milne-Edwards: "El Pacífico no es sino un inmenso mundo sepultado en el cataclismo de las aguas, y del cual han quedado a flote, como las astillas de un naufragio, los fragmentos que componen la Oceanía, la Polinesia y la Australasia, mundo hoy insondable cuyo límite oriental es Juan Fernández..."

El grito de su hijo Luis, que venía a su encuentro, llegó directo como un impacto en sus meditaciones. El hermoso y fuerte muchacho corría seguido de su madre, que no lo abandonaba y que todos los días, a esta hora, esperaba su regreso no sin cierta preocupación.

—Papá, ¡cuánto naranjillo cortado!

—Y mucho más hay que cortar todavía. El sándalo y la chonta comienzan a extinguirse y hay que recurrir a nuevas maderas.

—¿Para qué sirve el naranjillo, padre?

—Para todo; se parece al álamo del continente. De su tronco han salido todas las embarcaciones que fueron labradas en los astilleros de la isla, desde el lanchón de Shelvocke hasta las construcciones ligeras de Lord Anson. Y el pailebot "Juan Fernández", que en julio de 1882 fué echado al agua para que sirviera de correo y acarreador de víveres para la isla, fué también construído con madera de naranjillo. Se parece al haya de Europa, y, aunque blanda, es incorruptible en el agua.

Habían llegado a los umbrales de la casa, y un exquisito olor a cabro asado se adelantó a recibirlos; era el hogar exhalando su mensaje familiar y puro. El niño se desprendió de su padre y buscó resueltamente un libro entre el montón que había acumulado sobre un enorme cajón, pues, en los estantes que fueron contruídos hacía quince años, ya no quedaba lugar para nada.

—Aquí está la historia de Shelvocke, padre, léemela, por favor...

Alfredo sonrió cariñosamente y pensó en la inquietud por los libros que siempre había tenido la humilde Antonia.

—No, mi hijo, no es ése el libro... El libro que habla de Shelvocke y que a ti y a tu madre les gusta es uno de Vicuña Mackenna, que está al lado de mi cama. Ve por él, y vuelve, que voy a leerte algo antes de comida.

Alfredo había empezado a quitarse las botas cuando el pequeño Luis ya estaba de vuelta. Antonia entraba junto a él, trayendo consigo un gran candelabro de bronce, cuyo cirio encendido oscilaba con la brisa del mar.

—¿Cerramos la ventana?

—No, papá, no la cierres, quiero mirar el mar, el lugar donde tú me dijiste que se hundió el galeón de Shelvocke...

—Dirás, el lecho de rosas donde acostó su barco, como él les dijo a sus marineros...

De Rodth adoraba que su hijo conociera la historia del pasado de la isla, y, por muy cansado que estuviera, no dejó una sola noche de leerle, de contarle los más variados y hermosos relatos sobre Juan Fernández. No

era extraño, pues, que el niño supiera de memoria fragmentos de diarios de piratas. Y no había nada más dramático después de las aventuras de Alejandro Selkirk y de la romántica residencia de Lord Anson que leer el viaje original que el capitán Shelvocke publicó en Londres en 1726.

Entretanto decía: "El 13 de febrero de 1719 habíanse hecho a la vela, del puerto de Plymouth, los buques "Speedwell" y "Success", comandados respectivamente por los capitanes Jorge Shelvocke, antiguo teniente de la marina real, hombre muy valiente, y el capitán Juan Clipperton, viejo lobo marino, habilitados ambos por una sociedad naviera industrial llamada "Los Caballeros Aventureros de Londres", para recorrer las costas del Pacífico, pasando y repasando por sobre las sendas de los antiguos bucaneros. En previsión de una guerra con España, que no tardaría en estallar, venían unos y otros fuertemente armados y con patente de corso del gobierno inglés".

La primera aventura del "Speedwell" consistió en la muerte de un pelícano negro, que con tenaz vuelo seguía su estela, y esto sirvió para inmortalizar el viaje de Shelvocke, por la inspiración fúnebre y sublime que de ella tuvo un gran poeta inglés. El segundo de Shelvocke, llamado Simón Hatley, hombre melancólico y supersticioso, como suelen ser la gente de mar, atribuye a aquella inocente ave de los mares australes un mal augurio en su vuelo, y disparóle un fusilazo a la altura del cabo de Hornos, para aplacar al mismo tiempo los furiosos vendavales, y, precisamente con matarle, arreciaron la fuerza y el terror del huracán.

De aquí la lúgubre canción del "Ancient Mariner", de Coleridge, que dice en algunos de sus versos:

*God save thee ancient Mariner:
From the fiends that plague thee thus
Why look'st thou so with my cross bow
I shot the Albatross.
The sun came up upon the right
Out of the sea came he;
And broad as a weft upon the left
Went down into the sea.
Downen dript the breeze, the sails dropt
And broad as a weft upon the left
The silence of the sea.*

.....

El capitán Shelvocke avistó la costa de Chile en Concepción, y allí tomó dos pequeños buques cargados con alerces y manzanas, únicos frutos que tenía entonces en tierra; en Coliumo, donde también entró, le mataron a tres marineros, y un diestro huaso sacó a uno de aquéllos, llamado Santiago Daniel, enlazado del pescuezo. Sucedió esto —narra Vicuña Mackenna— en diciembre de 1719, y el 11 de enero del año subsiguiente llegaba el "Speedwell" a Juan Fernández, de donde el capitán Clipperton había partido hacía ya cuatro meses, para entregarse en seguida a las más riesgosas empresas en la costa. Los dos capitanes, o "Caballeros Aventureros", como habían dado en llamarse al partir de Inglaterra, no volverían a juntarse sino dos años más tarde, frente a Panamá, donde

habían de contarse los percances, hazañas y fechorías que tuvieron enloquecidos por el pánico a nuestros mayores, desde Acapulco hasta Ancud.

Después de proveerse de algunos barriles del inagotable pescado de la isla, potrero de engorda de los tollos, bacalaos y lobos del Pacífico, Shelvocke dirigióse a la costa del Perú, y porque los habitantes no le pagaron, como a Anson, como a Cochrane y como a Lynch, siglo y medio más tarde, diez mil pesos de rescate, prendió fuego a la población, cual el último...

De allí, el encallecido capitán dirigióse otra vez a su almacén de Juan Fernández, para regalarsé con sabrosos pescados y hacer aguada, porque en Paíta, como es sabido, no la había. Mas, encontrándose en esta operación, una ráfaga terrible, anuncio de crudo invierno en aquel paraje, rompió una mañana del 25 de mayo de 1720 las amarras del buque, y, sin poderlo remediar, echólo a la playa, cayendo con el choque, y a un tiempo, sus tres palos sobre la cubierta. El alentado capitán británico, que era todo un hombre, cuando notó que el barco sin gobierno se iba rumbo a los arrecifes, tomó el timón y gritó a su tripulación: "Muchachos, no hay cuidado. ¡Voy a acostar al buque en un lecho de rosas!"...

Al llegar aquí, Luisito se puso de pie y avanzó hasta la ventana, tratando de buscar en la noche oscura del mar alguna señal de aquel naufragio...

Su madre, aprovechándose de la interrupción, entró, para pedirles que comieran. De mala gana el pequeño Luis se dirigió al comedor, y se encaramó en una silla que le correspondía en la mesa, a la izquierda de su pa-

dre, pues en el lado derecho la dulce figura de su madre comenzaba a extender los platos.

—Dime, papá, ¿por qué siempre suspendes el cuento al llegar al lecho de rosas?...

—Porque siempre al llegar ahí tú te levantas para mirar el mar, y tu madre aprovecha para llevarnos a la realidad...

Alfredo besó a su mujer, que sonreía maliciosa. Pero el niño, esta vez, no estaba dispuesto a esperar otro día para continuar el relato, repetidas veces interrumpido.

—Mira, papá, esta noche me lees todo, o no voy a dormir.

Esa firme resolución le pareció a De Rodth sencillamente natural, y la aceptó con beneplácito.

No habían terminado de tomar el café, cuando ya la voz de Luisito gritaba imperativa:

—Vamos, papá, no tardes. ¿Qué hicieron los piratas en la isla?

—“Era la noche, y nuestros oídos —así dice la relación de Shelvocke, página 280— fueron entristecidos por los gritos de los lobos de mar, que yacían en tal abundancia, que nos veíamos obligados a espantarlos con palos a medida que caminábamos, y nada se presentaba a nuestra vista sino rocas y precipicios, bosques inhospitales empapados por la lluvia, elevadísimas montañas, cuyas cumbres se ocultaban en las nubes, y un mar tempestuoso, causa de nuestra ruina.”

*

* *



¡1720!... Aquí yace el "Speedwell", galeón de Shelvocke, "Caballero Aventurero de Londres", como designaba el Almirantazgo a aquellos que en los remotos mares del sur conquistaban, románticos y viriles, riquezas fabulosas para el Imperio. (Foto de R. Gerstmann.)

Diario de De Rodth:

Mi hijo se ha dormido, ningún mensaje atraviesa la obscuridad de la noche; esta inmensidad, esta nocturnidad y este misterio los sintieron antes que yo otros hombres en este mismo lugar. Pero yo tengo sobre mi pecho la dulce cabeza de mi hijo y su respiración llena el mundo. Antonia está un poco cansada, y presiento la llegada de otro hijo; el sándalo se extingue, y mis negocios han empezado a decaer. He sorprendido la mala fe de algunos capitanes balleneros, pocos de los cuales, atenedos a la fama de *estado independiente de piratas* que ha cobrado por tradición la legendaria isla, son los que se sienten obligados a cumplir sus compromisos comerciales. Esta isla no podrá librarse fácilmente de un extraño ambiente maleante que le dejaron como herencia sus antepasados. Algo que la hará siempre abandonada y menesterosa, a no ser que algún gobierno chileno se interese vivamente por ella, arrancándola del sombrío pasado. Su vida pastoril y patriarcal se ve constantemente rota por algunos sujetos ambiciosos que ven en ella sólo un objeto de lucro y de pereza. Hombres extraños que quieren poseerla sin conocerla, posesión esporádica y violenta.

Yo he llegado aquí con amor, cautivado por su geografía y su leyenda, he venido más bien a darle; he desarrollado algunas industrias, como ser, crianza de ganados y oveja, la siembra de trigo; el jardinero Charpentier, que llegó hace diez años de Francia, trajo una variedad de árboles y flores, que juntos hemos cultivado y se han multiplicado maravillosamente con el clima; las rosas, por ejemplo, son tan grandes y perfumadas, que, mirándolas

entre las quebradas, uno piensa que también se han vuelto salvajes, como los hombres...

La quinta Charpentier será, con los años, una de las grandes novedades botánicas del mundo; el clima extravagante de esta isla produce transformaciones y diferenciaciones especiales en la vida forestal y en toda su vegetación. Es curioso ver la pareja de los colibríes cuando liban las ardientes flores isleñas; el uno es verde y el otro, rojo, y más bien parecen la roja rosa con su tallo verde. Tengo a mi alcance el libro de un botánico alemán, llamado Poepig, que hace algunos años visitó Juan Fernández, como muchos naturalistas de fama mundial lo han hecho, y que dijo lo siguiente: "La pequeña pero célebre isla de Mas a Tierra aparece en la forma pintoresca de una montaña alta y dividida en muchos picos. De su falda se extienden, hasta la playa, profundas quebradas pobladas de bosques; mientras que la verdura de los cerros revela que el agua abunda en todas partes. La vegetación se parece más a la de las islas polinesias que a la chilena propia; el terreno, muy fecundo, es muy a propósito para el cultivo. Como único punto en medio del océano, atrae los vapores atmosféricos, recibiendo copiosas lluvias en una época en que el continente, situado en la misma altitud, carece totalmente de este agente benéfico. De ahí proviene que muchas plantas europeas se han vuelto silvestres, conservando así la memoria de los primeros establecimientos. Los oficiales de la fragata de Su Majestad Británica "Doris", que cruzó hace varios años estos mares, me aseguraron repetidas veces no haber visto nunca flores más hermosas que aquellas que crecían en los solitarios barrancos de Juan Fernández..."

"Además, se encuentra el rábano en todas partes, protegido por la sombra de la vid y del durazno. Con el antejo se distingue la chonta, una especie de palma con frutas parecidas a las uvas. El clima sería el más hermoso del mundo a no sucederse vientos muy fuertes y continuos. Una casa de construcción ligera usada en Chile no puede resistir a su fuerza, y todos los árboles que se encuentran expuestos a estos vientos vehementes se ven totalmente inclinados.

"Colonizada esta isla, por la tercera o cuarta vez, durante la república, en 1830, fué preciso formar cuevas en los cerros, para poder alojar a los habitantes intermitentes. Estas cavernas son grandes, pero húmedas y malas.

"En sus cerros inaccesibles se han refugiado las cabras silvestres y algunos perros, que los virreyes del Perú ordenaron a sus navegantes echar allí, para terminar con la alimentación de los piratas ingleses.

"Los animales vacunos no han podido prosperar, y se concluirán, sin duda, dentro de poco tiempo.

"Como estación para la pesca, tendrá Juan Fernández para el porvenir mucha importancia, desde que hay abundancia de pescado en un banco que se extiende a alguna distancia, pero en gran hondura. Bajo el nombre de "bacalao de tierra", se conocen varias clases de este pescado en el comercio chileno. Una especie de camarón, cangrejo grande de mar, se encuentra en abundancia entre las rocas, y sus colas ahumadas se exportan a otros países." (¿Langostas?)

Estableciéndose una población permanente, los buques no sólo podrían surtirse de agua y leña, sino tam-

bién de muchas otras menestras, pero para eso debía abandonarse el sistema español que las ocupó como presidio, y el republicano, que las consideraba como su *Botany Bay*.

En el siglo pasado se erigieron algunas fortificaciones, desde que la larga e impune permanencia de Lord Anson demostró al gobierno español la necesidad de una nueva ocupación militar.

Abandonada ésta más tarde, remitió el victorioso general Osorio un buque con patriotas presos tomados en todas las partes del país, dejándolos al cargo de una guarnición.

En 1821, un capitán de buque norteamericano celebró un convenio con el gobierno, para cazar las vacas silvestres, haciendo charqui.

Ocupaba también a varios marineros americanos y chilenos en la caza de lobos marinos, en las islas de Más Afuera, y se le conocía con el nombre de "King of the islands" (el rey de las islas).

Nada decían los sabios de un hermoso romance que por febrero de 1822 llegó a las playas de Juan Fernández. Nada menos que la hermosa y gallarda figura de Lord Cochrane acompañando a la distinguida escritora inglesa María Graham (más tarde Lady Carcott), ilustre pareja, que merece perpetuar su paso por la isla en algún romántico monumento perdido entre los helechos.

Cabe recordar que por esa fecha el héroe se encontraba dedicado al reposo, en una hermosa quinta que

había adquirido en Quintero, a la orilla del mar, cuando llegó una tarde a la bahía el barco inglés llamado "Coronel Allen", trayendo, como huésped, a la escritora María Graham. Después de una noche de agradables honores, resolvieron, con el capitán Crosbie, Grenfell y otros amigos, zarpar al amanecer para Juan Fernández. ¡Y aquella romántica expedición no tardó mucho en avistar la tierra querida de Lord Anson!... Dijo la propia María Graham, al regresar a Londres: "*It is the most picturesque spot I ever saw*".

Jamás había visto un lugar más pintoresco...; agregaba que hicieron un delicioso almuerzo a la sombra de una higuera, sobre rústico mantel formado por las tersas hojas de aquel árbol. Las frutillas y uvas de las antiguas vides españolas formaron el grato postre de los viajeros, y después de recorrer al día siguiente el bosque de Lord Anson, plantado todavía de fresas silvestres, de andrómedos y de olorosos mirtos —decía la viajera—, de pasear a caballo en una mansa jaca, propiedad de los isleños, y de comprar un poco de grasa para la cocina, llenaron los marineros sus barriles de agua y volvieron a continuar su curso hacia Río de Janeiro, donde el emperador Don Pedro I aguardaba a Lord Cochrane, el captor de "La Esmeralda", como a un libertador.

Según la escritora Graham, el agua de Juan Fernández era mejor para los buques y de mayor guarda que la de tierra firme.

Bucaneros y amantes, sabios y malhechores, conquistadores de fama y de fortuna, seres abandonados o deshechos por el infortunio, han dejado sus huellas en Juan Fernández; quieran la providencia y el patriotismo

ubicar dignamente este pedazo de Chile en el alma de sus hijos.

*

* * *

En 1882 hizo su aparición en la isla de Juan Fernández una poderosa flota inglesa, que venía de montar guardia en la guerra del Pacífico, y que, viniendo a la vela desde el puerto del Callao, se dirigió a la hermosa y legendaria isla. Esa flota, que paseaba arrogante las insignias de Nelson, estaba compuesta de las fragatas "Triumph" y "Champion", de las corbetas "Sapho", "Mutine", "Gannet", "Kingfisher" y "Thetis". La flota venía a las órdenes del almirante Lyon, y el arribo a Cumberland se hizo en medio de innumerables fogatas que los nativos encendieron a lo largo de la isla, como testimonio de respeto. La marinería, apenas hubo descendido, se dirigió al valle, donde Lord Anson ordenó a sus hombres "abrir una ventana en el bosque para ver el mar"...

Los marineros cantaron solemnemente "Dios Salve al Rey".

Al caer la tarde partió la poderosa flota, la que, no obstante ir erizada de cañones, llevaba en su seno una carga magnífica de flores de nuestra isla, que fué dejando caer sobre las aguas de la bahía de Cumberland a medida que se iban alejando.

¡Flores al heroísmo, sobre las gloriosas aguas del siglo XVII! ¡A la locura divina, a la odisea! ¡A aquel Lord Anson, que regresó una tarde a arrodillarse ante la Torre



Humildad..., trabajo..., paz...

de Londres, con treinta y dos carretas cargadas con el oro de los mares del sur!

Marchaba entre una recia custodia de tropa marina —dicen las crónicas—, al son de pifanos y tambores... La multitud se aglomeraba a lo largo del camino para aclamarlo. Y jamás en la historia del mundo un tesoro de tal magnitud (5.000.000 de libras esterlinas) había sido llevado por una sola expedición: la expedición de Lord Anson.

Septiembre 28... Lloviendo por ratos; llega el "Toltén" de Lota, en busca de náufragos. Después del mediodía sale para Más Afuera, llevando a Arredondo, Manuel Carrera y Bruno. Poco viento.

Buen tiempo. Vuelve el "Toltén" de Más Afuera, sin haber encontrado ningún rastro de náufrago. Regresa a Valparaíso, dejándonos un saco de galletas y dos sacos de harina.

Octubre 12... A lo lejos vemos pasar un barco.

Buen tiempo, poco viento. A las 2 P. M. llega la goleta argentina "Comandante Rivadavia". Ha puesto cinco días de Valparaíso a Buenos Aires. Compra un lindo toro en \$ 100 chilenos, y víveres frescos.

Abril 18. Jueves Santo. Buen tiempo; en la noche, chubasco de lluvia. Me había olvidado anotar que el 22 de marzo tuvimos una braveza de mar extraordinaria.

GERTRUDE LLEGA A VALPARAISO

Hacía algunas horas que el velero de Larsen había entrado en Cumberland. Como de costumbre, Alfredo fué a recibirlo a bordo. Quince años que Larsen venía a Juan Fernández, y quince años que el barón Alfredo de Rodth habitaba esta isla. Inútilmente no habían pasado por sus cabellos y sus ojos aquellos años de lucha.

Hoy la goleta traía un mensaje inesperado. Siempre trajo mensajes del continente; solía escribirle su gran amigo Vicuña Mackenna, y de Europa ya se habían terminado las noticias, pues hacía diez años que su madre había muerto. A veces llegaban diarios de Suiza o de Francia, que hablaban de sus aventuras en América, y mencionaban su vida en la isla, llamándolo "El Ultimo Robinson".

Esas mismas noticias traspasaban los muros del castillo donde Gertrude todavía esperaba una carta... una carta donde la llamara, pidiéndole compartir su soledad, porque sin duda los años y el ambiente de aquella fuerte naturaleza tendrían que haber desterrado toda sombra de rencor; la duda había tenido tiempo de morir en aquel corazón indomable... Gertrude iba a cumplir cuarenta

años, y su belleza era expresiva y perfecta, con la gracia de los árboles desarrollados, bajo cuya fronda los pájaros y los amantes encuentran una deliciosa protección.

No obstante, aquella carta no llegaba, y, decididamente, se embarcó para la América del Sur. ¡Qué largos fueron aquellos días! ¡Cuánta angustia dominando su ser, paralizando sus latidos! ¿Estaría vivo? ¿Envejecido? ¿Duro y cruel todavía? ¿O acaso los años suavizaron sus brutales rencores, su apasionado corazón? ¿Tendría mujer? ¿Sería una india, o alguna inglesa extravagante, de esas que van al Africa o a Tierra del Fuego? ¡Ay!... los días de navegación terminaron al fin, y Gertrude llegó a Valparaíso. Era de noche, y las luces centelleantes de la vieja bahía le parecieron como una joyería de Dios desparramada... Las altas lucecitas de los cerros le causaron emoción; este puerto de Chile estaba en la literatura de su juventud romántica, como Shanghai, Marsella, Singapur... Nunca, cuando leyó aquellos libros, pensó que lo conocería un día. Y qué día tan raro de su vida. Había cruzado los océanos, con sus rubios cabellos europeos cargados de perfumes, con sus pulseras de oro ciñéndole las venas azules de los brazos, con sus broderies suizos, sus finos encajes de Francia, y la luz del lago Neuchâtel sobre su delicado seno. Su seno rojo de amor por Alfredo de Rodth. El barco permanecería fondeado a cierta distancia del muelle, esperando el amanecer, la primera hora del día, en que las autoridades ordenaran su entrada en el puerto.

Fué imposible para Gertrude dormir; más de una vez entró en su camarote, tratando de abandonarse, de reposar su ardorosa sien. Pero, impulsada por una fuerte

ansiedad, salía de nuevo a cubierta, al aire fresco de la noche. Este era el puerto de Valparaíso; desde aquí partiría a Juan Fernández, al fin a la esperada isla. Nunca sus cartas fueron contestadas. Ahora venía por él, dispuesta a compartir su vida, por dura y extraña que fuera. Algunos hombres se habían acercado bogando en la oscuridad, y dirigieron sus linternas hacia el lugar donde ella se encontraba. "Señorita, ¿quiere venir al puerto?"... "Señorita —repitió Gertrude—; qué linda palabra castellana; es fina como una paloma...; me gusta este idioma; Alfredo lo hablará admirablemente"... Empezó a amanecer, y las gaviotas revoloteaban con las primeras luces, como si trajeran en sus picos la correspondencia del día.

"¡Al fin terminó la noche!"..., murmuró.

Ahora ya estaba caminando por las calles, con ese paso cansado y torpe de las gentes que acaban de desembarcar. Sus bultos fueron confiados a un viejo cargador, que la seguía como un humilde perro. Tomaron un coche de caballos, cuyo conductor supo indicarle el mejor hotel de esa época, el "Viña del Mar", y rápidamente inició sus primeras averiguaciones para trasladarse. Fué el mismo dueño del hotel, un señor Quiroga, quien con un champurrado francés acompañó a Gertrude en sus gestiones. Primero fueron a la Capitanía de Puertos, pues era allí donde esperaba saber algo sobre De Rodth.

Llevaba más de veinte minutos esperando ser recibida, cuando la voz del mismo capitán se escuchó agradable y clara:

—¡Adelante, señorita!

Ella se puso de pie, como alguien que no quiere morir, se pone de pie y sale del ataúd. Estaba helada, y no

sabía por qué sintió que todo la aplastaba; estaba frente a un señor vestido con un traje blanco, con galones de capitán; el hombre era agradable, y también eran blancos sus cabellos.

—¿En qué puedo servirla, *mademoiselle*?

Gertrude se había sentado y comenzaba a serenarse.

—La señorita quiere ir a Juan Fernández —dijo Quiroga.

—Por favor, puede usted retirarse, que yo comprendo el francés, y hablaré con ella.

Al mismo tiempo que cerraba la puerta, el viejo capitán y Gertrude se miraron familiarmente.

—Señor, quiero que usted me ayude a tomar un velero para ir a Juan Fernández; soy la novia de Alfredo de Rodth...

El capitán, que era amigo de Larsen y conocía la historia del antiguo romance, se quedó mirando con los ojos clavados, mudo, sin atinar a nada. ¿Era ésta Gertrude, la novia que quedó abandonada en el castillo? Y ahora estaba aquí, frente a él, en esta miserable pieza de madera del puerto, donde un escudo trataba de darle dignidad a aquella destartalada habitación...; pero si era una reina; qué linda se veía su cara llena de lágrimas bajo el amplio sombrero de paja...; qué fina su cintura, amarrada por un lazo azul de terciopelo; qué breve y delgado su pie, maravillosamente calzado; pero si era un sueño...; ¡y esta criatura divina había cruzado los mundos para venir a buscar al bárbaro de Alfredo de Rodth!

—¡Pobrecita!... —dijo en español, y Gertrude sintió por segunda vez el encanto de otra palabra castellana; la hubiera repetido si su boca no hubiera estado llena



Nils, hijo de Blanca Luz, en los brazos de Dámaso de Rodth, nieto del barón de Rodth, pescador de Juan Fernández. (Foto de V. Bravo.)

de llanto—. Pero, hija..., ¿no sabe usted que el barón se ha casado?

Gertrude contuvo su pena; dejaron de rodar las lágrimas que acudieron evocadoras, como acude siempre el llanto de las mujeres apenas las nubes cruzan el cielo y una ráfaga anuncia la tempestad; después sucede que cuando llega la tempestad y se desploma el mundo, el alma ya está recuperada. Así le sucedió a Gertrude.

Una sola pregunta puso fin al dramático diálogo:

—¿Tiene hijos?

—Sí...; varios.

Aquello había terminado.

Al otro día, el capitán del puerto de Valparaíso recibió una carta donde le pedían hacer llegar un gran sobre lacrado a las propias manos de Alfredo de Rodth. No le fué difícil imaginarse de lo que se trataba.

En la última hora de la tarde el barco que había traído a aquella europea enamorada regresaba nuevamente a El Havre.

Dos meses después la carta llegó a manos de aquel a quien estaba destinada, y ése es el día en que encontramos al barón conversando con Larsen en el viejo mueble de la isla. Algo vió el barón en la cara de Larsen, antes de que éste hiciera el ademán de entregarle el sobre, que le pareció desconocido y extraño; le vino a la memoria el día en que Larsen, como ahora, arribó cargado de sombra, trayendo la noticia de la muerte de su madre. Pero ya nada podía herirlo.

Aquella había sido y seguía siendo la última herida de su vida. La que manaría siempre una sangre invisible y ardiente, impulsando el oleaje violento y sin tregua de

su corazón. Sólo él podía escuchar ese jadeo, o ese silencio tan sepulcral como el de los farellones del lado norte de la isla. ¡Su madre había sido el amor de su vida!

Un instante duró aquello. La nieve volvió como había quince años a circundarlo como un cerrado círculo, y sobre su pecho volvieron a pasar los galopes de los escuadrones..., el castillo y la risa de su novia... Con esta carta volvieron los fantasmas que él necesitó tantos años para enterrar.

“¡No! —gritó violentamente—. ¡Aquí no entrarás, Gertrude! Tu risa no se escuchará en las quebradas donde los helechos esparcen sus húmedas penumbras. Tu pecho no nutrirá a mis hijos. Mis hijos que han de nacer pescadores y carpinteros.

”Mis hijos no exprimirán el pezón que antes mordió la lengua de una víbora...

”¡Ni tú ni él! Hasta aquí no llegarán la traición y el escarnio”...

Y un ángel apareció, como hace dos mil años, con una espada de fuego en la puerta del paraíso.

Alfredo de Rodth había subido sin sentir la empinada cuesta que mediaba entre el muelle y su hogar, y sólo la voz de su mujer le advirtió que estaba entrando en el jardín de su casa.

—¿Qué noticias trae la “Inoa”? ¿Qué dice esa carta que tienes en tu mano?

—¿La carta? ¡Ah sí!...; me hablan de un tesoro en la isla de San Félix y San Ambrosio; pero no me interesa... Mi tesoro está aquí..., mi tesoro está aquí... —repitió con un gesto amplio y definitivo, abarcando el paisaje triangular de la isla.

Los hijos del barón empezaron a subir la cuesta, siguiendo el rumbo de su padre.

Descalzos y despeinados, hijos de aquella geografía abandonada, cuya historia los hombres repetían a través de las edades.

Abril 3.

Nublado, garúas desde las doce. Mar muy mansa. Llega un bote con ochenta y cuatro langostas. Otro bote con quince cabras, y ocho perros alzados y muertos en la punta S. de la isla. Tres botes pescando mar afuera.

Abril 21.

Llegada del buque ballenero "Jane Martin", Compañía Chilena, capitán Liner; cruzando seis semanas. Una ballena.

Buen tiempo embarcadero de leña en el Pangal.

Embarcamos leña desde el Minero.

Llega el "Nautilus" y embarca nueve cuerdas de leña. Capitán Morse. Ha llegado junto con el "Matilde Liers", de Talcahuano, y el "Cap Pigeon", todos balleneros; en este último vienen el capitán Baker y su señora.

Mayo 1.º.

Regresan mis botes con trece cabras y varios lobos.

Chubasco; tiempo variable; marea muy alta.

Debe ser triste la vida de estos capitanes balleneros, que permanecen meses y meses en el mar, lejos de sus hogares, a merced de gruesos mares y peligrosas faenas.

Hoy, 20 de mayo, ha llegado el ballenero "Fleetwing", de New Berdford. Capitán Heppenstone. Necesitaban 35 toneladas de lastre. En la noche, temporal del norte muy fuerte.

31 de mayo.

Temporal del NE. Braveza de mar como nunca antes la vieran los más antiguos nativos de la isla. El canal ha sido destruído por las olas. En la tarde, viento por el SO.

MUERTE DE LARSEN

Una brisa suave jugueteaba en la copa de los pinares y levantaba un breve murmullo de hojarascas al rodar por la falda de los cerros.

Se inundó de luz la bahía y fué menos bronco el fragor del oleaje en los enrocados. En lo alto, el viento SE. arrastraba cúmulos menudos.

Una vez más la noble barca del capitán Larsen se retiraba, como una dulce madre embarazada. Exactamente doscientas toneladas de maderas para el continente. Era increíble ver cómo aquel pequeño pedazo de tierra se prodigaba en forma infatigable y generosa. Cueros de lobos, grandes barriles de aceite, colas amontonadas de langostas saladas, y la luma, la chonta y el naranjillo exhalando un perfume más fuerte que el mar.

Máxima carga de la isla.

La despedida fué intensa, pero no fué alegre. Alfredo de Rodth había perdido, con su juventud, el brillo de su conversación, de aquellos relatos que más de una vez hicieron inolvidable el paso por Juan Fernández, y que sellaron la amistad entrañable del viejo marinero y el barón. Se había vuelto recóndito y taciturno; no podría

afirmarse que cruel, porque en la profundidad de su alma se salvaría siempre el mensaje de amor que Dios le puso. La vida isleña, ruda y fuerte; el engaño y la villanía, la falta de cooperación y de interés, la indiferencia y la abulia, le fueron tendiendo un lazo sórdido y firme. Al fin él era un hombre de otra raza, con otra educación y otra alma; natural fué que cayera indefenso. ¿Acaso el barón de Rodth no fué sólo un soñador?

Se despidieron a bordo, y era casi de noche cuando el bote empezó a desprenderse del costado del barco y a bogar lentamente hacia el muelle. Al saltar a tierra, De Rodth ordenó que se encendieran hogueras a lo largo de la playa; tal era el gesto tradicional isleño desde la época de Selkirk, pero que desde hacía algunos años se había abandonado, tal vez por ese estado de melancolía y silencio que inundaba el corazón de su dueño. Pero en este atardecer grisáceo y enigmático Alfredo sintió regresar desde los ámbitos remotos del pasado un extraño y definitivo impulso.

Las llamas que fueron levantándose, una tras otra, amarillentas, rojas y veloces, le causaron primero un arrebatado de valor, de ardor, un fuerte deseo de vencer, de domeñar la brutal realidad de aquel pedazo de tierra, como si aquella claridad reflejada en el agua de Cumberland y aquel rápido fulgor que subió a los cerros hubieran subido a su alto y escondido ser, bañándolo de luz.

Luego, cuando las piras amortiguaron sus llamas hasta el suelo y sólo brasas y cenizas quedaron de aquella despedida, terriblemente solo en la orilla, pensó en la lejanía del mundo, miró hacia el horizonte, donde ya ape-



Luis de Rodth, pescador, hijo mayor del barón Alfredo de Rodth, da la bienvenida a la autora de "El Ultimo Robinson", al pisar ésta por primera vez las arenas de la isla, en el verano de 1952.

nas se veían las pequeñitas luces del velero de Larsen. Nunca como ahora había sido tan fuerte el deseo de retener las manos de su amigo, ¡las manos de su mejor amigo! "Debieran volver a derramarse las cerezas en los caminos —pensó—; deberían volver las varas de los nardos, Jesús otra vez con su traspasada figura... ¡Dios mío, estoy abandonado!" Un sollozo desgarrador y humilde, como hace dos mil años, sacudió aquella arquitectura humana, perdiéndose en la resonancia del mar.

.....

Parpadeaban imperceptiblemente las débiles llamas de los faroles de posición. En la cámara, una pesada lámpara de aceite balanceaba la majestad de los fúlgidos bronce, mientras su luz oscilante ceñía los móviles contornos de los cortinados.

El timonel, silencioso, enarcó las cejas para ver mejor la relinga de la escandalosa de la mayor y luego trató de evitar que flameara el velamen. En seguida dirigió su mirada al compás.

Sólo el silencio animado de las aguas al ser agitadas por los vientos de los cuatro cuadrantes.

Aumentaba el viento. El velamen sufría violentos sacudones, que hacían temblar la embarcación. Preocupado, "El Lobo Larsen" fué al cuarto de derrota a observar el barómetro. Una leve bajada y su propia experiencia le indicaron que el mal tiempo no tardaría en presentarse.

Rápido subió a la toldilla y ordenó alzar las dos guardias. Cargaron y aferraron escandalosas y cuchillas. Después tomó dos rizos a las mayores. En un instante el

noreste rubricó su violencia con finos trazos blancos sobre las olas tormentosas. La tempestad había llegado. El celajerío, lento al comienzo, era ahora veloz. Las ráfagas se sucedían con mayores intermitencias y más recias.

Encoraba la nave peligrosamente; a veces más; pronto se erguía desafiante, airosa. Las velas se llenaron de viento y, potentes, comenzaron a arrastrar como salvajes caballos a la nave sobre las aguas. Corrían de extremo a extremo los marineros; la voz de mando del capitán llegaba remota y fragmentada a sus oídos; eran las dos de la mañana, y ya estaban extenuados de frío, rendidos y angustiados. Llevaban cinco horas de terrible bregar, cinco horas calados de frío y empapados, resbalándose y cayendo entre las olas que, bullidoras, cruzaban la cubierta; de pronto, "El Lobo" aproó al NNE. y se puso en una capa cerrada; había que capear el temporal a toda costa... Apoyado en la bitácora, daba órdenes al timonel para evitar que el buque se tomara por delante, lo que habría significado la pérdida total del velamen y quizás de la embarcación.

Olas enormes remontaban el caperol y corrían por sobre cubierta. La violencia del temporal iba en aumento, y con él, los bandazos que experimentaba la pequeña nave. Era rudo el castigo. A veces parecía que sus flancos querían agotarse. Los rostros estaban dramáticamente serios. Los ojos de los hombres miraban con pavor las olas y luego buscaban ansiosos la figura del capitán. He allí cómo un hombre, en un instante, se transformó en el centro del universo para un puñado de almas. Es la fuerza misteriosa que pone el mando en aquellos que lo saben sobrellevar, y es difícil sustraerse a su influencia.

Allí está, en la toldilla, una mano agarrada de la jarcia, la otra en la pipa, con su gesto de siempre.

La lluvia limpia la sal que dejan las olas sobre su impermeable negro, y que rompen contra el costado al ser abatidas por el furioso viento.

Empieza a amanecer, y con la luz del alba una extraña sensación posee los corazones. ¿Por qué no quiere venir la calma?

¿Dónde están los vientos galenos del SE., casi femeninos, al recostarse sobre la mar rizada?

Sólo el mar cabalgando en corceles piafantes y una oscuridad fragorosa. Un grito.

—¿Quééé?...

—¡Capitáááán!...

Se prolonga el grito y lo ahoga una ola.

Alguien, sujetándose de los cabos, trata de correr. Cae... Una ola lo arrastra hasta la escotilla.

—¡Capitááán!... ¿No llega la voz?... ¿Por qué, señor, no me oye?...

Es el viento y el mar que la esconden.

No..., si ya ha oído. Ya viene... Cómo no iba a oír él...

Baja la escala como un perro de presa, olfateando, y se dirige al castillo.

Nadie en cubierta.

—¿Qué diablos?...

—¡FUEEEGO!...

Sí; humo..., humo acre de incendio... Y luego un resplandor ilumina la cubierta y se abraza al dorso de una ola.

—¡Pronto, armar las mangueras!... Alista la bomba a mano... ¡Eh, tú, rápido los baldes!...

Crepita la madera reseca al quemarse, y se entabla la lucha.

Silenciosos, arman una carrera de baldes. De a poco, el capitán va conociendo los detalles; el farol de aceite había caído al suelo de su gancho e inundó el piso del rancho de la tripulación.

Rápidamente prendió la madera. Mientras tanto trataron ellos de sofocar las llamas. Pero fué imposible.

Gritaron llamando al capitán; pero la angustia extinguió la voz en sus gargantas. El fuego invadió el pañol de pinturas y de súbito hizo su aparición en la cubierta del castillo.

Sus llamaradas enlazaron la trinquetilla. Pese al viento y la lluvia fueron adhiriéndose al palo trinquete y minando su robustez. El fuego ganaba terreno; "El Lobo Larsen" se detuvo en medio de la cubierta y, mirando al cielo, rugió:

—¡Dios mío! ¡Son las maderas de la isla! ¡El pan de Alfredo de Rodth!

Pero nada podía ya contra el alud de fuego; crepitando caían los palos sobre el mar; el capitán ordenó alistar los botes salvavidas, y en un instante estuvieron claros los aparejos y la gente atenta. Mientras, se instalaban los sacos aceiteros para aprovechar la deriva de la embarcación.

"El Lobo" reunió su gente en la toldilla y les instruyó con frases breves y claras:

—Aquí están los documentos de la nave. Los paños de los botes contienen alimentos para subsistir ocho o

diez días. Depende de ustedes. Si consiguen llegar al continente, preséntense a las autoridades marítimas. Buen viaje, niños, y que Dios los proteja. No olviden, durante el día gobiernen siempre hacia donde sale el sol, y por la noche, proa al lucero... Traten de no separarse. ¡Listos! ¡Embarquen! Yo arrió los botes...

—¿Y usted, capitán?

—¿Yo?... Yo regreso al lugar de donde he venido.

—Pero..., ¡capitán!

—¡Basta; embarcar, he dicho!...

Alzó en vilo a un rezagado y lo instaló dentro de un bote. Agarró ambos halares, y en una "empopada" de la embarcación arrió en banda. Rápido desengancharon los aparejos y desatracaron del costado. El otro bote también fué arriado con felicidad.

Los vivos resplandores del incendio se extendieron por el mar; luego el alba los cobijó en su seno.

La goleta vibraba en su agonía trágica. Se habían rendido el trinquete, mayor y bauprés en teas, que una mano gigante había abatido.

Dejó de llover; el viento arrastró las chispas hacia popa y comenzó a arder la toldilla, acorralando al "Lobo" en su reducto. Trincó la caña que giraba loca de una a otra banda, y lentamente se dirigió a la cámara; en ese mismo instante amanecía y el mar de golpe recuperó la calma; supremamente elegante, miró hacia la luz que venía, como invitándolo a vivir, a luchar todavía; pero él descendió, terriblemente pálido y sereno, paso a paso, la escala de su cámara y se internó en ella. Una vez allí sacó su uniforme, se vistió, cargó la pipa y la prendió.

Desenfundó un viejo acordeón, se acomodó en su poltrona preferida y comenzó a tocar una canción marinera. Bailaron las imágenes al compás del recuerdo...; la sala se fué llenando de sombras, que la luz del día no logró borrar.

LOS NAUFRAGOS

Fué una tarde de invierno cuando Alfredo de Rodth, apoyado en la vieja baranda del muelle, vió surgir de pronto en el confín del mar dos pequeños, casi invisibles puntos. Primero pensó en la presencia de algunas ballenas o de tortugas, que a veces flotaban, gigantescas, aproximándose a la playa. Como sus ojos estaban fatigados por los años, pidió a uno de sus hijos que fuera por un catalejo al hogar; cuando el niño hubo regresado corriendo, el barón dirigió de nuevo sus ojos a la lejanía, ahora con la ayuda requerida; no pudo dominar una exclamación de asombro:

—¡Dos botes vienen remando hacia acá! ¡No hay pescadores de Juan Fernández en el mar!... ¡Esos botes están llenos de hombres!... ¡Deben ser víctimas de la tempestad!... Pronto, arreglad la bodega, lanzad botes al mar para ir a su encuentro... ¡Lucho! ¡Fermín!... ¡Víctor!... Los botes. ¡Los botes!... ¡María!, id por frazadas, ron, alimento... Tened todo listo en la orilla...

Ya los botes se desprendían con toda la premura deseada, y en el primero partió el barón de Rodth... Algo secretamente angustioso impulsaba la fuerza de los

remos; miró hacia el cielo y, sin palabras, rogó a través de la impasibilidad de las nubes, de la indiferencia grandiosa. El ruego más grande es el que se eleva en silencio, el que no espera respuesta, el de los seres que han luchado y sufrido. Ahora ya estaban aproximándose unos a otros; veinte minutos más, y sería fácil reconocer los rostros de los hombres de Larsen.

—Don Alfredo, ¿puede usted distinguir el nombre de los botes?

—No todavía...

Los botes de la isla bogaban con fuerza, subiendo y bajando entre enormes olas... Víctor insistió:

—¿No serán náufragos de la "Inoa"?...

—¿Qué leen ustedes?... ¿"Inoa"?

Ya no había dudas; el nombre familiar del velero de Larsen aparecía perfectamente claro escrito en los botes cada vez que bajaban las olas...; el barón de Rodth no demostró sorpresa; su rostro, fijo en los náufragos que se acercaban, denotaba un terrible sufrimiento; sus ojos tenían una luz extraviada; luego murmuró con desazón y reproche:

—¿Por qué hieres así a tu hijo? Te he dado lo mejor de mi alma.

Cuando los náufragos de la "Inoa" pisaron las arenas de Cumberland, Alfredo evocó las historias de otros náufragos que los antecedieron. Luego de ordenar el alojamiento de aquellos hombres, se dirigió solo y sombrío por el camino de su casa, oscuro y doblado como si un cielo negro lo aplastara. Iba por el camino recorrido durante veinte años, entre las polvorientas huellas que dejaron los pies desnudos de sus hijos. La senda atravesada por An-

tonia, dulce y pesada con la maternidad; después, llevando la carga viva de los niños. ¡El camino de Larsen!, el de las radiantes madrugadas, que oyó los cantos, las músicas, las conversaciones de la familia De Rodth. El camino, al fin, por donde hacía dos meses había pasado el féretro de Antonia; lo llevó entre sus brazos, no permitiendo que nadie lo cargara, y descendió abrazado a él camino del mar, como si fuera a internarse en el océano; luego dobló en dirección al pequeño cementerio, y lo depositó como a una gavilla de trigo sobre la tierra.

Y había llegado... Los muros, los muebles..., las cosas, le parecieron lejanos y desconocidos... Sus hijos no habían regresado, y sintió desplomarse sobre su ser la soledad y el infortunio del mundo...

Isla de Robinson Crusoe..., año de 1895...

El naufragio soy yo, el que flota desesperado entre brutales mareas; mirad mis bienes en el fondo del mar. Mi mujer muerta. Mi mujer, que no puedo olvidar; siento su risa en las quebradas de la isla; su sombra, entre las sombras de las tardes; su blanco vestido flotando en el viento del mar; la veo siempre partir en cada bote que zarpa de la playa... Cantando entre ruedas de niños en las claras noches de luna... Bajar los caminos de la isla, siempre corriendo, adelantándose a mi paso. Como si estuviera viva, me besa en el aire que pasa; dondequiera que vaya, va conmigo, y cuando duermo se aleja para descansar, y vuelve apenas yo la busco con mi corazón

desesperado. Hoy debo partir...; debemos partir, Antonia, abandonar esta tierra.

*

* *

Era el mandato de la luz, ponerse de pie, el "¡Levántate y anda!" tan antiguo, alejando la vacilación y la cobardía. La suciedad de la tristeza, el acento quejumbroso, la derrota, las muletas de lisiado. Llorar, sí, con el llanto dulce y humilde de los niños, sobre el pecho de los hijos y de los amigos. Reconociendo la impotencia humana ante los designios de Dios; la inutilidad de la soberbia, de la riqueza, la inutilidad de la fama, la inutilidad del poder. Mares de llanto, de dulce y humillado llanto, por todo el tiempo equivocado, por todo el tiempo perdido. Llanto por no haber amado bastante, por no haber perdonado bastante.

—Don Alfredo... ¿Se puede?...

Un rayo largo de luz se extendió como un camino desde la puerta que se abría hasta el rostro cubierto de lágrimas de Alfredo de Rodth.

—¡María Eugenia!

Suave como un ángel, entró la niña. Traía sueltos todos sus rubios cabellos, y, como andaba descalza, podía llegar delicada y sin ruido a todas partes.

—Entra —dijo el barón, poniéndose de pie—, y ayúdame a arreglar un atado de ropa. No olvides mi tabaco y mis pipas.

—¿Se va usted, don Alfredo?

—Sí, mi hijita; voy a empezar de nuevo.

—¿A dónde va?

—Al puerto.

—¿Quiere que lo acompañe? Me parece que usted está enfermo...

—No estoy enfermo, y debes quedarte aquí. Eres la única mujercita; te ves muy grande con tus cabellos largos y con esas faldas a media pierna que te pones. Debes cuidar de los niños y de toda la casa. Aquí te necesitan.

El barón trasponía ya el umbral de la puerta, cuando apareció Lucho.

—¿Se va, don Alfredo?

—Sí...; quiero partir en ese velero que ha llegado por langostas.

—Por qué no espera que mejore el tiempo; en diez días más llegará del puerto la "Fiera Mosca"; en ella podría irse...

—Siento que ha llegado la hora de irme; sólo Dios podría detenerme.

—¿Cuándo regresará a la isla?

—Cuando Dios quiera. Mientras tanto cuidad todos de mis hijos..., protegéd el hogar hasta mi regreso.

Con paso resuelto avanzó hacia el muelle.

Desde hacía cuatrocientos años innumerables náufragos poblaban la soledad de la isla. Tripulaciones de vagabundos y miserables, náufragos de oscuras tempestades que amanecían exánimes sobre las blancas arenas.

Al caer la noche del 11 de octubre de 1690 recaló en Juan Fernández el capitán Strong, y con asombro divisó en medio de la espesa selva la viva luz de una fogata. ¿Eran náufragos? ¿Soldados del rey de España? ¿O tal vez el demonio, que en esa época intervenía a cada rato en los asuntos misteriosos? Llegaron al fin hasta la luz, con muchas precauciones y armados hasta los dientes, cuando de pronto sorprendieron a cinco hombres semidesnudos, de barbas tan largas, que hubieran podido acostarse en ellas, jugando con enormes dados bajo el resplandor de las llamas, mientras, al lado, un cabro se asaba ricamente entre las brasas.

Eran hombres de la tripulación de Eduardo Davis, que desde hacía tres años se habían quedado voluntariamente poblando la abandonada isla. Vivían felices en su

primitiva soledad, olvidados del mundo, y hubieran continuado mucho más tiempo todavía, si el capitán del "Welfare" no los hubiera instado a tentadores botines que los esperaban en los peligrosos caminos de los mares del sur. Las costas de Chile y de Perú estaban llenas con cargamentos de oro, y los viejos galeones españoles, muy a mano de la astuta filibustería inglesa. No había tiempo que perder y abandonaron Juan Fernández...

A la entrada del río Guayaquil, y en la isla de la Puná, un tesoro escondido por anteriores filibusteros despertó la codicia de los hombres de Strong, reteniéndoles allí un buen tiempo. Años más tarde se conocieron algunos detalles. Entre otros, que el tesoro de Guayaquil había sido encontrado, y vuelto a traer a la isla de Juan Fernández con el propósito de guardarlo hasta tanto se dirigieran definitivamente a Inglaterra. Verdad o no, la historia de tesoros enterrados en la isla no tiene fin. Catorce años más tarde, y por segunda vez, siguiendo las huellas de Strong y en empresa muy semejante, navegaba a estas mismas alturas el navío "San Jorge", de 26 cañones, al mando del famoso bucanero Dampier, filósofo, descubridor y autor, que gozaba de gran fama por remontar las tormentas del cabo de Hornos, visitar las Indias Orientales y anclar, tres años, entre las escampavías de Campeche. Se incorporó en una expedición bajo el mando del capitán John Cooches. Al escribir sus admirables memorias, él mismo destacó cómo en más de una ocasión dirigió las maniobras del abordaje, yendo a la cabeza del ataque con el clásico chafarote de los piratas en la mano.

Como otros de su rango, venía habilitado por ricos mercaderes de Londres.

Era un viejo marino, conocedor experto de aquellas travesías, y la nave que estaba a su mando venía acompañada de una galera armada con 16 cañones y 63 tripulantes. La comandaba el capitán Pickring y se llamaba pomposamente "Cinque Ports", siendo segundo el capitán Stradling, hombre duro y altanero, que al morir Pickring, extrañamente, durante esta navegación, pasó a sucederle en el mando de la nave. Como tercer piloto venía un joven de 27 años, llamado Alejandro Selkirk, natural de Largo, aldea del condado de Fife, en Escocia; había nacido en 1676, y era el menor de una humilde familia presbiteriana, que supo inculcar al muchacho ideas profundamente religiosas, las que más tarde sirvieron para fortalecer su alma en la soledad pavorosa a que lo lanzó su aventura.

Dijimos que había nacido en 1676, es decir, en la fecha rigurosa en que nacía la vida bucanera. No había ciudad ni aldea que escapara de la sugestión apasionante que creaban los aventureros de los mares del sur. De lejanos puertos partían las historias que, al correr de boca en boca, adquirirían mayor fantasía: jóvenes que huían de las palizas hogareñas, de rígidos hogares ingleses, malos estudiantes, marinos y poetas en ciernes, bandoleros y buscadores de riquezas, idealistas y ambiciosos formaban las falanges de tripulaciones que llegaron a ser famosas en la historia del mar. Pero ninguno igualó su fama a la de aquel muchacho de carácter rebelde y religioso, cuyo nombre quedó grabado a través de los siglos en una primitiva cueva de la isla de Juan Fernández, y cuya his-

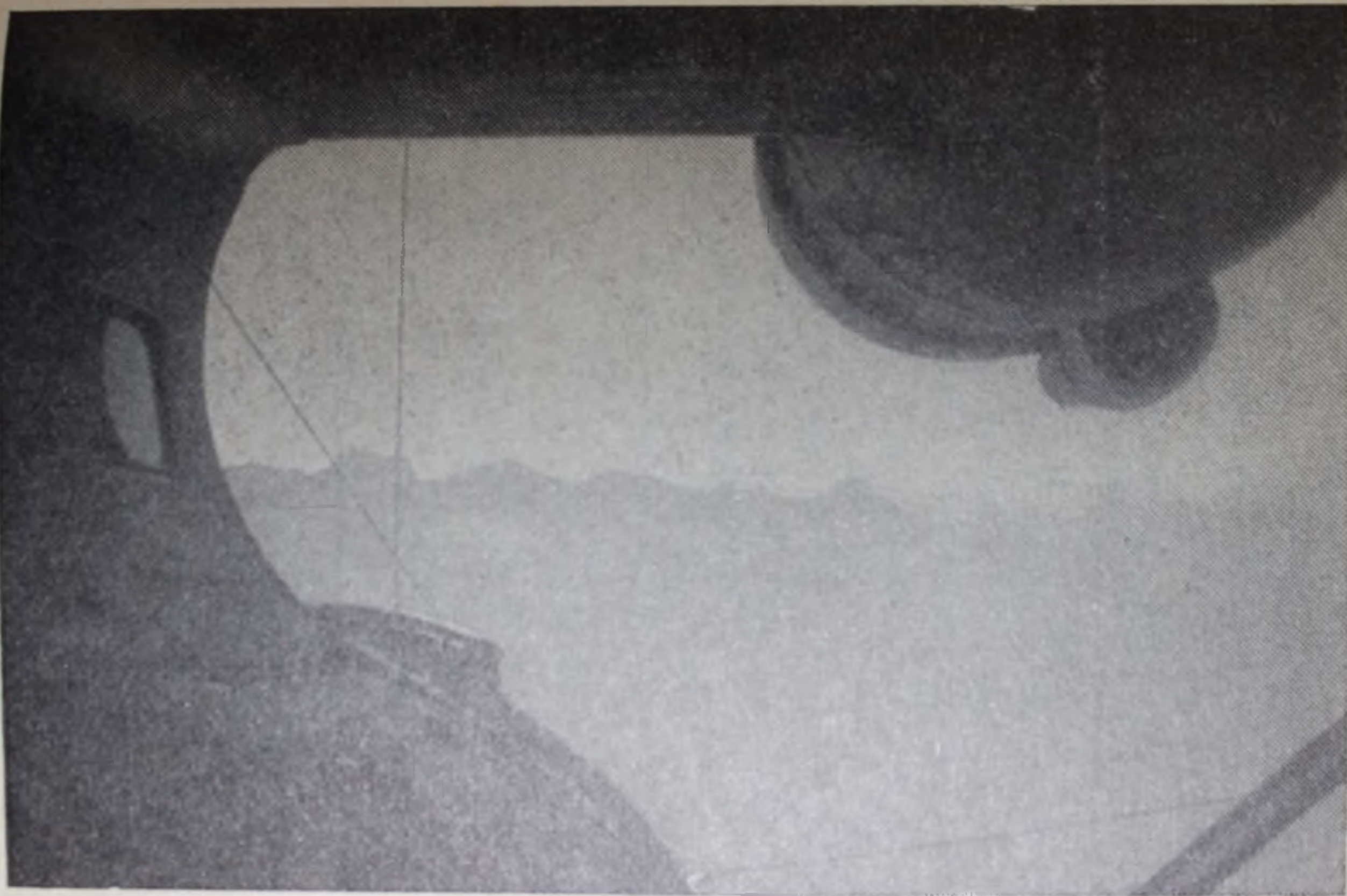
toria ingenua y preciosa repetirán los niños en todos los idiomas de la tierra: ROBINSON CRUSOE.

*

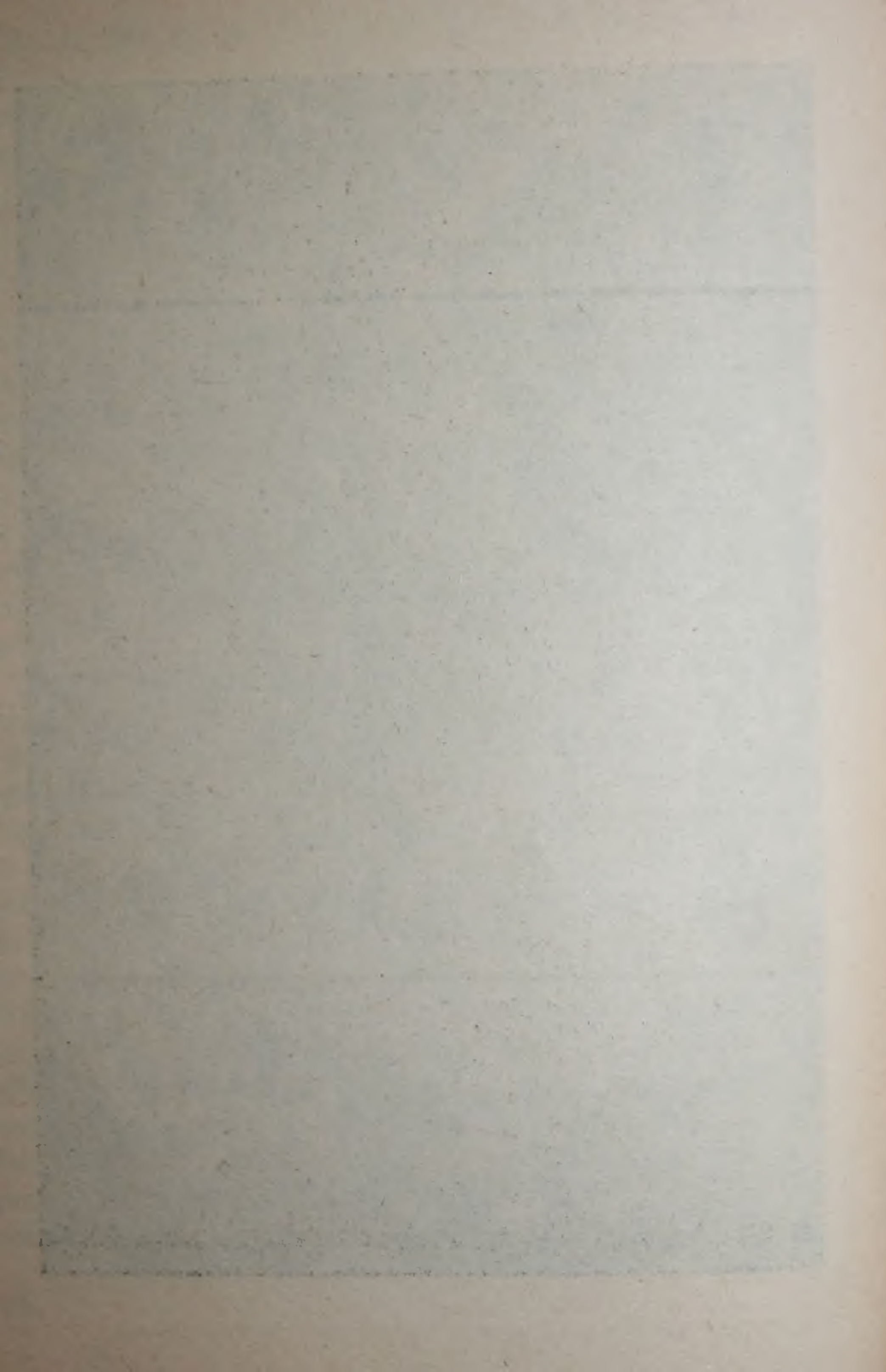
*

Dampier, jefe indiscutible de la expedición pirata, pensaba apresar un galeón que esperaban se haría a la vela desde Montevideo con tres millones de pesos, en doblones españoles, pero habiéndole fallado la cacería, se dirigió tranquilamente a la espera de novedades, al clásico lugar de los *rendez-vous* filibusteros: Juan Fernández. Y el 10 de febrero de 1704 arribó a la bahía de San Juan Bautista, que así se llamaba por entonces, hasta que Lord Anson, en 1741, lo cambió por bahía de Cumberland.

La "Cinque Ports" ya estaba allí desde hacia cinco días, con su gente totalmente amotinada contra el despótico y brutal Stradling. Como en un incendio se propagan las llamas y corre por las cubiertas y suben las lenguas de fuego por las barandas y las vergas, así corrieron el descontento y la rebelión por los dos barcos, producto del poco éxito registrado en la aventura, la mala alimentación y peor trato. En eso estaban, cuando apareció un barco francés, poderosamente armado, dispuesto a pelear y disputar hasta la muerte el dominio por el contrabando de los mares con sus competidores ingleses. Un recio cañoneo, que, sin previo anuncio, hizo retemblar las cumbres de las islas, sorprendió a las naves de Dampier. Hicieron muertos y heridos, y en la precipitada huida quedaron abandonados en la playa cinco marineros y un negro, que no alcanzaron a tomar los botes.



Hoy... Los hidroaviones de la Fuerza Aérea de Chile amarizan sobre las aguas de Lord Anson, Alejandro Selkirk y De Rodth. (Foto de P. Scotti.)



Andando el tiempo y necesitando gente, el capitán Stradling regresó nuevamente a Juan Fernández, deseando recoger a aquellos hombres, cuya suerte le inspiraba curiosidad, además de ser esta isla lugar indicado para reponerse y tomar tregua. Los disgustos entre Stradling y su tripulación no habían desaparecido, y más de una vez Selkirk fué arrastrado a los calabozos por el propio capitán. Quiso Dios que al arribar a Juan Fernández el buen muchacho se encontrara en libertad, y, apenas consideró oportuno, cogió la Biblia, manjar de su alma; un fusil, un hacha, una libra de pólvora y un poco de tabaco. Ya estaba listo el equipaje del solitario, el equipaje de un hombre que, al elegir esa vida de apartamiento y soledad, estaba creando la aventura más seria entre el hombre y Dios. En aquella maravillosa y desconocida isla, entre cielo y mar, transcurrieron sus días y sus noches interminables, días de terribles silencios, interrumpidos con los truenos del océano o con los aquilones del invierno. Año tras año, había olvidado el día en que eligió su destierro, y la agonía sobrecogió su alma cuando vió perderse en la lejanía las velas de la galera de Stradling... Ahora estaba entregado a una soledad ardiente y pura, sin ningún roce físico de vida; sólo el mensaje misterioso del cielo llegaba dulce y fuerte a su corazón.

Después de procurarse sustento en el mar, o en la cacería de alguna cabra, Alejandro Selkirk escalaba la cumbre de un monte, desde donde divisaba el remoto horizonte buscando la vela de algún barco. Al caer la noche encendía una enorme hoguera que servía para darle calor y al mismo tiempo advertir su presencia humana a aquel que acertara a surcar los lejanos mares.

Había construído en un lugar protegido del bosque, y en la falda misma del Yunque, dos pequeñas chozas. Una le servía para dormir y elevar sus oraciones, y la otra, de cocina. Un agua pura de vertiente corría por su misma puerta, bañando el pequeño huerto cargado de ricas hortalizas, plantas que desde hacía años dejaron a su paso algunos jesuitas españoles. Cuando salía por dos o tres días de excursión a explorar la isla, siempre llevaba consigo una pequeña carpa fabricada con pieles secas de lobos. Un clavo sacado de la tabla de un naufragio le servía de aguja, con la cual no sólo había fabricado su toldo, sino también su traje y su gorro de piel, tal como aparece en el monumento que se levanta a su memoria en una plaza de Escocia.

Y es precisamente en Edimburgo, esa ciudad cumbre de la cultura y de las delicadezas, donde se encuentran guardadas, para la consulta íntima de los filósofos, de los poetas y de seres desengañados, los objetos humildes del solitario de Juan Fernández, como si fueran las reliquias sagradas de un santo. Una caja de marino, una copa de concha y el vaso rústico donde bebía y esculpió con su navaja una romántica leyenda:

*Alexander Selkirk, this is my can:
When you take me on board the ship
Pray, fill me with punch or flip.*

(Alejandro Selkirk, éste es mi vaso,
y cuando me llevéis a bordo,
llenadme de ponche o de vino.)

EL PUERTO

La niebla matinal de abril se descolgó por las laderas de los cerros, invadiendo las estrechas callejuelas del puerto. Cubrió de humedad las paredes de los edificios y borró los solemnes contornos del campanario de la iglesia; súbitamente confundió barcos y horizonte en una sola masa lechosa y muda.

El silencio se estiró en la bahía como una fina cuerda tensa en el espacio. Luego, un mugido profundo y largo llenó a intervalos los ámbitos, era la boya silbato, como la llamaba la gente de tierra, anunciando la proximidad de un veril insidioso al navegante. Multitud de distintos sonidos penetraron de pronto la neblina; eran los barcos surtos, que de diferentes lugares anunciaban, con sonidos de campanas unos y con pitazos otros, que navegaban o hacían diversas maniobras. Un mundo misterioso gesticulando entre las nieblas.

La majestuosa arboladura de los viejos barcos de vela anclados en el puerto desapareció completamente; sólo las aguas, con rumor incesante, delataban la presencia del océano.

deshecho. como para impedirle expresar la rica savia de su viejo árbol genealógico.

—Quiubo, barón, ¿cuándo viene el yate a buscarlo?
—gritaron, al reconocerlo.

El estaba acostumbrado al chanceo de aquellos hombres rudos, que entre lancha y lancha compartían, no obstante, su comida con él, y para pagar la dádiva de los jornaleros les relataba las historias más bellas de su tiempo de hidalgo opulento y joven. Jamás llegaron a creérselas. Pero, almas simples, le dejaban hablar, pues sus narraciones tenían el encanto del ensueño y la fluidez de su mirada bondadosa.

—Loco manso... —agregaba alguno, sentenciosamente, y remataba la frase—: Parece que se le ha rodado una tuerca...

—Buenos días, muchachos —saludó, con humildad—. ¿Llegaría goleta de la isla?

—Oiga, barón, creo que allí en la pizarra de la Gobernación está anunciada la llegada de la "Iris", esa goleta nueva que compró Recart. Vire por redondo y empope hasta allá...

Sonrió el barón al oír esa expresión dicha en jerga marinera; se animaron sus ojos y un impulso le hizo eruirse. Agitó una mano en señal de despedida y se dirigió al edificio de la Gobernación Marítima.

Allí, sobre la negra superficie de un pizarrón, se destacaba la tiza con trazos disparejos: "Goleta "Iris", procedente de Juan Fernández, mañana, 15 hrs., atracará a los viveros".

Como una marea inesperada le atacó la emoción y fué escalando los límites de su sensibilidad. Golpeó la

sangre fuertemente sus sienes y un instante flaquearon sus piernas: sólo un breve instante. Ni un gesto, ni un grito. El altivo júbilo, expresándose como otrora su altivo dolor: en un fuerte silencio.

"Mañana, mañana..." repetía su mente.

Del fondo del tiempo, a través de las sombras de la distancia, emergió la isla. La goleta era el nexo entre la desesperanza de hoy y la gloria de ayer.

Hablaría con el capitán y le contaría toda su tragedia. Cómo no iba a acceder a llevarle. A bordo estaba dispuesto a trabajar en cualquier cosa, su cuerpo aun estaba lleno de fuerzas; se sentía capaz de desempeñar las más rudas labores. En el puerto, para subsistir, había trabajado en cuanto oficio se le presentaba. Recordaba las noches en que, siendo sereno de los malecones, pasaba por entre bultos traídos de diversos lugares de la tierra, y cuántas noches reclinó su cabeza sobre rótulos de lejanos países. Allí, en medio de una vida extraña y agitada, junto a marineros de tantas razas, había transcurrido la etapa más dura y cruel de su existencia. Sin amigos influyentes, sin ninguna clase de amigos de tantos que cruzaron en su vida. Mal vestido, sin dinero, la amistad pasada asumía contornos de disgusto, y aquellos a las puertas de cuyas casas golpeará jamás los encontró en ellas.

Fué hasta el muelle Prat. Encontró un escaño y se sentó. Iba aclarando y la bahía semejava un bosque de mástiles y vergas. Los botes fleteros iban y volvían de los diversos barcos llevando pasajeros. Más allá, un velero acababa de rematar su cargamento e izaba la mayor entre los alborozados gritos de sus tripulantes; en unos

minutos más zarparía a Europa por la ruta del cabo de Hornos.

Un deseo enorme de llorar estranguló su garganta. Le pesaban los años, le pesaban el pasado, su tragedia, su vida malograda. Todo le pesaba. Y el recuerdo de sus hijos, completamente abandonados en aquella isla señalada por el infortunio, arrancó la visión del velero desafiando el cabo de Hornos.

De otros barcos vió cómo se arriaron algunos botes con marineros que se dirigían a ayudar en su maniobra al que les había ganado en la partida.

A una orden del capitán, repetida por el contramaestre, comenzaron a levar. Giraban lentos... sus piernas se movían rítmicamente al compás de los cantos que surgían poderosos de aquellos pechos, cuya piel habían resecado las sales de todos los mares del mundo.

Se orientaron las vergas y los juaneteros treparon por la jarcia.

Otros cobraban de las drizas a la voz de "iza gaviás".

En silencio, la nave arrancó suavemente con el impulso del sureste, que barría con los últimos bancos de neblinas. Luego enfiló la proa hacia alta mar. Un grito de despedida escapó del pecho de los que partían, en tanto los otros exclamaban:

—¡Buen viajeeee y vientos largos!...

Toda la rada se llenó de loca algarabía. Ya la grácil silueta del velero acortaba la distancia entre el hogar y el puerto de Valparaíso... Recordaba, el barón, que una noche, en un bar del puerto, estuvo a punto de ser embarcado a viva fuerza, en uno de aquellos barcos que zarpaban a lugares remotos.

Era su noche franca. Pasó a la cantina para beber un trago, y se acodó en el mesón, en medio de un grupo de bebedores. Marineros casi todos; el humo de los cigarrillos y el ruido de las conversaciones en diferentes idiomas se mezclaron a la sórdida obscuridad del recinto, formando un vaho pegajoso de euforia e impudicia. En una mesa próxima, tres marineros hablaban en francés alrededor de unas cuantas botellas de vino. Pertenecían a la dotación del "Dayeux", barco de tres palos, recién llegado. No pudo resistir a la tentación, y con el vaso en la mano se aproximó, sentándose entre ellos. Hablaron de Europa, de barcos y naufragos. El vino, mucho intermediario, los confundió en estrecha camaradería.

Estaban abrazados y a punto de comenzar un canto, cuando fueron interrumpidos por la presencia de un hombre alto y macizo, que se había acercado con una silla en una mano y una botella de ron en la otra; en el mismo idioma, pidió participar de la reunión, al mismo tiempo que, sin esperar respuesta, se instalaba.

Bebieron hasta la madrugada, y ya el cansancio insinuaba confortables bostezos. El hombre que llegó al final se ofreció para dejarlos a bordo en un bote de su propiedad. El barón decidió acompañarles hasta el costado del barco. Abrazados, siempre cantando y movidos por una fuerte resaca interior, llegaron al embarcadero. Allí el hombre emitió un silbido característico; le respondió otro, y apareció un bote haciendo señales con un farol. Atracó la embarcación y saltaron a ella. La noche obscurecía las aguas, y un gran silencio envolvía a los muelles y a las embarcaciones. Llegaron al barco adormilados.

Uno de los marineros, lúcido un instante, desconoció el barco.

—¡Eh!... —dijo—. Este no es el “Dayeux”...

El hombre, sentado en la popa, despachó en un segundo los vapores del poco alcohol que había ingerido. Desenfundó un revólver y exclamó:

—¡Pues, suban, o les descerrajo un tiro a cada uno!...

El barón, en el acto, comprendió lo que estaba pasando. Era uno de los tantos buques “trampas”, que navegan por los mares sin destino conocido, dejando y tomando carga en cualquier puerto. Sus marineros, aburridos de andar en viajes largos con raciones cortas, desertan donde pueden; es entonces cuando agentes especiales se encargan de contratar marineros en cualquier forma.

Los muchachos franceses se negaron a subir, pese a la amenaza; entonces el hombre se inclinó hacia el fondo del bote y de un tirón sacó el espiche... Rápidamente el agua comenzó a llenar la embarcación y, asustados, los marineros se aferraron a la escala. Subieron hasta la cubierta. Un tipo enormemente gordo, de cara colorada, los recibió a puñetazos. Era el contramaestre, y les estaba hablando en el idioma internacional de los brutos del mar. Ahora ya sabían quién mandaba.

El barón aprovechó la confusión y la obscuridad de la noche para lanzarse al agua y, en rápidas brazadas, guiado por el farol rojo, ganó el muelle.



A LA MEMORIA
DEL PRIMER INSPECTOR
DE COLONIZACION
N ALFREDO DE RODT
FALLECIDO EL 4 DE JULIO
1905
A LA EDAD DE 63 AÑOS.
TIERNOS RECUERDO
DEDICADO POR LA COLONIA
DE JUAN FERNANDEZ

Tallado en piedra, el nombre de Alfredo de Rodth perdurará por siempre sobre su tumba y en el recuerdo de los pobladores de la isla.

EL BARON REGRESA A LA ISLA

El viento del sureste despeinaba las blancas cabelleras de las olas, y las gaviotas, en sereno vuelo, inmóviles las alas, remontaban los invisibles límites del cielo.

La pequeña goleta, extendido su velamen, brincaba al impulso de la brisa, ebria de estrellas y música de mar.

El capitán, rápidamente, escapuló los farellones de Punta Angeles y con hábil maniobra atracó a los viveros. Descargó la langosta y pagó a la gente; después desembarcó.

En el muelle lo esperaba el barón.

—Capitán, ¿podría hablarle una palabrita?... —imploró.

—¿Y usted quién es? ¿Qué quiere?... Voy apurado y me esperan. Si desea mañana, vaya a bordo...

Se alejó apresuradamente.

Empañó su voz la congoja y la angustia gravitó sobre su alma atormentada.

.....

Estaba echado sobre su triste camastro; quería silencio y obscuridad; apagó la luz, cerró las ventanas para que el viento incesante de aquel puerto no penetrara con su ulular tenebroso; siempre había amado el silencio, le molestaban las voces altas, los gritos; años tras años vivió sólo escuchando el rumor de las mareas, el roce de las ramas en la selva, el ruido delicado de las hojas que caen; su ambiente señorial europeo sólo pudo ser reemplazado por el sublime espectáculo de una naturaleza elegante y misteriosa.

Se acurrucó en la fría cama, sin lograr entrar en calor; tuvo miedo de enfermarse y quedar abandonado en aquel cuarto miserable. Una fuerza superior, un fuerte instinto dominó su ser, y con todo su corazón repitió en voz alta:

—Volveré a ti, ¡oh isla adorada!; volveré, y desde el fondo del pasado venceremos el mal, la desidia, la indiferencia; venceremos la pereza, la muerte; venceremos los malos tiempos, los naufragios, los cataclismos; venceremos el arduo problema de vivir. Por donde vaya un hombre, voy yo, y si se detiene ese hombre, yo puedo seguir marchando, yo puedo llegar hasta donde nadie llega; yo sólo puedo detenerme cuando la mano de Dios me detenga, pero nada de la tierra podrá impedirme llegar a donde yo quiera.

Amaneció, y se puso de pie; no estaba pálido ni exhausto; estaba joven y erguido; un aire milagroso había rozado su ser, sus ojos tenían una luz dulce y fuerte, y se encaminó decidido a ocupar un lugar en el velero que saldría esa mañana a la isla.

La recia naturaleza de un hombre que había aspirado siempre las sales del mar se impuso sobre las acechanzas de una desventurada vejez; recordaba ahora la madrugada de aquel verano de 1877, cuando se encontraron, con el capitán Larsen, caminando abrazados para dirigirse a la isla.

“¡Gran capitán!... En el fondo del mar te has librado de los horribles años de lucha, te has librado de la espantosa vejez, de la pobreza, de la indiferencia humana... Descansa, amigo mío; ten piedad de mí, que aun sigo mi lucha como en los primeros días de mi existencia”...

El aire puro de la mañana estimulaba su andar, y sintió un punzante deseo de vivir, de comenzar de nuevo otra vez en aquella isla de la que nunca debió haber salido. Había llegado al muelle y, como en aquella lejana mañana, el capitán del velero se encontraba a su lado. Esta vez le pareció un hombre jovial y simpático. Era el mismo del día anterior, pero la negrura de su alma no le permitió descubrir la verdadera personalidad del hombre con quien mantuvo un diálogo fugaz. Ahora estaba frente a él, y su figura modesta disimulaba una extraña y original presencia.

—Buenos días, capitán.

—Buenos días, barón.

—¿A qué hora saldremos?

—Al caer la tarde, pues hay carga para la isla, y también pasajeros; mientras tanto, ¿quiere acompañarme a almorzar?

Hacía tiempo que Alfredo de Rodth no escuchaba nada tan amable, y aunque se había vuelto huraño y esquivo, no pudo eludir la afectuosa invitación.

—Con mucho gusto, capitán.

Y echaron a andar hacia el centro del Puerto. Apenas habían llegado a un agradable bodegón, y se hubieron sentado como viejos conocidos, una clara sensación interior le anunció al barón que podía sentirse cómodo y franco.

—¿Sabe usted, capitán, que me siento feliz de viajar en su barco, en calidad de tripulante? Usted puede designarme cualquier trabajo. Estoy preparado para todo, inclusive lavar las cubiertas...

—Usted será sólo mi huésped en el barco. Pequeño es, pero puede pisar en él como si fuera su propio hogar.

—¡Capitán!... Usted...

No le dejó proseguir.

—Déjeme rendirle mi admiración. Anoche pude saber, en el mesón del bar "Neptuno", quien era el hombre que había de embarcarse hoy para la isla... Hace apenas tres meses que navego esta línea, y es el segundo viaje que realizo. La primera vez que estuve en Juan Fernández conocí la historia de su vida, la aventura dramática que usted ha vivido aquí...

El barón había palidecido, y de sus ojos azules brotaron dos lágrimas brillantes; era el espíritu volcando su incontenible ardor, la indestructible fe religiosa asomando en la suprema hora del reconocimiento.

—Cálmese, amigo mío —dijo el otro, estrechándolo como a un hijo—. Sus niños lo esperan.

—¿Cómo están ellos? ¿Me guardan rencor?... ¡Dios mío!, perdón por haberlos abandonado.

—A usted lo abandonó la vida. Lo persiguió con saña la desgracia; como un león herido arrancó aullando por la selva, y las fieras se ensañaron al verlo caído, humillado y vencido.

—Quién es usted que puede hablarme en esta forma.

—Un hombre. Sólo a seres como usted pueden ocurrirles grandes cosas. Piense que la horrorosa noche ha terminado. Comienza ahora la satisfacción de una desgracia que ha sido superada valerosamente. Designados están aquellos que han nacido para sortear los caminos de fuego, mensajes que sólo les es dado percibir a las almas reservadas y solitarias, a los de corazón delicado.

—¿Es usted católico, verdad?

—Vivo en contacto con el mar y las estrellas. He estado más de una vez a punto de morir, envuelto en tremendos naufragios. Hubiera muerto feliz entre las altas mareas, en medio de noches tempestuosas y huracanados mares. Me dejé arrastrar mirando las estrellas, esperando dulcemente la muerte. No tengo a nadie, sólo el mar y mi barco; pocas cosas conozco de la tierra, camino sobre constelaciones y misterio, conozco el alma de los vientos y el lenguaje de las tempestades. Como los peces, me moriría si me sacaran de las aguas...

El barón respiró aliviado. Hacía años, desde la muerte de Larsen tal vez, que no conversaba con alguien cuyo espíritu estuviera acorde con el suyo, como lo estaban esta noche. Era hermoso verificar la unidad humana alguna vez: conforta el trato con los hombres, la noble labor del espíritu.

El capitán Roblin, que así se llamaba el dueño del pequeño barco, se puso de pie y, tomando del brazo dulcemente al barón, lo invitó a asomarse a la noche.

*

*

*

La cruz del sur brillaba desmesurada, con esa graciosa inclinación continental que tiene. Los dos hombres se doblaron sobre la baranda del barco, extremadamente, como buscando algo en el fondo de las aguas profundamente negras, luego levantaron la cabeza y devoraron con su alma la bóveda imponente del cielo. Se miraron después y se abrazaron.



BIBLIOGRAFIA

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

Juan Fernández. (Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe.) Santiago, 1883, Editorial Rafael Jover.

HENDRIK WILHELM VAN LOON.

Historia del Pacífico. Editorial Ercilla, Santiago.

R. MAJÓ FRAMIS.

Vida de los Navegantes y Conquistadores Españoles del Siglo XVI. Editorial M. Aguilar, Madrid.

FELIX RIESENBERG.

Cabo de Hornos. Editorial Hachette, S. A., Buenos Aires.

HOMERO HURTADO LARRAÍN.

Grandes Almirantes. Valparaíso, Imprenta de la Armada.

DIEGO BARROS ARANA.

Historia General de Chile. Editorial Rafael Jover, Santiago, 1885.

INDICE

	Págs.
Preliminar	9
Ni el trigo ni el tulipán	11
De nuevo Prusia	21
La batalla de Champigny	25
Entretanto	27
Los delirios	33
"El Lobo Larsen"	45
Navegando	57
La isla de Robinson Crusoe	71
El velero regresa a Valparaíso	73
El barón toma posesión de la isla	81
De Rodth levanta su hogar	89
Isla de Robinson Crusoe, 1878	93
Invierno	101
Isla de Robinson Crusoe, año de 1880	111
El valle de Lord Anson	121
"Sailoo, sailoo"	137
Un hijo	155
Gertrude llega a Valparaíso	187
Muerte de Larsen	197
Los naufragos	207
El Puerto	221
El barón regresa a la isla	231
Bibliografía	237

1873
1874
1875

1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900





